

Esta historia sucede en calles calientes, húmedas y oscuras, propicias para criminales y sicarios, tanto privados como a sueldo del Estado. La ciudad duerme intranquila, respira como una fiera peligrosa que no conviene despertar. Hay un clima de rencor concentrado, de deseos de venganza, una danza de malos espíritus que se ocultan entre las sombras. Siluetas furtivas que espían desde sus escondrijos con ojos fosforescentes. Seres dispuestos a matar por una chaqueta o un reloj, por cualquier botín mínimo que permita reducir el hambre constante. Hay odio en cada latido de estas calles sin alma. Se siente la presión insoportable de señales silenciosas que anuncian una revuelta sangrienta que puede y va a estallar en cualquier momento.

Esta novela transcurre en Buenos Aires, pero podría desarrollarse en cualquier ciudad de Occidente en un futuro cercano: los efectos de la pandemia y de la recesión económica han arrojado a millones de personas a la pobreza, el poder y el dinero se concentran cada vez en menos manos, los gobiernos optan por la represión; Una escritura tajante y certera para una novela que trata de situaciones que no deberían darse.

Con la ya conocida pericia narrativa que caracteriza su obra, Ernesto Mallo nos entrega una vibrante distopía en la que nadie es inocente y nada es lo que parece.



Ernesto Mallo

# La ciudad de la furia

ePub r1.0 Titivillus 22.04.2022 Ernesto Mallo, 2021

Editor digital: Titivillus ePub base r2.1



Toda ciudad, por pequeña que sea, está de hecho dividida en dos: una, la ciudad de los pobres; otra, la ciudad de los ricos; y están en guerra una con otra.

**P**LATÓN

Me verás volar por la ciudad de la furia donde nadie sabe de mí y yo soy parte de todos.

Gustavo Cerati, En la ciudad de la furia

A Camila, Nicolás, Natalia, Ruy, Nuria y Alvar, mis mejores obras

## Índice de contenido

Cubierta

La ciudad de la furia

Obertura

Primera parte. Actores, figurantes y comparsa

Segunda parte. PlayStation

Sobre el autor

#### **Obertura**

Un Mercedes-Benz blindado, precedido por un vehículo de custodia y seguido por otro cargado de guardaespaldas, corre por la avenida del Libertador. En el asiento trasero, Erhardt mira el paisaje que cambia a ochenta kilómetros por hora. Sin detenerse cruzan calles calientes, húmedas y oscuras, propicias para el accionar de los sicarios, tanto del Estado como privados. Por la vereda, con el paso de quien ha cumplido una jornada interminable en fábricas o empresas, los últimos obreros y sirvientes regresan a sus casas a pie, obligados por la reducción del transporte público. La ciudad duerme intranquila, respira como una fiera peligrosa que no conviene despertar. Hay un clima de rencor concentrado, de deseos de venganza, una danza de malos espíritus que se ocultan entre las sombras de las recovas y tras los árboles cenicientos que agonizan en los parques. Siluetas furtivas que desde sus escondrijos los miran pasar con ojos fosforescentes. Seres dispuestos a matar por una campera, un reloj, por cualquier botín mínimo que les permita reducir el hambre constante. Hay odio en cada latido de estas calles sin alma, de estas avenidas sin piedad. Se siente la presión insoportable de señales silenciosas que anuncian una revuelta sangrienta que puede y va a estallar en cualquier momento.

Los guardaespaldas de Erhardt bajan y rodean el coche principal mirando en toda dirección con ojos paranoicos. Uno de ellos le abre la puerta al pasajero y lo acompaña hasta la entrada al búnker, camina lenta pero decididamente. Son casi las seis de la mañana, los festejos ya terminaron. Una docena de hombres y mujeres, los partidarios más cercanos, se distribuyen por la estancia, algunos roncan despatarrados en sillas forradas con falso terciopelo, otros conversan y beben café con leche. Todos lucen enfermos y felices. Un leve aroma a sudor flota en el ambiente. Las grandes pantallas de plasma y los monitores de las computadoras están apagados por primera vez desde que comenzó la campaña. En las paredes cuelgan afiches con eslóganes optimistas, racimos de globos de colores con caritas sonrientes, banderines abigarrados y pancartas que anuncian el retorno de la alegría. Más parece un festejo de kindergarten que la sede central de partido político que acaba de hacerse con la presidencia de la nación. El hombretón que custodia la entrada a la sala de comando le sonríe al tiempo que cierra la puerta tras él. El presidente está solo, derrumbado en un sillón, mirando la nada, con un brazo que descansa laxo y extendido sobre el apoyabrazos. A Erhardt le recuerda a la La creación de Adán, solo que acá no está Dios señalándolo con su dedo, pero sí el creador político del presidente que viene a supervisar a su criatura.

Pensé que iba a encontrarte más feliz.

El presidente mueve los ojos muy lentamente hacia Erhardt.

Estoy muy cansado... y feliz. Una mierda, estás cagado de miedo. No sé por qué me metí en esto.

Erhardt se sienta frente a él y lo contempla en silencio. El poder político transforma a los hombres en perros, en un año envejecen seis. Por eso él lo digita pero no lo ejerce. El presidente tiene el pelo completamente blanco, bolsas bajo los ojos y arrugas de amargura. Erhardt reprime un incipiente sentimiento de simpatía apenas se manifiesta. No es momento para emociones. Es necesario apuntalar al presidente, no se puede permitir que nuevamente fracase al triunfar. Esta vez no va a dejarlo solo.

¿Debo pensar que tenés más ambición que coraje?

El presidente se pone alerta.

¿Vino a sermonearme? De ninguna manera, vine para asegurarme de que no te olvides de quienes te pusieron donde estás.

Erhardt sabe que los años no lo hicieron más inteligente ni más sabio, espera que al menos lo hayan hecho más astuto y despiadado.

En las elecciones anteriores solo contabas con la disconformidad de los votantes. ¿Y ahora? Con su desesperación, por eso ganaste. Me da envidia. ¿Envidia de qué? Qué no podrás hacer con toda la gente metida en su casa y cagada de miedo. Sí, y la economía paralizada desde que se desató la peste. ¿Cómo la vamos a recuperar?

Erhardt se toma un minuto deliberadamente incómodo antes de responderle.

La peste dejó a la sociedad en estado de shock extremo. Eso le permitió al Gobierno anterior confinar a la gente, darle más poder a la policía, tener más controlada a la población mediante leyes que facilitan el control de las masas, y vigilar a los ciudadanos mediante las redes y la recopilación de datos. Toda esa tecnología está en funcionamiento, esas leyes siguen en vigor. Los hostigamos con el recorte de derechos y libertades, con la falta de trabajo y de dinero. Con la ayuda de los medios capitalizamos el descontento; con los jueces, paralizamos sus iniciativas; con la banca, secamos la plaza. Nunca debemos olvidar a nuestros socios, tenelo siempre presente. Fueron fundamentales para hacerles pagar el precio político hasta el último centavo y provocar su caída. Sí, pero yo ahora me encuentro con un país en la ruina. Eso se arregla fácil. ¿Cómo? Lo primero que tenés que hacer es decretar el estado de emergencia económica. ¿Para qué? Para, entre otras medidas, flexibilizar las relaciones laborales, facilitar los despidos y desactivar la actividad sindical. Eso hará bajar el costo de la mano de obra. Hay que reducir los impuestos al capital y facilitar la entrada y salida de dinero para atraer a los inversores. En pocas palabras los pasos siguientes son privatizar las empresas del Estado para disponer de cash operativo, reducir los impuestos para ganarte el favor de los poderosos y desarticular el Estado social para dejar sin financiamiento a los opositores.

¿Drásticamente; dice usted? Sí, hay que aprovechar esta coyuntura de inmediato. ¿Por qué? La situación puede cambiar muy rápidamente. Cuando la gente se sienta muy acorralada, puede producirse eso que los sociólogos de izquierda llaman un estallido social. Una manera bonita de decir insurrección, rebelión, guerra civil. ¿Usted cree que eso puede pasar? La política no es una ciencia exacta, es un arte. Hay que hacer algo que el Gobierno anterior no hizo. ¿Qué cosa? Prevenirse. ¿Cómo? El Estado debe tener el monopolio del miedo. ¿Y eso cómo se consigue? Con tropa, con armamento. Hoy disponemos de toda clase de armas inteligentes que te convendría ir acopiando.

Erhardt se pone de pie, saca un papel del bolsillo y se lo entrega al presidente.

¿Y esto? Es una lista de los profesionales que van a acompañarte. Una banda de hijos de puta sin abuela, los mejores en cada campo.

Media hora más tarde Erhardt desanda el camino hasta su coche. Se repite la coreografía de los guardaespaldas como una película proyectada en reversa. Se ubica en el asiento trasero. Le indica al chofer que lo lleve a casa. La pantalla del teléfono, encastrada en el asiento de adelante, se enciende y anuncia una llamada entrante de Hipólito Crespo. Hace un gesto para cerciorarse de que la función que transmite datos fisiológicos esté desactivada y con otro gesto establece la conexión. Un parpadeo precede al rostro amarillo verdoso del jefe de Policía.

Disculpe que lo moleste a esta hora, señor. ¿Qué sucede, Hipólito? Tengo una mala noticia. Dígame. Es su hijo Roby, señor. ¿Qué hay con él? Una patrulla lo encontró hace unas horas. Ahá. Está muerto. ¿Muerto?..., ¿qué pasó? Fue asesinado.

## PRIMERA PARTE

# Actores, figurantes y comparsa

#### La misión

Vuelvo a casa. El día de trabajo, más la bebida y la sesión de sexo con Judith me dejaron hecho polvo. Espero que Olya no esté con ánimo de reproches. Suena mi teléfono. Molina, mi chofer, me echa una mirada fugaz por el retrovisor. Es el jefe. Una sensación de abatimiento se suma al cansancio que ya sentía. Dudo si atenderlo o no. El semáforo vira a rojo. Pero no nos detenemos, nadie lo hace, la ciudad está plagada de asaltantes brutales, hombres a quienes la vida es lo único que les queda por perder. Atiendo. Etchegoyen me sonríe desde su despacho.

Buenas noches. Las noches ya no son buenas, Diego Saralegui —me contesta soltando una risita idiota. Eso, que me llame por nombre y apellido, y que esté trabajando a esta hora son señales de que me va a echar encima algún caso de mierda, de esos que nadie quiere—. ¿Qué hubo? Se armó una gorda. Escucho. ¿Sabés quién es Erhardt? Sí, claro, todo el mundo lo sabe. Bueno, el hijo acaba de aparecer muerto. ¿Dónde? Te vas a sorprender... En el barrio chino. ¿Por qué me sorprendería? Porque no es el barrio que estás pensando, es el de la Villa 31. ¿Y qué hacía el hijo de un millonario en el barrio más peligroso de la ciudad, estaba comprando droga? Fue lo primero que pensé, pero no, el pibe era lo que llaman un activista social. ¿Qué me cuenta? Lo que oís, con toda esa guita y metiéndose en causas perdidas. La verdad, jefe. Bueno, como sea, nos tenemos que ocupar en persona del asunto. ¿A quién le tocó? Bonasera. ¡Me cago! Sí, ya me llamó tres veces. ¿Qué quiere que haga? Que vayas a la escena. ¿Ahora? No, el mes que viene. Jefe, allí de noche no entra ni la policía. Habrá un equipo del Grupo de Intervención Rápida para cubrirte. Como si eso fuese garantía. No seas cagón. Capitán te está esperando. ¿También va a intervenir el ejército? Por ahora no; es el apellido del inspector que te va a acompañar. Ahí te mando la foto. ¿Lo conoce? Sí, es un tipo áspero, pero es de los buenos, él te va a proteger. Si usted lo dice. Buscalo a la entrada de la calle Diez. Averiguá todo lo que puedas. Cuando termines te vas a casa de Erhardt. Vas a darle todas las seguridades de que haremos lo necesario para que el crimen bla, bla, bla, ya sabés la rutina. Te espero allí.

Corto. Si algo odio es la escena del crimen. Mucho más en la Villa 31. Mucho más de noche. Mucho más si intervienen los de la Rápida. Creo que les pusieron ese nombre porque enseguida se ponen a disparar sin importarles quién esté en medio.

¿Cambiamos de rumbo, señor? —pregunta Molina sin dejar de mirar al frente—. Sí, vamos a la 31. ¿A la Villa? A la Villa. De acuerdo —concluye, abre la guantera, saca su Glock, la amartilla y la coloca en el asiento del acompañante.

Vamos por el carril central de la avenida que corre junto al largo muro del ferrocarril. La muralla de ladrillos rojos hace de contrafuerte para las montañas de basura levantadas en una semana de huelga de recolectores. Un sol rabioso las estuvo cocinando durante el día. Flota en el aire un tufo aceitoso y picante. Ratas salvajes, del tamaño de un gato, merodean a toda hora. Les perdieron el miedo a los humanos. Cuando se cruzan con alguno lo enfrentan mostrando los dientes. Los especialistas están afónicos de tanto alertar por la posibilidad de que se desate otra epidemia. En la radio, Palito Ortega canta *La felicidad*, ese tema pegajoso que los medios se empeñan en volver a poner de moda. Le pido a Molina que la apague.

Sé que existe la Villa 31, pero mi conocimiento de ella y de lo que allí sucede no pasa de algún titular en los diarios o de alguna nota apurada en la televisión. Mi primera actuación como fiscal, sin embargo, tuvo que ver con la Villa. Me encargué de solicitar el archivo de la causa por la muerte de Polo Fortich. El tipo era un reportero independiente que la pasaba denunciando cuestiones políticas relacionadas con la Villa. Le debe de haber pisado los callos a alguien porque, después de una nota especialmente urticante, le metieron dos tiros de 22 largo en la cabeza a media cuadra de su casa. Se decía que él sabía todo lo que pasaba en la 31. Toco la pantalla, tecleo el nombre del tipo en el buscador, un par de parpadeos y aparece un video de Polo. Play. Polo camina por las callejuelas de la Villa como si estuviese haciendo una visita guiada subrayando con la palabra lo que muestra la cámara. Fortich debe haberse creído poeta.

A ritmo de cumbia, la Villa palpita detrás de los galpones del ferrocarril, a corta distancia del barrio más caro de la ciudad. En el espacio vacío que sus habitantes llaman «canchita» hay niños, muchos niños librados a su suerte. Viejos casi no se ven, a los que no mató el virus los eliminó el desamparo. Por sus calles, callejuelas y pasadizos circulan trabajadores y personal doméstico, mano de obra y servicios para los ricos que viven del otro lado de Plaza Canadá. Pero no solo alberga a estos esforzados supervivientes. También es el hábitat de los expulsados por el sistema, los invisibles: mendigos, pordioseros y muertos en vida. Mezclados con ellos, y amparados por un entramado laberíntico, viven allí los que han hecho del delito su modo y medio de vida: rateros, ladrones, carteristas, descuidistas, asaltantes, rufianes, asesinos, toda clase de locos y abusadores; y la élite del mundo del crimen: los narcotraficantes. Todo se entrevera en ese popurrí de casitas abigarradas, precarias, con paredes sin encalar, grafiteadas y surcadas por los intestinos de una infraestructura improvisada: caños, cables, desagües. Andan por allí algunas almas buenas y caritativas, gente ingenua, bien intencionada, que quiere ayudar: un puñado de sociólogos y médicos que conviven con una jauría de estafadores de toda clase: adivinos, tarotistas, curanderos, manosantas, curas y evangelistas, cada uno con su cuento del tío, cada uno con su extorsión. De alguna forma emparentados con ellos, en lo más bajo de la cadena alimentaria, están las hienas y los caníbales: pobres que roban a los pobres. Cazadores nocturnos a quienes da lo mismo hacerse con la compra del mercado de una vecina, la pensión de una jubilada o la virginidad de una niña que se distrajo.

Aquí es adonde llegamos.

Veo a Capitán, mi custodio, el tipo de la foto que me envió Etchegoyen. En vano, su elegancia lo hace inconfundible en este paisaje de obreros y desarrapados. Es muy corpulento, fuma serenamente recostado contra su coche, parece aburrido. Siento un escalofrío. No sé si este tipo va a contribuir a mi bienestar o a mi destrucción. Una pintada roja chorreada sobre un muro verde grisáceo en la entrada de la Villa me sorprende con su elocuencia: «Bienvenido a la Ciudad de la Furia».

#### La Ciudad de la Furia

Capitán tiene el pelo negro, abundante, espinoso, de indio. Lo lleva cortado al rape en los parietales, engominado y tirante en la coronilla. Viste un anticuado traje, un *plaid* gris oscuro muy sutil, de rayas casi imperceptibles. Es como un aristócrata de la clase baja, un personaje de Gombrowicz. Sus movimientos y ademanes son pausados y medidos, por momentos parece moverse en cámara lenta. Sus ojos, en cambio, son pequeños y curiosos, en perpetua actividad, pasando revista a todos y a todo lo que sucede alrededor. Cuando me estrecha la mano, no tengo dudas de que me encuentro ante un tipo de cuidado.

Inspector Capitán, a sus órdenes.

Lo dice con un dejo de cansancio como si estar aquí, conmigo, fuese lo último que podría desear. Me mira con desconfianza. Los hombres de su clase sienten por alguien como yo, educado, universitario, bien vestido, una especie de desprecio instintivo que alimenta su sensación de superioridad. En este caso enfatizada por su tamaño, considerablemente más grande que el mío. Como a todo hombre bajito, los grandotes no me caen bien. No les importa o no son conscientes del espacio que ocupan y siempre están invadiendo el ajeno con sus corpachones. Le pediré a administración que lo cambie.

Es mejor que dejemos los coches aquí —dice señalando la garita que está a pocos metros, que yo no había advertido y desde donde nos observan tres policías armados con formidables escopetas. Veo la oportunidad de hacer valer y dejar sentada mi autoridad—. Prefiero ir en auto. Como quiera, pero le advierto que, en el momento que lo dejemos, lo más probable es que manos anónimas lo dañen. Mi chofer puede quedarse a cargo —le impongo señalando a Molina. Capitán lo mira. Su sonrisa es un flash, se extingue tan rápidamente que dudo si existió; su respuesta corrobora que sí—. A él también podrían dañarlo, pero, si usted quiere... —Me irrita su tono condescendiente. Cedo. Comenzamos a andar. Definitivamente me cae mal—. ¿Está armado? —me pregunta—. No. Mejor.

En cuanto nos internamos por la calle Diez, un hombre gordo y mugroso, vestido con una camiseta de la selección que tensa un barrigón de cerveza como la proa de un transatlántico, lanza un silbido agudo y penetrante en dos tonos, el segundo más agudo, más urgente. Desde los pasillos llega un rumor de pasos apurados, de movimientos subrepticios, de alimañas refugiándose en sus guaridas.

Está avisando de nuestra presencia —ilustra Capitán.

A medida que avanzamos, los hombres y mujeres del vecindario se van retirando de la calle y se aproximan a los muros de chapa o ladrillo desnudo de las casas para contemplarnos desde allí, en silencio, muy serios, con miedo, amenazantes. En realidad, solo siguen cada movimiento de Capitán, yo soy virtualmente invisible para ellos. Los niños se mimetizan con la inmovilidad de los mayores. La gente comenta en voz baja a nuestro paso. Me vuelvo.

No se dé vuelta —me ordena, sí, me ordena Capitán con la boca pequeña. Con cada cosa que dice, pone en evidencia que no pertenezco a este mundo, que no tengo idea de los protocolos que se han de seguir, que ignoro los códigos de conducta y que, si no fuera por él, los anticuerpos de la Villa se desharían de mí en un santiamén. El sol cae a plomo como una maldición bíblica. Estoy empapado en sudor. Capitán, en cambio, parece recién salido de la ducha, debe de ser hombre del trópico.

Es allí —dice, señalando una casucha de ladrillo gris pintada de celeste con una inscripción: «Asosiasión Nahuel Lemur». Capitán capta mi sonrisa. Me siguió la mirada, sabe que la provocó la falta de ortografía. Sacude brevemente la cabeza y hasta me parece oírlo pensar que soy un pelotudo. A la puerta montan guardia un cabo y un agente. Otros tres, algo retirados, están para darles apoyo si la cosa se pone espesa. Tienen ametralladoras, chalecos antibalas, casco de acero y mirada de conejo. Junto a ellos, dos jóvenes melenudos, mal entrazados, con bocas desportilladas, nos observan con curiosidad. Capitán abre, sostiene la cortina de plástico con su manaza y me hace un gesto invitándome a pasar. Entro. Es una habitación ciega, en medio está el cadáver del chico, tiene la cabeza destrozada a golpes. El piso de tierra se ha bebido su sangre dejando una aureola negra alrededor de la cabellera rubia. El escaso mobiliario, un escritorio y una biblioteca de madera, yace en pedazos por el local, así como una cantidad de libros y papeles. La estancia huele a encierro, a humedad, a orines.

¿Testigos? Los dos de la puerta.

Salimos.

¿Cómo te llamás? Roberto. ¿Roberto qué? María. ¿María y qué más? Nada más, María es mi apellido. ¿Y vos? Damián Falbo.

Saco mi libreta. Capitán interrumpe.

Ya tenemos todos sus datos, señor, luego se los paso. Muchas gracias.

¿Qué saben, muchachos? Casi nada. Cuando abrimos esta mañana lo encontramos así. ¿Tenía enemigos? —Al unísono, los dos miran instintivamente a Capitán antes de responder que no saben. Diez minutos de interrogatorio no rinden el mínimo resultado, la menor pista. Nos retiramos.

¿Qué opina, Capitán? Nada, jefe. No estoy aquí para investigar. ¿Ah, no? No, estoy para asegurarme de que a usted no le pase nada, es lo que me ordenaron. Entiendo.

Capitán mira en derredor, alerta, como olfateando el aire.

Vámonos de aquí, no hay nada de provecho.

Los dos policías tienen sus ojos clavados en nosotros todo el tiempo, como de perro que espera un hueso. En cuanto comenzamos a andar, el cabo apura media docena de pasos y nos encara.

Jefe, ¿ya podemos irnos?

Lo pregunta con voz vacilante y urgente al mismo tiempo. Aunque no se ve a nadie en ellas, desde las ventanas nos vigilan. No sé cómo lo sé, es una sensación, pero tan cierta como las ganas del cabo, y las mías, de salir corriendo. Capitán vuelve a mirar en toda dirección.

*Cuando el forense levante el cadáver, podrán retirarse. A la orden* —contesta el cabo con un tono que hace sonar la frase como un insulto. Nos alejamos.

Están cagados de miedo..., no los culpo.

En el momento que doblamos la esquina, los veo huir por el pasillo. Capitán simula no haberlo advertido.

Al llegar a la esquina de la calle principal, nos encontramos con algo que, cerrado probablemente, no había visto antes: bar El Cachetazo. Un local armado en una construcción de chapa con materiales rescatados de los basureros de los barrios ricos. Todas las mesas son de estilo diferente, al igual que las sillas, más de una con una pata entablillada; la barra debe haber sido antes una biblioteca, lámparas de oficina y decorada con carritos de supermercado llenos de flores de plástico. Ilustra la fachada un enorme grafiti anarco-trap con seres estrafalarios, mitad mujer, mitad monstruo de lengua violeta y tetas amarillas. A la puerta se agrupan seis mesas de lata con sus correspondientes sillas, estas sí haciendo juego, pero pintarrajeadas de colores complementarios que ponen a vibrar la retina. Sentadas en ellas, con las piernas demasiado abiertas para unas damas, hay un grupo de travestis pobres, demasiado masculinos, demasiado gordos, demasiado peludos. Con cuerpos y andar más aptos para la tercera de San Lorenzo que para panas y lentejuelas. Ninguna tiene la dentadura completa, todas van teñidas de rubio o pelirrojo. Toda mujer debe ser pelirroja alguna vez en la vida. Beben cerveza y ríen. Sus carcajadas se apagan cuando aparecemos por la calle y son reemplazadas por miradas provocativas. El centro de la escena lo ocupa una que viste un *midi-dress* estampado de flores a punto de reventar en el que predomina el rojo chillón, que hace juego con su pintura de labios. Lleva unos grandes aros y tiene maquillado el rostro muy pálido, con lunares

falsos al estilo de las cortesanas de Luis XV. Es quien saluda cuando pasamos a su lado.

Buen día, inspector.

Capitán apenas gira la cabeza hacia ella y devuelve el saludo con una breve inclinación de cabeza.

Usted cada día más guapo...—lo lisonjea al mejor estilo madrileño. Capitán no responde—. A ver cuándo se viene a tomar algo con nosotras. Le aseguro que no se arrepentirá..., puede traer también a su amiguito, en una de esas le hacemos perder la virginidad.

Capitán tiene la primera sonrisa franca que le haya visto.

¿Quiénes son? Las chicas del barrio. Nunca me lo hubiera imaginado. Saralegui, en la Villa, si algo abunda es la imaginación. No diga. La del vestido rojo es la que lidera al grupo. La Cachorrita. La llaman así porque se llama Cacho de día y Rita de noche. Tiene un camión botellero con el que reparte Coca-Cola. Es capaz de descargarlo sin ayuda en menos de diez minutos. Lo secunda Pajarito, un gigante de dos metros por dos metros que ahora no estaba con el grupo. ¡Qué personajes! Sí, son unos personajes, pero no se deje engañar por el folclore, son más peligrosas que un hipopótamo furioso. Su especialidad es la navaja, la manejan con una velocidad pasmosa. Si se los enfrenta, nunca debe dejarlas acercarse a menos de tres metros de distancia, pueden destripar a un hombre sin darle tiempo a apretar el gatillo.

Andamos en silencio unos minutos. Capitán lo rompe.

¿Por qué le dieron este caso? Porque me tocaba. ¿Lo cree así? ¿Usted no? Acá hay un tema muy peludo. El hijo de un multimillonario muerto a golpes en una villa miseria donde hacía trabajo social. No me parece tan extraño. Y si le digo que una empresa del padre es la principal candidata a quedarse con los terrenos de la Villa para hacer un desarrollo inmobiliario de lujo, ¿sigue sin parecerle extraño? ¿Cómo lo sabe? Lo leí en las noticias.

Caminamos un poco más. En dirección contraria pasa la camioneta del forense custodiada por seis hombres de la Rápida.

¿Le interesa la verdad, llegar al fondo de este asunto? Es mi obligación, ¿no? Si usted lo dice... ¿Tiene algo de dinero? Sí, creo que unos doscientos. Muy bien.

Repentinamente, Capitán me toma por el brazo y me conduce por un pasillo que corre lateralmente y en diagonal respecto de la calle principal. Ahora andamos a paso vivo unos cien metros hasta una casilla de chapa. Nos detenemos, Capitán da dos palmadas. La puerta se abre y asoma un hombre de unos sesenta años, desgreñado y canoso. Me mira, mira a Capitán y en toda dirección, abre totalmente la puerta y con gestos nos apura para que pasemos. Nos invita a sentarnos a una mesa de fórmica en

precario equilibrio, sobre ella, las pilchas del mate: el cuenco con la bombilla, el convoy que contiene la yerba y el azúcar; el termo con el agua a noventa grados.

¿En qué puedo serle útil, inspector? Jefe —me dice Capitán—, ponga la guita sobre la mesa. —Lo hago—. Tuerto —le dice al hombre que, ahora veo, tiene un ojo de vidrio—, esto es para vos si tenés algo jugoso para decirnos. —Y coloca la mano encima de los billetes.

El tipo se echa atrás en la silla, agarra el termo y vierte el agua caliente en el mate. Nos mira en redondo, sorbe con ruido.

¿Qué mosca les pica? ¿Qué sabés del muchacho que mataron anoche? ¿El pituco? Ese. Sé que está muerto. ¿Gusta? —me dice ofreciéndome el mate con una sonrisa de dientes podridos—. No, gracias. Eso te lo acabo de decir yo. De la muerte no sé nada, pero sé otra cosa. Cantá. Como a medianoche unos tipos entraron al barrio cortando la valla del lado del ferrocarril. ¿Por dónde? Por el lado del taller. ¿Vos los viste? No, me lo contaron los pibes. ¿Qué pibes? Pibes de acá, de la Villa, no sé sus nombres. ¿Qué más sabés? Los tipos tenían unos carlitos. ¿Qué son? Esos alicates grandotes que se usan para cortar alambre. Uno lo dejaron tirado. ¿Dónde está? Lo tenían los pibes, seguro que ya lo vendieron. ¿Qué más? Estaban todos vestidos de negro. ¿Qué hicieron? No se sabe. Los chicos creyeron que eran polis y se quedaron escondidos hasta que volvieron y se fueron. Uno de los tipos se quedó de campana junto a la camioneta. ¿Qué camioneta? La que los trajo. ¿Cómo era? Negra. ¿Qué marca? No sé. ¿Qué más sabés? Nada, ¿puedo? —pregunta poniendo la mano encima de los billetes. Capitán se la aplasta con la suya—. Con una condición. ¿Cuál? Mañana me traés a los chicos para que me cuenten todo... ¿Les dará algo?, ya sabe que el canario canta por el alpiste. Alguna cosita habrá. Deciles que traigan el alicate.

En el tiempo que estuvimos en la choza del Tuerto el cielo se encapotó. Nubes negras, densas, de tormenta se estacionan sobre la ciudad. No vendría mal una noche de lluvia que la refresque. Regresamos a la calle principal de la Villa. Apenas ponemos un pie en la Diez, una botella se estrella contra el suelo a pocos centímetros de mí. Capitán mira hacia el lugar de donde cree que salió y me toma del brazo.

Vamos, ya estuvimos acá demasiado tiempo. ¿Adónde? A ver a un amigo.

Minutos más tarde estamos en la sala de vigilancia del ferrocarril, frente a un grupo de escritorios, una *videowall* con cincuenta divisiones da cuenta de lo que pasa en la estación y sus adyacencias. Capitán le pide al jefe de seguridad que nos muestre las imágenes de la entrada al taller grabadas la noche anterior. Pasadas a triple velocidad, la imagen del portón se va sucediendo sin más alternativas que el movimiento de un arbolito enclenque mecido por el viento y el paso de los números del contador que indican la hora. A las 01:03:36 algo cambia, la luz de un coche que

se acerca. Una camioneta negra entra en cámara. Dos tipos se bajan, están vestidos de negro de pies a cabeza. Capitán señala la pantalla.

Mírelos bien, Saralegui, son los MIB. ¿MIB? Men in Black, los llaman así por una película de hace mucho, eran una especie de policías que se dedicaban a perseguir marcianos. No va a ser la última vez que los vea.

Uno de los MIB lleva un rollo de papel. Sale de cuadro hacia la parte trasera del vehículo. El otro corta la cadena que cierra la puerta con el famoso carlitos y abre. La camioneta se pone en marcha. Pasa frente a la cámara, en el costado han pegado una hoja grande de papel que un golpe de aire levanta momentáneamente.

Pará ahí —le ordena Capitán al operador—, retrocedé…, un poco más…, ahí, pará.

En el monitor queda al descubierto una parte de lo inscrito en el costado, un texto en letras blancas «DAV…», y abajo en caracteres más pequeños «30 años al…».

Tómele una foto. —Saco el teléfono y lo hago—. Por favor, envíeme una copia. OK. Ya tiene por dónde empezar. ¿Y ahora qué? ¿No tiene que ir a ver al padre del fiambre? Es verdad. Allá vamos, entonces.

Molina conduce alternando la mirada entre el camino y nosotros por el retrovisor. Sospecho que teme que Capitán le quite el puesto y tenga que volver a donde ningún policía quiere ir: la calle. Vamos hasta Barrio Parque en silencio. Capitán fuma y mira a través de la ventanilla. Nos detenemos frente a la barrera a la espera de que una cámara lea la matrícula del coche. Una voz grabada me ordena que baje la ventanilla y mire hacia el punto rojo ubicado en la pared de la garita. El reconocimiento facial demora diez segundos. Dos cañones de ametralladora apuntan directamente al interior del coche. Se alza la barrera, cámaras sucesivas nos siguen hasta nuestro destino. Acá todo es distinto, limpio, acicalado y convenientemente iluminado para que nadie pase desapercibido. Cámaras de circuito cerrado coronan todos los postes. El coche se detiene junto a otros dos estacionados a la puerta de la mansión de Erhardt. Capitán arroja la colilla por la ventana.

Oiga, suerte que no estaba aquí para investigar —lo toreo—. Sí, ya lo sé, soy un boludo, no puedo con mi genio.

Ya no me cae tan mal. Un aguacero fenomenal, de gota gorda se desploma sobre la ciudad.

¿Viene? No, jefe, lo espero acá. Prefiero no codearme con esta gente.

#### Erhardt & Co.

Una mucama de uniforme que me habla en francés me conduce por largos pasillos alfombrados, frescos y fragantes hasta una puerta doble. Está herrada con formidables goznes y cerraduras de bronce ubicados a un metro y medio de altura. Los picaportes funcionan al revés que los convencionales. Arriba para abrir, abajo para cerrar. Solo los sirvientes deben accionarlos. Abre y me invita a pasar.

#### S'il vous plaît.

Doy un paso y me detengo. Cuatro sofás dispuestos en cuadrado, alrededor de una mesa baja de roble cubierta de documentos. Sentados en dos de ellos, Etchegoyen, mi superior, y Crespo, el jefe de policía; el juez Bonasera y Erhardt. Impecables en sus trajes negros, Erhardt más elegante que ninguno. Su cabello es de un blanco incandescente, lo lleva repeinado hacia atrás. Su nariz puntiaguda y su rostro afilado le dan aspecto de águila cayendo en picada. Es como un personaje de cómic, lo he visto antes, hace mucho, en las fiestas de Dandy, una cara así nunca se olvida. No luce, de ningún modo, la expresión de alguien a quien acaban de comunicarle que su hijo fue asesinado. Los cuatro hombres se quedan en suspenso, congelados, mirándome fijamente en silencio, como si mi presencia hubiese interrumpido una importante conspiración en curso. La puerta se cierra a mis espaldas. Advierto la silueta de un quinto hombre. Está alejado, de pie, muy tieso, en una zona en penumbras al fondo de la sala. Esa figura también me resulta familiar, pero no alcanzo a distinguir sus facciones.

Acérquese, Saralegui —me apura Etchegoyen—. No quisiera molestar. Nada, hombre, lo estábamos esperando. A su señoría y al jefe ya los conoce —agrega señalando a Bonasera y a Crespo, a quienes saludo con un movimiento de cabeza—. Sí, ¿cómo está, señor juez, comisario? Este es el señor Erhardt. —Doy un paso hacia él y le tiendo la mano. Se pone de pie y me la estrecha con excesiva fuerza, como si quisiera demostrarme su poder. Le faltan el meñique y el anular, lo que refuerza su apariencia de ave. Percibe que lo noto y se queda observando mi reacción. Solo atino a decir—: Mucho gusto. —Es uno de esos momentos helados que Etchegoyen decide quebrar—: Diego Saralegui es el fiscal que estará a cargo de la investigación de la muerte de Roby —dice con excesiva familiaridad. Yo tengo la sensación de que Erhardt es un tipo que no dudaría en comerme las tripas—. Esperamos de usted un trabajo rápido y limpio —me dice Erhardt con el tono de quien le habla a un hijo—. Vamos a tratar de esclarecer el crimen lo antes posible —respondo—. A eso exactamente me refería. —Afloja la garra, me suelta, disimulo el alivio.

Tomo asiento frente a Erhardt. A su derecha, Bonasera me observa sin parpadear. Todo en él es corto, rechoncho y sonrosado, su rostro es redondo, infantil y porcino, pero cargado de desprecio. En los tribunales lo conocen por sus sentencias brutales. Odia a los pobres. Cuando no le gusta cómo huele el que llega a su juzgado, lo manda de regreso a la leonera para que le den unos manguerazos. A su izquierda, Crespo se mira las uñas. Los párpados caídos, los ojos acuosos, las pupilas con una aureola desteñida, luce enfermo, hace años que lo está, pero lo que sea que padezca no es suficiente para matarlo. Los bigotes canosos y poblados ocultan su boca y le dan aspecto de castor. Tengo la sensación de estar en el zoo. Etchegoyen toma la palabra.

Vea, Saralegui. Necesitamos que este asunto sea esclarecido cuanto antes. No deseamos que el señor Erhardt sufra más de lo que ya está sufriendo.

Lo miro. Erhardt tiene las dos manos en las rodillas, el torso inclinado hacia adelante, la cabeza adelantada. Ahora el ave de presa parece estar contemplando al cabrito que va a devorar, o sea, yo. Ni en su rostro ni en sus gestos se advierte el menor signo de pena.

*Necesitamos dar con el culpable, y lo necesitamos ya* —se suma Bonasera.

La puerta se abre y entra un hombre alto, mestizo oriental-europeo, se acerca a mí, me tiende la mano, se la estrecho.

Este es Tae —presenta Erhardt—, mi asistente. Cualquier cosa que necesite para su investigación, cualquiera —remarca—, se la pide a él. Tiene órdenes de ayudarlo en lo que sea.

¿Me permite su teléfono, por favor? —Se lo doy, lo mira, pero no lo toma—. La contraseña, si es tan amable. —La inserto y le entrego el celular. Tae se pone a teclear muy rápidamente en el teléfono durante cerca de un minuto. Me lo devuelve.

Le he cargado mis datos de contacto y una aplicación con la que puede comunicarse conmigo de día o de noche. Es absolutamente segura. Gracias, Tae — dice Erhardt despidiéndolo y poniéndose de pie. El tipo gira y se va. Erhardt me toma por el brazo. Otra vez la garra. Me levanto.

Caballeros, discúlpennos un momento —les dice a los otros tres, me toma del brazo y me conduce hacia una puerta. Entramos a un amplio escritorio minimalista. Una luz se enciende automáticamente. Solo hay una mesa de cristal que parece flotar en el aire, una lámpara Cavalletto, dos butacas y un enorme ventanal fotosensible. La lluvia cesó y en el horizonte las nubes se abren dejando una raja violácea. La ciudad parece estar ardiendo en el atardecer. Erhardt me encara con firmeza.

Usted no debe de recordarme. En realidad, desde el momento en que llegué me estoy preguntando dónde lo vi antes, me resulta sumamente familiar. Fui muy amigo de Dandy y de Helena, luego la amistad se terminó por esas cosas de la vida. Estuve

muchas veces en su casa, en las fiestas fabulosas que organizaban. Usted era un niño que correteaba por allí.

Erhardt hace una de esas pausas frecuentes que emplea en evaluar el efecto de sus palabras. Alza su mano mutilada y retoma el discurso.

No he dejado de notar que advirtió mi mano. Es verdad. Le voy a contar qué fue lo que me pasó. Como guste. No lo hago por gusto. Comprendo. ¿El nombre Martín Claverie le dice algo? Sí, señor. Fue mi profesor de Constitucional en la facultad, una eminencia del derecho reconocido mundialmente. ¿Sabe cómo murió? Nadie lo sabe. Desapareció sin dejar rastros. Exactamente. Cuando tenía once años fui secuestrado por unos criminales con el fin de pedir rescate. Siguiendo los consejos de Claverie, mi padre exigió una prueba de vida. No fue sino hasta que le enviaron la segunda prueba que él accedió a pagar el rescate. ¿Me entiende? Creo que sí. Estoy seguro de que sí. La vida me ha endurecido, Saralegui, pero no asuma que, por no exteriorizar mis sentimientos, no siento un terrible dolor por lo que le sucedió a Roby. Comprendo. Debo enterrarlo y hacer mi duelo en silencio. Quiero que me ayude en esto, Saralegui. Tenga en cuenta que soy un hombre que no necesita nada. Haré todo lo que pueda, señor. Espero más que eso. Lo traje aparte porque quiero que sepa que lo recompensaré generosamente si finalizamos este asunto rápida y discretamente. Eso no será necesario, señor. —Erhardt se queda mirándome como si lo hubiese insultado—. No diga tonterías, Saralegui, sé que vive más allá de sus posibilidades, endeudándose constantemente. Lo tengo estudiado, le gustan las chicas, las bebidas finas, los restaurantes caros y el juego. Usted es un consumidor y yo puedo satisfacer todos sus caprichos. —El águila me ha descolocado, no sé qué decir—. Todo dicho, señor fiscal, póngase a trabajar. Cuando quiera comunicarse conmigo, hágalo a través de Tae, ¿de acuerdo? De acuerdo. Tengo una pregunta. Dígame. ¿Qué puede usted decirme de las actividades de su hijo en la Villa? No mucho. Roby estaba atravesando esa etapa en la que el padre representa todo lo que él rechaza del mundo de mierda al que lo traje. Tuvimos una pelea hace dos años y no volvimos a vernos ni a hablar. Entiendo. ¿Sabe quién podría informarme? Hable con su madre. ¿Está aquí? No. Nos divorciamos hace mucho. Le advierto: es una mujer de cuidado. Lo tendré en cuenta. Tae le dará sus datos de contacto.

Cuando regreso a la sala, el quinto hombre ha desaparecido. Tae vuelve y me escolta hasta la salida. La lluvia fue un chubasco de verano, intenso pero tan breve que no alcanzó para limpiar la atmósfera ni para aplacar el calor. La ciudad es ahora un caldo malhumorado y pestilente donde se cuece su natural hostilidad. Dos coches negros salen desde la puerta y giran en la esquina.

Capitán fuma y mira las calles mojadas, es un *déjà vu*. A contraluz, su imagen en blanco y negro, signada por la melancolía, es una perfecta estampa de tango. Mi teléfono emite un sonido inusual. Entra un mensaje de Tae a través del Wunsi-Go, la

aplicación china que él descargó en mi teléfono: *Madre de Roby*, *Amanda: 200 34 35 23. Edificio La Place*, piso 23, departamento 8.

Subo al coche. Algo inusual, se sienta atrás, a mi lado.

¿Me necesita esta noche? No. Mañana tenemos una cita con Ballestero. ¿Quién? El tuerto que visitamos en la Villa. Ah, sí. Nos va a traer a los chicos que vieron a los supuestos asesinos de Roby. Muy bien. ¿Dónde y a qué hora? Eso lo sabremos mañana. Muy bien, llámeme cuando lo sepa. De acuerdo. ¿Puedo alcanzarlo a alguna parte? No es necesario, prefiero caminar. Como guste.

Capitán abre la puerta y sale del coche. Se detiene como si vacilara. Se inclina y me mira directo a los ojos.

Le voy a dar un consejo que no me pidió. Haga todo lo que le pidan y salga de este embrollo en que se ha metido lo antes que pueda. No importa con qué lo tienten, no trate de sacar provecho de la situación. Entienda que este es un bocado demasiado grande para usted.

Me hace una inclinación de cabeza y cierra la puerta.

Lo miro alejarse con su andar de *grizzly*, fundiéndose con la ciudad. Veo a Etchegoyen salir de la mansión, subir a su coche y alejarse. Le ordeno a Molina que me lleve a casa. Marco el número de Etchegoyen.

Hola, Diego. Hola, jefe, necesito que me saque de este caso. Ni lo sueñes —me contesta y corta sin más.

#### El sueño

Dandy está allí, a la entrada del Jockey Club, mirándome. Viste su traje de *tweed* escocés, gris, jaspeado, cruzado. Voy de salida, él medio me sonríe contemplándome de arriba abajo. ¿Hay una crítica en su mirada? ¿Tiene un brillo de desencanto o es mi sensación de nunca ser suficientemente... lo que sea a sus ojos? Ese hombre a quien todos con justicia llaman Dandy, ese hombre elegantísimo, peinadísimo, seductor, campeón de la ocurrencia brillante, ese hombre que adora que lo admiren, pero no permite que lo quieran. Ese hombre que deja de prestarme atención para dispensársela a los amigos y amigas que se acercan a él. Esos que imitan sus gestos, le palmean la espalda y le dedican sonrisas amplias y falsas. Esas que tienen piernas largas, son esbeltas y cimbreantes, hacen mohínes efectistas, muy ensayados. Mujeres llenas de tentaciones y decepciones que aún no deben renunciar a su belleza, pero que padecen la ansiedad de quien sabe que los años se están volando. Ese hombre a quien me parezco mucho más de lo que estoy dispuesto a admitir, ese hombre que nunca me quiso, es mi padre.

Despierto. Me meto en el baño. No me gusta lo que muestra el espejo.

A mi edad, él ya había triunfado: fue el secretario de la Suprema Corte de Justicia más joven de la historia, se había casado con Helena, mi madre, la mujer más bella de la Facultad de Derecho y alrededores, disponía de una considerable fortuna hecha como abogado de los más encumbrados criminales, frecuentaba las amantes más apetecidas de la nobleza provincial y era candidato a gobernador por el Partido Conservador. Sus adversarios de siempre eran los hermanos Díaz. Jacinto y el Bobo Díaz, dos fugitivos del Partido Radical que se habían pasado al conserva. La gracia de mi padre de cada mañana, cuando entraba a desayunar al Jockey Club, al antro de la aristocracia, era contestar el buenos días del portero con un de los Díaz, no hay ninguno bueno. La broma se popularizó, el tout ciudadano comenzó a usar la frase para contestar el saludo matinal. Otra de las ocurrencias memorables de Dandy. Esa le permitió desplazarlos de la interna partidaria. Dandy decía que los Díaz, como buenos radicales, eran un caballo de bronce: no te caga, pero tampoco te lleva a ningún lado. Pero quien triunfó en las elecciones fue precisamente un radical escindido. Luego de algunos golpes palaciegos, los militares volvieron por sus fueros y sacaron a los civiles del Gobierno a patadas en el culo y Dandy, como siempre, terminó siendo el gran triunfador de todo aquel estofado. Los militares siempre adoraron a los aristócratas. El nuevo gobernador nombró a Dandy, su compañero de correrías, como asesor inmediato, siguió sus consejos al pie de la letra y se dejó llevar a las fiestas de la jet set y servirse de las putas de la high, a las que nunca hubiera

tenido acceso por sus propios medios. Generó una dependencia total de mi padre y sus consejos. Lo seguía en todo, hasta en la manera de vestir. Imitaba sus gestos, sus posturas y la manera de hablar de mi padre, pero lo que en Dandy era naturalidad y elegancia, en el militar y gobernador sonaba impostado y ridículo. La posición de mi padre en el Gobierno, de enorme influencia y ninguna responsabilidad, le habilitó tantos negocios que en poco tiempo se convirtió en el hombre más rico de la ciudad. Las fuerzas armadas se erigían una vez más como los custodios de la civilización occidental y cristiana. El regreso al orden se celebró con una fenomenal fiesta para doscientas personas en los jardines de nuestra casa nueva en la calle Diez. Alrededor de la piscina, Dandy convocó a la audiencia perfecta para revalidar sus títulos patrióticos. De coronel para arriba, vinieron todos, encabezados por el general Imaz, el gobernador de facto, nueva fuente de negocios para Dandy. El chef del Jockey se encargó de asar media res de angus, y los camareros del club, de servir a los invitados. La alcurnia gastronómica a las órdenes de la alcurnia social. En el ambiente delicadamente decorado por mi madre con flores y mesas vestidas, flotó un aire de confianza y camaradería entre militares y señorones, y de condescendiente paternalismo hacia los sirvientes. Asistieron todas las personalidades relevantes de la política y los negocios, hasta los hermanos Díaz se hicieron presentes, encantados de sentarse a la mesa del tipo más rico e influyente de la ciudad. En un aparte, bebiendo con tres de sus asociados, escuché a Dandy decir entre risas: No me explico la manía de los militares por hacernos ricos, pero, en todo caso, espero que Dios se la conserve. Levantaron las copas y brindaron con un Sovereign de cincuenta años por los salvadores de la patria.

La hija mayor del señor Montaña, un industrial metalúrgico que estaba muy interesado en hacer negocios con el Estado, se acercó a mí y me preguntó si era el hijo de Dandy. Yo tenía quince años, Rosita diecisiete. Le dije que sí.

Mi padre me pidió que me haga amiga tuya y que te entretenga.

Sin más me tomó de la mano y me condujo hasta el coche de su padre, el industrial. Era un Oldsmobile celeste y blanco que estaba estacionado cerca de la puerta de casa, bajo un plátano frondoso que atenuaba convenientemente el alumbrado público. Subimos al asiento trasero. Allí, Rosita me dio unos besos en la mejilla y en el cuello, y me hizo unas pajas de lo más satisfactorias.

*No lo tomes a mal* —dijo mientras se limpiaba la mano con un pañuelo de papel —, *es que mi padre es ingeniero y me educó en la eficiencia*. —Debió de darse cuenta de que yo no entendía el comentario ya que agregó—: ¿*Te entretuve bien?* 

Esa andanza me hizo comprender la diferencia entre tener un padre ingeniero y un padre abogado, y que ser hijo de Dandy podía tener sus aspectos positivos.

Lo dicho: a mi edad, Dandy había conseguido todo, incluso que hasta su carisma y su poder me depararan un buen rato en el asiento trasero de un Oldsmobile en

manos de la hija del ingeniero. Yo, en cambio, apenas llegué a un puesto de fiscal obtenido gracias a los buenos oficios de un amigo de él, Amadeo Black. Numerario de la Cámara Federal, quien debe de haber creído que, favoreciéndome, saldaba el favor que mi padre le hizo por un lío homosexual. Lo causó la pasión que le despertó un muchacho que llegó a su despacho esposado y maltrecho y salió sin que su buen nombre y honor se viesen afectados. Yo no puedo dejar de percibirlo como otra prueba de mi incapacidad para lograr algo por mérito propio.

Dandy reventó casi toda su fortuna, mujeres rápidas, caballos lentos. Su sensación de omnipotencia le obnubiló la visión y lo mandó a la ruina con billete de ida. La mayor parte fue a parar a las arcas de los abogados que se encargaron de arreglar los mil y un problemas que dejó tras de sí. A fin de cuentas lo único que se salvó del incendio fue este departamento. Lo habitamos dos desconocidos que hace tanto tiempo dejaron de quererse y hoy no saben si alguna vez se quisieron.

Teléfono. Molina me avisa de que está abajo. Me visto. Voy a la cocina, pongo una cápsula en la máquina de café, presiono el botón que la pone en marcha. Despide un chorrito indeciso que va llenando el pocillo. Lo bebo, repito la operación, bebo otro. Miro por la ventana. Otro día bochornoso. En un par de horas el cielo estará blanco e incandescente como el cabello de Erhardt. Qué ganas de quedarme en casa, esperar a que Olya se vaya a trabajar y pasarme el día rascándome los huevos frente a la tele. Vuelvo al dormitorio. Olya se gira hacia el lado opuesto sin despertar. Me visto con mi camisa blanca a rayas celestes, mi traje negro, mi corbata con escudos y mis mocasines con hebilla: el uniforme de abogado.

#### Amanda o la discreción

Acompáñeme, por favor. ¿Para qué? Prefiero que haya un testigo de mi conversación con Amanda. Muy bien. Vamos.

El edificio es de una sobriedad lujosa. Capitán camina detrás de mí hasta el interfono dorado. Presiono el 23 8.

¿La señora Amanda? ¿Quién la busca? Mi nombre es Diego Saralegui, soy el fiscal que está a cargo de la investigación de la muerte de Roby... ¿Hola?... ¿Usted era quien llamaba por teléfono con tanta insistencia? Sí, a quien nunca atendió, obligándome a venir y... ¿Hola?... Pase al lobby, por favor, ahora bajo.

Suena una chicharra, la puerta se abre. Un breve camino abierto entre parterres de césped y flores conduce a la entrada del edificio. Los techos deben de tener cinco metros de altura. Me siento en un amplio sofá. Capitán se queda de pie a corta distancia. Esperamos. Quince minutos más tarde aparece. Un *sarong* azafrán envuelve a la mujer de unos cincuenta años. Tiene el cabello suelto, sandalias y es de una belleza serena, atemperada por los años. Se adivina que fue una mujer perturbadora. Se la ve algo cansada. Le tiendo la mano, no la toma.

¿En qué puedo serle útil? Quisiera que hablemos de su hijo. De acuerdo, pero solo lo haré en presencia de mi abogado. No me parece necesario. A mí sí. Como guste. Ya lo llamé, es el doctor Zito. Está en camino. Muy bien. Tome asiento; en cuanto llegue, regreso. Como le parezca. Lo que me parece es que esto es una pérdida de tiempo..., del suyo y del mío. Su tiempo no es mi problema, del mío me ocupo yo. Como le plazca.

Amanda gira, regresa por donde vino y desaparece en el ascensor. Un guardia aparece de alguna parte y se sienta a un escritorio de cristal desde donde me vigila como quien mira a la nada. Mato el tiempo revisando correos. Media hora más tarde aparece el abogado. Es bajo y redondo, como una bolita con patas. Camina con pasos cortos y veloces. Transpira, tiene el rostro rojo y luce abotargado, da la impresión de que está a punto de sufrir un ictus. Se acerca, me tiende la mano.

Mucho gusto, soy el doctor Zito —dice mientras toma asiento junto a mí. Sus pies no llegan al suelo—, la señora Amanda bajará enseguida. Muy bien. ¿De qué quiere hablar con ella? De la muerte de su hijo. No creo que consiga mucho. Veremos. ¿Un consejo? Dígame. No la presione. Lo tendré en cuenta. —Las puertas del ascensor se abren con un ligero bufido. Zito se baja del sillón y camina hacia ella. Amanda se cambió de ropa. Ahora luce un traje sastre negro y un peinado estricto. Zito va a su

encuentro con una sonrisa obsecuente, pero debe hacerse a un lado para que ella no le pase por encima. En el rostro rechoncho del abogado se dibuja una sonrisa estúpida. Amanda se sienta frente a mí, Zito se ubica a su lado.

Adelante. ¿Qué puede decirme de las actividades de su hijo en la Villa? Nada. ¿Nada? No. ¿Sabía que pertenecía a una ONG...? No —me interrumpe bruscamente. Amanda por momentos parece una mujer frágil y por momentos es brutal como una fiera enjaulada—. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio? No lo recuerdo. ¿Una semana, un mes, un año? Seguramente. ¿Seguramente qué? Lo último. ¿Un año? Debe de ser. —Siento que me está mintiendo—. ¿Cómo es su relación con el señor Erhardt, su exmarido? No conteste, Amanda —interviene Zito y, dirigiéndose a mí, agrega—: Eso no es de su incumbencia, ni es relevante para la causa. —Amanda me mira desafiante—. ¿Su hijo tenía enemigos? Debe de haberlos tenido; si no, no lo hubieran asesinado, ¿no cree? ¿Qué sabe de eso? Nada. ¿Hay algo que pueda decirme que ayude a la investigación? No lo creo. Muy bien, si se le ocurre algo le ruego que me llame. —La mujer se pone de pie. La imito. Saco una tarjeta de visita y se la ofrezco. La mira, no hace el menor gesto de tomarla. Zito da un paso al frente y la agarra—. Yo me haré cargo de eso. —Amanda saluda, se vuelve y se va. El abogado y yo nos quedamos mirándola hasta que sale de nuestra vista, entonces se vuelve hacia mí—: Lamento que haya perdido el tiempo. Y yo, pero usted ¿qué papel juega?, para lo que dijo no necesitaba a su abogado. No soy su abogado. ¿Ah, no? No. Trabajo para el señor Erhardt. No entiendo. Él le pasa a Amanda una cifra mensual con la que podría vivir usted y toda su familia durante un año. El departamento, el coche, todo es de Erhardt. ¿Y eso qué tiene que ver? Mucho, todos esos beneficios están sujetos a un pacto que hicieron. Amanda no puede hacer ninguna declaración o diligencia legal sin mi participación y, si Erhardt juzgara inconveniente algo que ella diga o haga en el terreno jurídico, el subsidio se termina. No más departamento de lujo, viajes, dinero... Comprendo. Me alegra. Bien, si no se le ofrece nada más... —Zito me hace un gesto indicándome la salida. Lo saludo y me voy. Él se queda allí, de pie, observándonos hasta que atravesamos la puerta. Capitán le hace una seña a Molina, estacionado a cincuenta metros, para que venga a buscarnos. Como no responde, decide ir hasta allí. Dos coches negros entran a la explanada del edificio y se detienen a la puerta, frente a mí. Del primero bajan tres hombres altos, fornidos, con anteojos de sol. Dos se quedan vigilándome, el tercero va hasta el segundo coche y abre la puerta trasera. Reconozco de inmediato al hombre que baja, es Iñíguez. Sube ágilmente la breve escalera, me ve, sonríe apenas, me guiña un ojo y me extiende la mano.

Diego, tanto tiempo. Hola, Jorge, es verdad. ¿Qué hacés por acá? Vine a ver a alguien, cuestiones de trabajo. No me digas; ¿en qué trabajás? Soy fiscal. Qué bien. Sé que te nombraron comandante en jefe del Ejército, felicitaciones. Muchas gracias.

Iñíguez le hace un gesto a uno de sus hombres para que se acerque.

Tenemos que vernos... por los viejos tiempos. Cuando quieras.

El tono de su voz es amistoso; su mirada, intimidante.

*Mosca*, *dele una tarjeta al amigo*. *Sí*, *señor* —contesta el guardaespaldas y me la entrega—: *Llamame cuando quieras y nos tomamos una copa*. —Me estrecha la mano y se dirige a la puerta, que se abre a su paso. Llegan Molina y Capitán. Me subo al coche. A través de los cristales polarizados veo la silueta de Iñíguez y reconozco al quinto hombre que estaba en penumbras en casa de Erhardt, era él.

¿Adónde, señor? Lléveme al despacho.

### Iñíguez, el General Niño

No había vuelto a ver a Iñíguez desde el tercer año del colegio. Recuerdo con claridad el día que llegó al Instituto Dastugue, un antro que acogía a lo peor de cada colegio. Venía expulsado del Lasalle por haber golpeado a un profesor. Apareció cuando ya estábamos formados en el patio y a punto de pasar a las aulas. Yo era el último de la fila. Se ubicó detrás de mí. Mata, el jefe de preceptores, fue haciendo marchar a los alumnos siguiendo el orden de las divisiones. Primero los de quinto y cuarto año a sus aulas de la planta baja. Luego nos tocó a los de tercero, en el primer piso; nos seguirían los de primero y segundo. Empezamos a caminar. Iñíguez me pisó el talón. Me volví. Me miró fijamente, provocador. Seguí andando. Me pisó nuevamente. Me giré y le di un empujón en el pecho: ¿Qué te pasa, imbécil? No me contestó, simplemente giró la cabeza para controlar si Mata nos estaba viendo. Lo estaba. Continuamos. Podía sentirlo caminando detrás de mí, cerca, demasiado cerca. Entramos a la clase. Desaparecimos del campo visual de Mata. Iñíguez siempre pegado a mi espalda. Me volví justo a tiempo para ver que su puño bajaba en picada hacia mi cara. Lo esquivé sin pensar, en un movimiento reflejo, pude sentir el aire que desplazaba esa trompada que pasó a milímetros de mi rostro y fue a estrellarse dolorosamente contra el banco. Iñíguez tuvo una mueca de dolor. Pensé que me soltaría otro golpe, uno que esta vez no podría eludir, pero en ese instante Mata se asomó a la puerta y él continuó a ubicarse en el último banco, el que en todas las aulas del mundo ocupa el peor alumno de la división. Era el pupitre de Castilla, un rubio bravucón y más bruto que un arado. Lo llamábamos «el abuelo», hacía el curso por tercera vez. Llegó y le dijo a Iñíguez que ese era su lugar: Dijiste bien —le contestó—, *era tu lugar*, *ahora es mío*. Lo dijo con calma, sin levantarse del asiento, mirándolo fijamente, midiéndolo. Algo le dijo a Castilla que disputárselo podía ser perjudicial para su salud. Metió el rabo entre las patas y se colocó en un banco de la segunda fila, el que Molero, un chico pálido y quebradizo que no tenía amigos, había dejado libre un mes atrás para nunca más volver; se decía que había muerto de leucemia. No se hablaba mucho de eso. Nadie muere a los dieciséis años y no se admite que ningún cadáver venga a contradecir esa certeza. Luego de la clase de anatomía, salimos al patio para el primer recreo. Era otoño. Yo tomaba el sol contra la única pared donde daba. Iñíguez bajó el último de la clase, salió de la escalera y vino directamente hacia mí. Me puse alerta inmediatamente. Se detuvo a dos pasos de donde yo estaba.

¿Cómo hiciste para esquivarme?, es la primera vez que me pasa. No lo sé, supongo que por reflejo.

El hecho de que hubiera podido eludir su golpe le habrá hecho pensar que yo era más hábil para la pelea de lo que realmente era; tal vez por eso me hizo, no su amigo, él nunca los tuvo, pero sí su cómplice. Paseó la vista por el patio, los alumnos tonteaban en grupos, comían sándwiches de salame y queso y bebían Coca-Colas.

¿Cómo te llamás? Diego. Jorge.

Iñíguez era muy delgado, ni un gramo de grasa, pura fibra, su postura era muy erecta, la espalda recta y el cuello estirado, siempre pasando revista al entorno. Su cabeza era pequeña y el cuero cabelludo arrancaba muy cerca de las cejas, carecía casi de frente, eso le daba un aspecto cómico. Tenía el andar, el ánimo y la velocidad de una mantis, sus frases eran cortantes.

¿Cuánto hace que estás en este cole? Desde primero. Decime, ¿quién es el más pesado de todos? Ese —le respondí señalando a San Martín, el alumno que destacaba por ser el más alto, el más robusto y el más malhumorado. Iñíguez se quedó observándolo como un sastre o un enterrador que calcula las medidas de su cliente. No hablamos mucho más, Iñíguez era un chico por demás parco. Sonó el timbre. Volvimos a clase. Él se adelantó y le arrebató un sándwich a un alumno de primero. Pequeño y frágil, solo atinó a emitir una leve protesta con los ojos llenos de lágrimas. Iñíguez subió las escaleras con agilidad, volando sobre los peldaños de dos en dos, tragándose la prueba del delito en tres bocados. Comencé a andar hacia la clase. Mata me interceptó para recordarme que debía traer el parte de ausencias firmado por mis padres y que ya era la cuarta vez que me lo pedía—: Si no lo traés mañana, no entrás *a clase*, ¿entendido? —Concluyó con esa puta costumbre del coscorrón. En esta escuela de protodelincuentes, el idiota se aferraba a cuestiones burocráticas. Cuando entré al aula, Iñíguez estaba en su banco de la última fila. Mi mochila estaba abierta, algunos de mis libros y cuadernos desparramados sobre el escritorio, otros en el suelo. La cartuchera vacía, los lápices, bolígrafos y lapiceras esparcidos por todas partes. Levanté la vista hacia Iñíguez, se quedó mirándome con cara de piedra. Supe que fue él quien había estado revisando mis cosas y él supo que yo lo sabía. Le importó nada. Recogí todo y me dispuse a aburrirme mortalmente con la clase de educación cívica.

Al final de la mañana las puertas del cole se abrían de par en par. La salida era rápida y desordenada. Como si las autoridades quisieran sacarse de encima de una sola vez a los trescientos insolentes que asistían a clase cada día. A empujones, Iñíguez se abrió paso entre los alumnos hasta colocarse a mi lado. Salimos juntos. Estiró el cuello para divisar a San Martín que caminaba unos treinta pasos delante de nosotros: *Vení conmigo* —me dijo y apretó el paso. En unos segundos estuvo detrás de San Martín y le dio dos fuertes palmadas en la espalda. El grandote era una cabeza más alto que Iñíguez y el doble de ancho. Se volvió sorprendido. Iñíguez se plantó con los pies algo separados, el mentón proyectado hacia adelante en clara actitud de

provocación y las manos en puño a los costados del cuerpo. San Martín no entendió bien lo que estaba sucediendo.

¿Qué querés, idiota? Me dijeron que sos el más malo del cole. ¿Y con eso qué hay? Esto —contestó Iñíguez, y soltó un derechazo recto a la mandíbula de San Martín, sorpresivo y eficaz como una descarga eléctrica. El grandote puso los ojos en blanco, se tambaleó un instante y cayó de jeta al suelo, knock out, ni siquiera intentó algún gesto defensivo. Su cara se estrelló contra el asfalto. Iñíguez se quedó mirando en derredor como un gladiador que mira a la plebe luego de haber acabado con el león. Nadie dijo una palabra, nadie movió un músculo. Me tomó del brazo y me dijo —: Vámonos, ahora ya saben quién manda. —Anduvimos un trecho en silencio hasta que, sin que venga a cuento de nada, me largó—: No voy a estar mucho tiempo acá, mi viejo está haciendo gestiones para que ingrese a la Academia Militar, pero es importante hacerse respetar.

El prestigio de San Martín nunca se recuperó de aquel directo al mentón. Se transformó en uno más, uno cualquiera, y su tamaño comenzó a ser más una incomodidad que una ventaja. Iñíguez se refería a él como Bola de Grasa. Durante los meses que estuvo en el instituto, fue el líder indiscutido e indisputado. Yo disfruté de su protección porque, al vernos siempre juntos, los demás creían que era mi amigo o que yo era tan peligroso como él. No era ni una cosa ni la otra, pero saqué provecho de esa reputación caída del cielo. Ni Mata se atrevía a meterse conmigo. Lo hizo verdaderamente popular su capacidad para organizar desmanes en banda. La «estampida» era uno de los más apreciados. Se trataba de escapes en masa del colegio que producía cuando había partidos de fútbol en horario escolar. Iñíguez conocía todos los puntos débiles del edificio por donde se podía escapar. Distribuía a los alumnos tácticamente: los más pequeños cerca de las salidas estrechas, los más grandes donde era preciso hacer alguna fuerza para huir y así con todos. Producía acciones de distracción y, mientras los celadores trataban de contenerlas, otros grupos escapaban por otro lado. Iñíguez planificaba hasta el mínimo detalle, pero solo él conocía el plan en su totalidad. Había dividido al alumnado en células que operaban independientemente, evitando de ese modo que hubiera filtraciones hacia las autoridades. Una parte del plan podía fracasar, pero no la totalidad. Tenía todo absolutamente controlado, en eso basaba su estrategia: el dominio que ejercía sobre los estudiantes era superior al de las autoridades del colegio. La anunciada visita de un grupo de inspectores del Ministerio fue la ocasión que Iñíguez utilizó para negociar con el director. Le hizo una serie de concesiones a cambio de paz y orden. Consiguió las mejores notas sin haber tocado jamás un libro y se le permitía faltar o entrar y salir del colegio a piacere. De rebote, yo conseguí que Mata me dejara de joder. La mayor parte de esos nueve meses lectivos, Iñíguez los pasó en La Academia, un bar y billar donde se entretenía venciendo al ajedrez a jugadores veinte años mayores que él. Su partida del instituto fue contemplada por administrativos, docentes y preceptores con el alivio que produce la retirada del enemigo a quien no se pudo vencer.

No volví a saber nada de él hasta que me enteré, por las noticias, de que el presidente lo había nombrado comandante en jefe del Ejército. Para darle el cargo tuvo que pasar a retiro a seis generales más antiguos.

### Un día en el despacho

Apenas llego al despacho comienzo a sentir un hormigueo en las manos y la cara, veo destellos y puntos luminosos en el aire. Por el interfono le pido a Alicia que me traiga un vaso de agua. Poco después lo pone frente a mí. Me trago los dos últimos comprimidos de Imitrex. Me quito la chaqueta, aflojo la corbata y me tiendo en el sofá.

¿Qué tenemos, Alicia? Acaba de llegar Selvetti. ¿Está con su abogado? Todavía no llegó. También trajeron a su mujer. ¿Está en la causa? Encontraron el arma homicida en la casa de ella. Niega que supiese de su existencia. ¿La imputamos? Depende de usted, pero hay un detalle. A saber. El allanamiento lo hizo Capitán. ¿Capitán los detuvo? Así es. ¿El mismo que me asignaron de custodia? El mismo. ¿Y? No tenía orden de allanamiento. Qué raro, me impresiona como alguien muy profesional. Seguramente lo es. Dijo que se la pidió a Bonasera por teléfono, le prometió que se la daría, pero lo olvidó, luego intervino Gasulla en el caso y ya no pudo hacerla. Entiendo. Hágame un resumen, por favor.

Alicia toma una silla, se sienta frente a mí, estira su vestido para que le cubra las rodillas, lleva su mano al crucifijo que pende de su cuello y comienza el relato. Es una campeona de la síntesis, sabe todo sobre procesal. Ella debería ocupar mi puesto. Ambos lo sabemos y lo callamos. Cierro los ojos.

Tomás Selvetti, alias el Indio, asesinó a Krasner, un hacker internacional que se había instalado en Buenos Aires. El tipo se dedicaba a ingresar a servidores bancarios y, mediante un algoritmo de su creación, conseguía que las diferencias menores de cincuenta centavos de todas las cuentas fueran transferidas a una cuenta de él. A su favor jugaba el hecho de que nadie se molestaría en quejarse al banco por una diferencia insignificante. El inconveniente de este procedimiento era que podía usarse por un tiempo limitado antes de que saltaran las alarmas. Cada semana, Krasner debía sacar el dinero obtenido mediante este ardid, cerrar su cuenta y seguir con otro banco. Selvetti tiene un primo, Cristoff, que era el jefe de ciberseguridad del National. Detectó la maniobra y lo monitoreó durante un tiempo. Cuando Krasner retiró el dinero, le pasó el dato a su pariente para que lo extorsionase. No tomó en consideración que el Indio es un tipo brutal. Fue a casa de Krasner, allanó la morada con violencia; allí ya tiene de uno a cuatro años. Lo molió a palos hasta que le dijo dónde estaba el dinero, ahí le caen otros seis de máxima. Después le dio un tiro en la cabeza; ahí le corresponde homicidio con dolo directo, quince años. Como es todo en concurso real puede unificarse la pena. Estimo que le caerán no menos de diez años. Tomó el recaudo de anular las cámaras de seguridad, pero no sabía que los monitores de Krasner tenían incorporadas otras cámaras prácticamente invisibles. Está todo grabado. Audio y sonido en alta definición. Cuando quiera se las paso. Cristoff está detenido y dispuesto a contar todo. En palabras de Capitán, va a decir lo que sea con tal de que le reduzcan la pena. Es uno de esos tipos que saben que no durarán mucho en la cárcel. Gracias, Alicia. Que me esperen, en cuanto afloje el dolor de cabeza, los atenderé. ¿A qué hora tendremos aire? A las tres.

Poco a poco se va instalando esa sensación de paz metálica que indica que los analgésicos están haciendo efecto. Los dolores, los hormigueos, las luces y los destellos van desapareciendo. El tiempo queda abolido.

Doctor, doctor, despierte.

Es Alicia, sacudiéndome.

Sí..., ¿qué pasa? Se quedó dormido. Hace más de una hora que Selvetti, su mujer y el abogado lo esperan... Puf, deme cinco minutos.

Me pongo de pie, voy hasta el baño, me lavo la cara, me seco, me peino y me ajusto la corbata. Me siento a mi escritorio y le digo a Alicia que los haga pasar. Es casi mediodía. Tomo el expediente, lo abro y comienzo a leer. La puerta se abre.

Levanto la vista. Alicia con su andar de soldadito de plomo, detrás, semioculta, la pareja de Selvetti, y detrás, Capitán. Cuando Alicia se aparta, me quedo pasmado. Camina como una pantera, me clava esos ojos en los que quisiera caer y no volver a salir. Todo en su cuerpo es armonía, ritmo y sensualidad. Por un instante es el único ser del universo, todos los demás desaparecen. Dandy tenía una historia que le encantaba contar. Ava Gardner estaba en Madrid, huyendo del acoso de Frank Sinatra. Conoció en una reunión a Dominguín, el torero más renombrado de España, alguien que no tenía par en el ruedo. El flechazo fue inmediato. Se sintieron irresistiblemente atraídos y la noche finalizó en un ardiente encuentro amoroso entre la persona más bella del mundo y el torero más famoso. Al finalizar, Dominguín saltó de la cama y comenzó a vestirse apresuradamente. ¿Adónde vas?, le preguntó Ava. A contárselo a los amigos. Quien se sienta frente a mí es Ava Gardner.

Custodiado por Gómez, hace su aparición el Indio Selvetti. El hombre es puro músculo. Delgado y fibroso, emana una energía animal que no es posible ignorar. Sus ojos son pequeños y agudos, sus manos largas y afiladas como cuchillos, al igual que su voz. Hay algo sobrador y pendenciero en su andar y en su mirada. Le hace un guiño seductor a Ava y se sienta. Le ordeno a Capitán que le quite las esposas.

¿A mí no me quita las esposas, doctor?

Dice Selvetti con afectada educación. Su tono contiene una buena dosis de desafío. El reposo y la calma que expresa su lenguaje corporal no ocultan que se trata de un hombre sumamente peligroso.

*No*, *Selvetti*, *a usted no* —digo y él percibe mi miedo y sonríe apenas, separando sus labios casi inexistentes de tan finos: un tajo abierto en su rostro.

Capitán se encargó personalmente de traer a Ava, se ubica a sus espaldas, muy serio. El policía que custodia a Selvetti no puede dejar de mirarla. Me ofusca su mirada, siento que solo yo tengo derecho a verla así. Siento la mordida de los celos: del policía, que se demora demasiado en quitarle las esposas, de Selvetti, que la haya tenido. Se me despierta un instinto de posesión, de propiedad sobre ese cuerpo, sobre esta criatura, como si ya fuera mía. En cierto modo lo es, la maquinaria judicial la puso a mi disposición y yo ahora soy un engranaje importante de su destino. Entra Gaya, el abogado. Cumplo con todas las formalidades de la audiencia. Selvetti se niega a colaborar, a revelar dónde está el dinero, rechaza todos los cargos, se ampara en sus derechos y no declara. Lo mando de vuelta a la prisión. Se inclina para besar a Ava, interrumpo el movimiento.

No puede haber contacto físico —le digo con la mayor autoridad de que soy capaz. Selvetti, a medio camino del rostro de Ava, detiene el movimiento, me mira, sonríe, otra vez esa sonrisa, continúa y la besa. Se endereza y sale caminando, elástico, firme, como si fuera el rey del mundo. La tensión que producía la presencia de Selvetti se afloja inmediatamente. Ordeno a todos que salgan. Gaya, el abogado, dice que regresará enseguida y sale detrás del Indio. Ella también sonríe. Pero es la sonrisa de alguien que sabe, de alguien muy dueña de sí misma.

¿Qué puede decirme de los cargos que se le imputan? No sé nada. ¿De qué? De nada. Yo creo que sabe más de lo que dice. Yo no me meto con las creencias de nadie. ¿Sabe dónde está el dinero? ¿Qué dinero? El que su marido le robó a Krasner. ¿Quién es Kras..., ese? ¿Conoce a Cristoff? ¿El primo del Indio? El mismo. Lo vi dos veces, creo. ¿Sabe de qué se ocupaba? Computadoras, me parece que trabajaba con computadoras. ¿Y usted? ¿Yo qué? ¿De qué se ocupa? ¿Por qué, me va a ofrecer trabajo? Por favor, conteste la pregunta. Soy astrofísica.

Golpes a la puerta. Digo que pase. Es Gaya.

¿Qué es esto, interrogando a la cliente en mi ausencia? Solo le preguntaba a qué se dedica. ¿Qué le dijo? —pregunta a Ava—. Nada —responde en medio de un bostezo—. El grabador estaba apagado —digo para tranquilizar al abogado—. Doctor Saralegui, creo que debe ser desafectada de estos procedimientos. Encontraron el arma homicida en su casa. Donde estaba sin su conocimiento. El día que alguien declare en este lugar que conocía un arma, hago una fiesta. ¿Me va a invitar, doctor? —dice Ava con una picardía que me recorre el cuerpo como un escalofrío—. Por otra parte —continúa el abogado—, el allanamiento fue ilegal.

Estoy al tanto. Aquí está el certificado de matrimonio, no va a declarar. Voy a pedir que sea dejada en libertad, pero queda a disposición del proceso. Quedo a su disposición, doctor —vuelve a provocarme Ava—. No salga de la ciudad. Estaré en casa.

Doy por terminada la audiencia. Capitán la toma delicadamente por el brazo y la conduce hacia la puerta. Miro su cuerpo alejándose. No creo haberme topado con alguien tan deseable nunca en mi vida. En el último momento, una milésima de segundo antes de desaparecer tras la puerta, Ava se vuelve y me sonríe con los ojos. Clac, se cierra la puerta y suelto un suspiro. Tengo la impresión de que estuve conteniendo la respiración todo este tiempo. Vuelve a abrirse la puerta. Pero no, no es Ava, es Capitán quien se asoma.

Doctor. Diga, inspector. Mañana vamos a ver al Tuerto Ballestero. ¿A qué hora? ¿Le parece bien a las diez? Perfecto.

Entra Alicia.

¿Qué tenemos? A Manes. Recuérdeme... El policía que mató a su cómplice, el traficante. Ah, sí. Mándelo de regreso y designe otra audiencia. Ya lo suspendió dos veces. Tengo que irme, un asunto personal. El abogado va a quejarse. Que se queje todo lo que quiera. Como diga... Otra cosa, ¿le parece que cite a Cristoff? ¿A quién? Cristoff, el primo de Selvetti..., quien le pasó el dato de Krasner... Ah, sí, sí, cítelo, por favor.

Sale Alicia.

Me pregunto cómo hacer para volver a ver a Ava, quien, por cierto, se llama Julia. Reviso sus datos en el expediente. El impacto que me produjo es sorprendente. Nunca soñé que alguna vez sentiría una atracción como esta, brutal, inescapable. Julia tiene la capacidad de derribar todos mis prejuicios, todas mis ideas, y de potenciar mi curiosidad, no dejo de preguntarme cómo se ama a alguien así. Anoto su dirección y número en mi teléfono. Ya se me ocurrirá algo. Tengo que volver a verla.

#### La olla comienza a hervir

Capitán se acerca al coche. Bajo la ventanilla.

Doctor, me parece mejor que usted vaya en el asiento trasero. ¿Qué pasa? Hay manifestaciones y disturbios en el centro. Es conveniente que yo viaje delante, si no le importa.

Y si me importa le da igual porque está claro que no va a subirse al coche hasta que yo haga lo que dice. Soy jerárquicamente superior, tengo más categoría, mejor sueldo y más prerrogativas que él; sin embargo, por más poder que tenga, en la calle es Capitán quien manda. La calle es suya, yo soy apenas un turista cagado de miedo.

Molina, por favor, dé un rodeo por el Bajo, la Nueve de Julio está cortada. ¿Qué está pasando, Capitán? El Gobierno aumentó el boleto estudiantil y la cosa estalló. ¿Qué cosa? La presión. La gente está muy cabreada, la situación económica empeora día tras día. Si no comienzan a repartir un poco mejor el pastel, vamos a ver mucho de esto. ¿Le parece? No me parece, estoy seguro. Se vienen tiempos muy jodidos.

No termina de decirlo cuando Molina frena en seco. Nos enfrentamos a una turba vociferante que viene por plaza Roma rumbo al Ministerio de Trabajo. Solo queda un carril libre que ya están cerrando.

Acelere, Molina, acelere.

Obedece. Dos manifestantes se interponen, Molina los esquiva con pericia una milésima antes de atropellarlos. Una botella revienta contra el parabrisas, una piedra golpea en el maletero, pero logramos pasar en medio de una lluvia de insultos. Seguimos a toda velocidad hacia el norte. Giro la cabeza, a nuestras espaldas la multitud se hace más compacta con la llegada de nuevos manifestantes. En medio de la calle arde un contenedor de basura. La primera línea apedrea los cristales del Ministerio. Otra columna comienza a marchar en nuestra misma dirección, la encabeza una pancarta que grita: DESPERTAMOS.

Otro frenazo. Una turba baja a la carrera por la barranca de la plaza San Martín, otra viene a toda marcha a encontrarse con ella desde el río. Capitán mira hacia los costados y hacia atrás. Hay alarma en su rostro.

Pronto, quítense el saco y la corbata. Déjenlos aquí.

Molina y yo titubeamos.

¡AHORA!

Grita. Obedecemos.

Bajemos.

Bajamos. La multitud ya nos rodea. Capitán me agarra de un brazo y arremete en dirección a la Recova. Hay algunos forcejeos y tirones, pero logramos atravesar la primera línea. La segunda ya no nos identifica como tripulantes del coche. Me vuelvo, Molina ha quedado cercado. Saca su arma.

*¡Pero qué boludo!* —dice Capitán y me arrastra con él. A Molina lo veo desaparecer en un remolino de golpes y patadas—. *No podemos hacer nada*.

Los manifestantes vuelcan el coche. La gasolina se derrama por el asfalto. Alguien la enciende. La multitud da un grito futbolero de júbilo. Subimos la cuesta. Capitán me ordena que saque la camisa fuera del pantalón mientras él mismo lo hace. *Tenemos demasiada pinta de botones* —comenta por toda explicación. Se mete en el umbral de un edificio y me ordena que lo cubra. Saca su teléfono.

¿Félix?... Soy Capitán... Mal, viejo, mal... Hay un efectivo... Jesús Molina... Quedó atrapado en un tumulto... A ver si lo pueden ir a rescatar... Sí, o lo que quede de él... Retiro, frente a la Torre... De acuerdo..., manténgame al tanto... Gracias.

Nos alejamos por la avenida Santa Fe. Grupos de revoltosos más reducidos cruzan rumbo al epicentro del conflicto. No nos prestan mayor atención. Capitán lleva la mano en la cintura, donde carga la pistola.

Si tengo que disparar, doctor, salga corriendo. ¿Entendido? Entendido.

Pero no precisa hacerlo. Aparece un camión, en el portón de evacuación tiene pintada un águila que sostiene una ametralladora en sus garras y la sigla GIR, Grupo de Intervención Rápida, más conocido simplemente como la Rápida. Viene cargado de campeones de la brutalidad policial, especialmente entrenados para disolver manifestaciones, otros dos carriers lo siguen a corta distancia. Detrás de ellos, avanza un carro hidrante con sus tanques llenos de agua con soda cáustica. Se detienen en medio del cruce. Bajan la línea de choque con sus escudos de policarbonato, sus armaduras y sus porras y forman una línea a lo ancho de la calle. Los grupos sueltos de manifestantes comienzan a agruparse, en pocos segundos forman una masa compacta que supera en número a los policías y comienzan a arrojarles piedras, palos y cuanto objeto encuentran a mano o arrancan del entorno. Una molotov vuela por encima de los cascos de acero, se estrella dentro de uno de los camiones y estalla en llamas. La primera línea policial se abre, la segunda comienza a disparar sus escopetas de gas lacrimógeno. Tiran a la altura de la cabeza de los manifestantes. Una granada le pega de lleno a un joven encapuchado y lo voltea, sangrando en el piso. La multitud ruge. Más molotovs son lanzadas ahora a los policías. Uno de ellos toma fuego, se arroja al piso y comienza a rolar. Detrás, arde el camión. La tercera línea de policías se adelanta; estos cargan escopetas con munición de plomo. Comienzan a disparar hacia la multitud, a los cuerpos, a las cabezas. Un hombre aquí, una mujer allá, un chico más allá caen y son recogidos en andas por sus colegas. La masa retrocede, los policías avanzan. Un adolescente delgado se adelanta unos pasos y les dispara un piedrazo con una honda. Uno de los policías, con una agilidad sorprendente para su corpulencia, pega dos saltos, lo atrapa por el cabello, le descarga un porrazo en la cabeza que lo deja tendido en el suelo. Mira con sonrisa triunfal a sus compañeros. Pero ese grupo de policías ha quedado aislado de los otros y rodeado por los manifestantes. La mezcla del olor a sangre y pólvora enardece a la multitud. Los policías sacan sus armas de puño, pero a tan corta distancia son ineficaces. Se las arrebatan y los muelen a golpes. Rostros feroces, rostros deformados por el miedo, manos en puño, golpes, gritos.

Vámonos de acá, doctor. No tenemos nada que hacer y estamos en peligro —me dice mientras me toma por el brazo. Comenzamos a alejarnos a paso vivo como huyendo de un recuerdo horrible que tenemos urgencia por olvidar. A medida que nos distanciamos se van asordinando los gritos, los estampidos, las sirenas. Andamos casi una hora en silencio. Ya lejos del centro, encontramos un comercio abierto y vacío: Cervecería El Somormujo. Capitán se detiene, mira al suelo, se agacha, recoge una moneda de cinco céntimos, la contempla un instante y me la entrega.

Nunca se debe despreciar dinero encontrado. Tenga, es de buena suerte regalarlo.

Entramos. Capitán pide dos cervezas sin consultarme y se mete en el baño. En la radio suena un tango. Tengo la impresión de haberme trasladado al siglo pasado:

Uno busca lleno de esperanzas el camino que los sueños prometieron a sus ansias.
Sabe que la lucha es cruel y es mucha, pero lucha y se desangra por la fe que lo empecina.

Capitán regresa refrescado, peinado y con la camisa dentro del pantalón. Descubro un insospechado aspecto vanidoso de su personalidad. Este hombre tiene la virtud de sorprenderme a cada rato.

Uno va arrastrándose entre espinas y en su afán por dar su amor sufre y se destroza hasta entender que uno se quedó sin corazón.

El camarero pone las cervezas en la mesa. Capitán se bebe media caña de un trago.

Bueno, parece que lo de Ballestero vamos a tener que dejarlo para mejor ocasión. Debemos esperar a que se calme la cosa, creo que va para largo. El problema es que Erhardt, el juez, Crespo y Etchegoyen quieren resultados rápido. Dígame, Saralegui, ¿usted quiere descubrir al culpable, que se sepa la verdad? Sí, claro, ¿por qué lo pregunta? Porque no es eso lo que le están pidiendo. ¿Ah, no? No.

Capitán se inclina y mete una mano en el bolsillo trasero de su pantalón.

Espero no haberme dejado en el saco lo que quiero que vea... No, no, aquí las tengo.

Saca dos fotos. Pone sobre la mesa la que tomé en el video de la sala de seguridad del ferrocarril, aquella de la camioneta en la entrada del taller, con el logotipo semioculto. Junto a ella coloca la otra. Es el mismo vehículo pero entero. El logo dice «DAVERO - 30 años al servicio de la construcción».

¿Dónde la consiguió? Soy policía, Saralegui, ¿recuerda? ¿Sabe de quién es esa empresa? Ni idea. Es de Erhardt.

Me quedo sin palabras.

Por eso le preguntaba si estaba buscando la verdad. Porque yo creo que no es eso lo que le están pidiendo. ¿Y qué quieren? Un chivo expiatorio. Alguien que paque por la muerte de Roby. Estoy seguro de que ya lo tienen. ¿Ah, sí? Sí, el Palanca. ¿Quién es? El Palanca es hijo y nieto de chorros, él mismo lo fue. Estuvo más tiempo en la cárcel que fuera. En un trabajo tuvieron la mala suerte de golpear a un sereno un poco demasiado fuerte. El hombre era viejo, tuvo un aneurisma y murió. Al Palanca le cayeron ocho años. Allí conoció y se hizo amigo de un viejo delincuente. Un tal Molfino. Había sido guerrillero en los setenta. Cuando lo soltaron intentó llevar vida honesta, pero no pudo. La clandestinidad se le había hecho carne. Asaltaron un blindado. El Chorizo Rodríguez, comisario de Robos y Hurtos, y su gente los agarraron con las manos en la masa. Mataron a los guardias y al chofer, se quedaron con el dinero y le cargaron los muertos a la banda de Molfino. Le cayó reclusión por tiempo indeterminado. A cambio de un suministro constante de cigarrillos y yerba mate, tomó al Palanca bajo su protección y le enseñó todo lo que hay que saber sobre operativos y tácticas de guerra de guerrillas. La protesta de hoy, en la que nos vimos rodeados, tiene la firma del Palanca. Él se opone al negocio de Erhardt, convertir la Villa en un barrio de lujo. ¿Comprende ahora?

Me quedo callado, mi cabeza es un torbellino. Capitán termina su cerveza y se pone de pie. Camina hasta el mostrador, paga la consumición y regresa.

Ahora, Saralegui, tiene que decidir qué va a hacer: ¿perseguir la verdad o entregarle al Palanca atado de pies y manos a Erhardt? Le dejo la inquietud para que lo piense.

### La carta de Olya

#### Diego querido:

En rigor, no debería decirte «querido», tomalo como una fórmula de cortesía, porque esta carta es para decirte que dejé de quererte. No fue hoy, fue hace mucho tiempo, pero hasta ahora no me atreví a saberlo. Ya olvidé hasta qué era lo que me gustaba de vos. Te convertiste en ese desconocido que llega de madrugada apestando a tabaco, alcohol y sexo, que se acuesta a mi lado en la cama. Ese desconocido. Me voy, te dejo, no quiero nada. Solo me llevo mis cosas más personales que a vos no te sirven y a mí me mantienen vinculada a mis afectos verdaderos, a mi historia, a las cosas buenas de mi vida. El resto, podés quedártelo. Todas esas cosas que fueron nuestras ahora son solamente tuyas, como tuya también es la tristeza que las contamina. En cuanto al dinero, ya sabés que nunca fui muy buena con las matemáticas, hice la cuenta que podrás controlar al dorso de este mensaje, seguramente me equivoqué, lo más probable que en contra de mí. En el improbable caso de que fuera al revés, tendrás que joderte, de todos modos no será mucho. Me llevo lo que, según ese cálculo imperfecto, creo que me pertenece. Tengo sentimientos encontrados y una certeza. Siento tristeza por lo que no fue, por todo lo que no pude o no supe amarte, por todo lo que se queda en el tintero de mi corazón. Por otra parte, siento una inmensa alegría, como la de quien despierta y comprueba que solo fue una pesadilla. Sí, en eso se transformó nuestra vida, en una nebulosa, cada vez más difusa y que, seguramente, se volvería más difusa con el paso del tiempo. Lo único que siento por vos es pena. Me da una inmensa tristeza tu afán de parecerte a tu padre, en sus peores aspectos, pero no tenés ni su talento, ni su gracia, ni su elegancia; solo heredaste sus vicios. Pero no soy yo quien deba decirte estas cosas, tal vez deberías consultar a un terapeuta. Sí, ya sé que no creés en esa «religión», como la llamás despectivamente, tuyo será el infierno de tu locura. Solo un consejo que no vas a seguir y que emerge de la pena que te estaba diciendo. Pero la pena es un sentimiento de mierda, algo que no quiero sentir por nadie. Ese consejo sería como la limosna que se le concede a un mendigo, sabiendo que no le servirá para salir de su miseria. Diego, siento que me están dando ganas de odiarte, y eso es peor que la pena; por eso voy a dejar aquí la escritura.

Te deseo... No te deseo nada. Adiós,

Olya

La carta, manuscrita en una hoja rayada, fue arrancada de un cuaderno, uno de esos que Olya usa para tomar nota de todo cuanto oye, hace, dice y piensa. Esas palabras, escritas a lápiz, con la mano tan apretada que le hace palidecer los dedos. Debe de ser la última persona en el mundo que escribe a lápiz y en un cuaderno. El borde de la hoja tiene los orificios desgarrados y con pequeños jirones unidos débilmente. El papel fue arrancado con rabia: abajo, a la izquierda, le falta un trozo de forma triangular. Me pregunto si la parte de la rabia se fue o se quedó.

Miro alrededor, faltan algunos libros de la biblioteca, no me cuesta mucho imaginar cuáles. Quedó vacío el estante que le dedicaba a Lacan. Recuerdo los cien ejemplares: Lacan y la teoría del yo, Los cuatro conceptos fundamentales de Lacan, Los ocho seminarios de Lacan, Los escritos de Lacan, La familia de Lacan, Lacan esto, Lacan lo otro, Lacan de aquí, Lacan de allá y así sucesivamente hasta el último tomo: Para olvidar a Lacan. Olya es un nudo en la garganta. Su lado del armario y sus cajones también están vacíos. El velador *déco* de su lado de la cama ha desaparecido. También su almohada, esa que le costó tantos años encontrar, que se llevaba cuando íbamos de viaje, que no cedía por nada del mundo. Las paredes desnudas: se llevó todos los cuadros y las fotos. Son más las cosas que dejó que las que se llevó, pero su ausencia pesa más. Es cierto que nunca me importaron esos objetos, pero me importan ahora. Me siento despojado. Desgarrado como la hoja en la que me escribió su despedida, que me deja la impresión de ser un malvado. Me siento solo, afiebrado y con una enorme necesidad de ser abrazado.

Fumo. Tomo un *whisky* detrás de otro. Salgo. Detengo un taxi. Una garúa persistente y asfixiante ahuyentó a toda la gente de las calles. El taxista quiere hablar de fútbol. No le contesto, me mira con rencor por el retrovisor y pone una cumbia a todo volumen.

Los besos de mi boca no fueron suficientes para que te quedaras conmigo para siempre. No me alcanzó el cariño para verte contenta. Me amabas como loca y no me di cuenta.

Bajo la ventanilla y enciendo un cigarrillo.

Acá no se puede fumar. Vos apagá la radio y yo tiro el cigarro.

Lo hace. Le doy una última pitada y lo arrojo por la ventanilla. Quedan muchos restos de la batalla campal de estos días. Bajo los arcos de la Recova del Bajo, las familias que van cayendo de la pobreza a la miseria acampan con sus bolsas de plástico, sus trapos, sus niños y sus colchones, se cubren con sus mantas y duermen. Los hombres, con un ojo solo. El otro vigila que no los sorprendan los caníbales.

Le doy un billete y no espero el cambio. En el Dadá tampoco hay nadie. Entro.

Salud, doctor. ¿Qué le sirvo? Algo que haga dormir al calor. Yo me ocupo.

Me siento en mi mesa, la pequeña y redonda encajada entre la ventana y la puerta de calle. Afuera, Deni monta guardia. Se lo ve mareado, vacilante, sudando la gota gorda.

Mario, a este le va a dar un ataque. Lo tengo castigado por imbécil, en un rato lo entro. Eh, que no es un perro. Eso es lo que vos creés —me contesta mientras me sirve un menjunje verde en un vaso grande con mucho hielo. Huele a menta, a ron y a alguna cosa aromática que no puedo identificar—. ¿Y esto qué es? Tómelo tranquilo, reanima a un muerto, y hoy tiene cara de necesitar reanimación. Té verde, menta, jengibre, cardamomo y leche, además del ron, ¿verdad que cae bien? No está mal. ¿Qué pasa, doctor, algún problema? Líos de mujeres. No se haga rollos, un clavo se quita con otro.

Mario va hasta la puerta, la abre sin salir.

Entrá, Inca, vamos a cerrar.

Deni entra con actitud de perro que ha hecho alguna trastada y se va hasta el fondo del salón. Mario me trae la cuenta.

¿Por qué lo llamás Inca?, no tiene ningún rasgo del altiplano. No, es por incapaz.

Pago. Mario tiene razón, un clavo se quita con otro. Saco el teléfono. Tecleo Ju, salen dos nombres. Pulso Judith. Tono de llamada, cinco veces, salta el contestador. Corto. En la pantalla queda Julia, Ava Gardner, la mujer de Selvetti. Me quedo hipnotizado mirando su nombre. Vacilo. Me asalta el recuerdo de ella saliendo de mi despacho, de aquella, su última mirada. Me siento cobarde. Vacilo. Mario está terminando de hacer la caja. Orko, el barman, y Pirilo, el cocinero, se despiden y salen. Mario apaga la música y se queda inmóvil mirando la nada. No lo va a decir, pero está esperando a que me vaya. Presiono la tecla verde. Dos llamadas.

¿Hola? —Es la voz extrañada de Julia. Vacilo—. Hola —repite—. Hola —me atrevo al fin—. ¿Quién habla? Saralegui. ¿Quién? El fiscal. ¿A esta hora? Discúlpeme, necesitaba hablar con usted. ¿Hay algún problema? ¿Problema?, no, ninguno. Tenemos que hablar de su situación en el proceso de Selvetti y hay un escrito importante que debe firmar. Muy bien —dice y puedo notar un vivo interés en

su voz—. ¿Podrá pasar por mi despacho? ¿Cuándo? ¿Mañana antes del mediodía le viene bien? No hay problema.

Mario se acerca.

¿Qué le parece si cerramos?

Me pongo de pie, salimos. Deni detrás de nosotros. Mario baja la persiana y la asegura con un grueso candado. Lo mira a Deni expectante a dos metros de distancia. Tiene un breve gesto de disgusto mientras mete la mano en el bolsillo, saca y le entrega un billete arrugado que Deni mira decepcionado.

¿Qué te pasa, no lo querés? Me dijiste... ¿Vos cumpliste con tu horario?... No, Mario, lo que pasa... Pará, pibe, yo te voy a decir lo que pasa. Agarrás eso y te las tomás cantando bajito o nada. ¿Está claro? Sí, Mario, perdoname. Andá nomás.

Deni se retira con el rabo entre las patas.

Mario, ¿por qué te gusta tanto humillarlo? Es una larga historia, otro día se la cuento, pero este se humilla solo.

Levanto la vista en busca de un taxi.

Por acá no va a venir ninguno. Venga, caminemos un poco.

Giramos por Tres Sargentos, la callejuela de servicio. El restaurante Pepper, García & Cabral tiene las cortinas a medio bajar. Las putas y sus vividores ya se han retirado. A esta hora, la Recova y alrededores se convierten en puntos de encuentro de indeseables. Los pocos vecinos que aún viven en el barrio llaman boca del lobo a esta bajada. Acá los malvivientes se juntan a beber, drogarse o darse con lo que tengan a mano y planear sus fechorías. Las luminarias fueron destruidas a piedrazos.

¿Le parece ir por acá? No se preocupe.

En efecto, a quince metros, cuatro malhechores sentados o tumbados en el escalón de la panadería Tres Estrellas, hace años cerrada a cal y canto, advierten nuestra presencia.

No se detenga —me dice Mario—, no los mire. —Y comienza a hablar en voz alta. Vamos por el medio de la calle. El grupito nos mira en silencio. Mario se mete ostentosamente una mano en el bolsillo. Pasamos junto a ellos. Ninguno habla ni se mueve, solo nos observan pasar. Nos alejamos tranquilamente—. ¿Vio? —me dice Mario con orgullo—: A estos mierdas no hay que mostrarles miedo. De eso viven. El error típico es andar junto a las paredes, escondiéndose, sin hacer ruido, tratando de pasar desapercibido. Estos hijos de puta huelen el miedo como las hienas huelen la sangre. Hay que hacerles pensar que uno es más jodido que ellos y que meterse con nosotros es peligroso.

Su teoría le dará resultado ahora, pero a mí el corazón se me pone a mil, estoy cagado de miedo.

¿Y si le falla, Mario? No falla, doctor, se lo digo yo.

La avenida está un poco más iluminada. Mario señala hacia el Sheraton que, cercado por una valla de alambre de tres metros, brilla en el desamparo de la noche.

Venga, vamos a conseguirle un taxi de confianza.

Caminamos hacia el hotel. Pienso que Mario hizo ese camino para alardear de su coraje, porque no había ninguna de necesidad de ir por allí. La reja se abre para dejar pasar a un coche negro con vidrios polarizados. Entramos a la explanada detrás de él. Mario saluda con familiaridad al guardia privado armado con un SCAR-SC. El coche se detiene a la entrada, el chofer baja, va hasta la puerta posterior y la abre. Se apean tres mujeres jóvenes, elegantes, vestidas de negro, con tacos altísimos, perfumadas, sonrientes y con anteojos de sol. Entran bromeando y riendo.

Acá está su transporte —dice Mario señalando un taxi. Nos acercamos—. ¿Qué hacés, macho? —saluda al chofer—. Acá andamos, trabajando. Haceme el favor, llevá al doctor a su casa o adonde quiera ir. No hay problema, suba jefe. —Mario me da la mano y una palmada en la espalda. Subo—. Cuidámelo, que es un amigo. —De alguna parte, el chofer saca a relucir una SW 500—. Esta nos cuida a los dos. Andá nomás.

Mi casa está en silencio. Oscura. Demasiado caliente. No tuve la precaución de extender el toldo. El sol le dio de lleno toda la tarde. Olya ya no está. Ella era como esos ruidos que solo notamos cuando se apagan, pero este mutismo no produce ningún alivio. Busco la botella de *whisky*. La cama está deshecha. Último rastro de su presencia. Me siento en el sillón. Bebo tragos largos y desesperados. La perdí para siempre. Estoy completamente borracho. Vomito y lloro la siguiente hora. Me desnudo, entro al baño, me ducho con agua helada y marrón, para intentar volver un poco a mi buen sentido, por llamarlo de alguna manera. El aroma ácido del vómito invade la habitación. Mojado como estoy, agarro el ventilador, me voy a la sala, lo enciendo y me siento frente a las aspas. Consumo un cigarrillo tras otro, avivados por el aire caliente pero en movimiento. La angustia no cede. Me vienen a la mente las palabras de Mario:

No se haga rollos, un clavo se quita con otro.

Me pongo de pie, me visto. Salgo a la calle. Camino hasta la avenida Santa Fe, donde un grupo de taxistas se reúne todas las noches para beneficiarse de la seguridad que da el número. De todos ellos, elijo a un joven que llega en este momento. Puedo distinguir a un taxista novato por la postura que adopta para conducir: va sentado

muy recto, los hombros alineados con el volante. Uno experto conduce apoyado contra la puerta porque de esa manera controla mejor al pasajero por el retrovisor y, en las paradas y los semáforos, puede mirarlo directamente girando solo un poco la cabeza. A este lo tomo precisamente porque es un aprendiz, uno experimentado no me habría llevado al Bajo Flores. Arrancamos calle abajo.

¿Adónde, jefe? Seguí hasta Libertador y girá a la izquierda hasta Cerrito.

No quiero darle la dirección antes de habernos alejado de sus colegas. No sea cosa que pregunte y le adviertan que no vaya. Nos detenemos en el semáforo de Retiro. Cuando cruzamos la Nueve de Julio le digo: *Castañares y Bonorino*. Pasamos lentamente junto a Barrio Parque. Como todos los barrios de los millonarios, está rodeado por cercas dobles de alambre electrificado que dejan un pasillo en medio patrullado por perros asesinos y tipos de negro que portan escopetas con suficiente potencia para arrancarle la cabeza a un humano con un solo disparo. En todas partes se siente el latido del odio y el pulso del crimen. Vamos hacia el norte por la avenida vacía y sucia, serpenteando entre escombros y basura.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué es esta locura que me atacó de pronto? Me impulsa la urgencia de ver a Julia. De encontrarla. La posibilidad de provocar un encuentro casual en su barrio. Un disparate. Pero a lo mejor sucede... En todo caso necesito calmar esta agitación haciendo algo más productivo que quedarme en casa vomitando y llorando. Olya, hija de una gran puta, ¿por qué me dejaste? Elijo odiarla, el odio es más soportable que la tristeza.

Estamos llegando. Bordeamos la 1-11-14, una sucesión de recovecos sórdidos y oscuros. Refugio para gente empobrecida que ingenia casuchas precarias construidas con lo que desechan los más afortunados. Allí también instalan sus guaridas ladrones, rateros y asaltantes. El paisaje atemoriza al chofer y disminuye instintivamente la marcha.

No bajes la velocidad, muchacho, es peligroso.

Comprende que andamos por uno de los barrios más violentos de la ciudad. Poco antes de llegar al edificio de Julia vemos un grupo de siluetas al final de la calle. Los movimientos son confusos y nada tranquilizadores. Hay gritos. Mi plan era situarme en algún lugar cercano, un café, un bar, que tuviera vista al edificio donde vive Julia, y esperar a que salga para encontrarla. Pero no hay nada de eso por allí. En las zonas en penumbra merodean siluetas más oscuras. No saldré con vida si me quedo por acá. El chofer se vuelve, aterrado.

Jefe, yo por acá no sigo. Tenés razón, volvamos.

Pone primera y salimos disparados. Hacemos el camino de regreso a toda velocidad. Le digo que me deje en casa, pero no hace caso, vuelve al lugar donde se reúnen los taxistas. Baja y les cuenta adónde lo llevé. Con amenazante cortesía me

sugieren que le pague el triple de lo que vale el viaje. locura también tiene tarifa.	No es noche para discutir. La

## Reunión con el arquitecto

Mala noche. A pesar de la resaca y de estar muerto de sueño, no quiero quedarme en casa un minuto más. Llamo a Alma, la boliviana que ayuda con la limpieza, y le pido que venga a arreglar este desastre. Salgo. En la puerta está Tae junto a su coche hablando con otro tipo. Camino hacia ellos, me propongo deshacerme de él rápidamente. Hoy lo único que me importa es que veré a Julia.

Buen día, doctor, tengo órdenes de llevarlo a una reunión. ¿Órdenes de quién? Erhardt. ¿Cuándo? Ahora. Muy bien, deme la dirección y nos vemos allá. No puede ser. ¿Cómo que no puede ser? El señor Erhardt fue muy claro, lo quiere ahora. Erhardt no es mi jefe. Eso es lo que usted cree —replica Tae con dureza y cambia a una actitud más conciliadora—. Vea, Saralegui, creo que usted no se da cuenta de lo poderoso que es Erhardt. Es un hombre que no acepta un no por respuesta. Hágame caso, sea bueno, venga. En un rato quedará en libre. —Lo dice en tono de súplica, pero está claro que me va a llevar con Erhardt de la manera que sea. Soy un cobarde.

Quince minutos después, trepo las escaleras del Museo de Arquitectura hasta el último piso. En medio de la sala hay una enorme maqueta blanca. Erhardt está de pie junto a un tipo muy alto, de pelo canoso. Todo su vestuario, zapatos incluidos, en diferentes tonos de azul. Sus modales son delicados, se mueve y gesticula como si temiera romper algo. A corta distancia de él, junto a una mesa servida, un sujeto, gordo, grande como un armario y vestido de negro, devora un canapé detrás de otro.

Ah, Saralegui. Acérquese, por favor. Le presento al arquitecto Filander, es el presidente de la Sociedad de Arquitectura y quien está diseñando el nuevo Puerto Madero, lo llamaremos Barrio Padre Mugica. Mucho gusto. Acá, el pastor Liandro Oliveira, jefe de la iglesia del Santo Cristo, está haciendo una gran obra de caridad en la Villa.

El gordo se mueve con torpeza, vuelca una jarra sobre la mesa, que rueda y se estrella contra el suelo.

Oh, mil perdones. —Se acerca y me estrecha la mano—. Encantado. Un placer.

En segundos aparece una mujer con uniforme de mucama y se pone a limpiar.

Este es nuestro nuevo barrio —dice Erhardt señalando con gesto amplio la maqueta—. Lo invité a venir para que tome conocimiento de la importancia de este emprendimiento. La idea es recolocar a los habitantes de la Villa para recuperar y poner en valor estas tierras. No es posible que esos terrenos, de altísimo standing,

estén albergando a una villa miseria. Vamos a mover la estación del tren hasta la avenida Ramón Castillo y a soterrar la terminal de ómnibus. Uniremos las dos parcelas, los asentamientos Saldías y San Martín, con los terrenos del ferrocarril. En total unos noventa mil metros de la tierra más valiosa de la ciudad.

Hace una pausa.

¿Y yo qué tengo que ver con esto?

Me toma por el hombro y me lleva aparte, pero no tan lejos como para que los otros no puedan oírnos.

Usted está investigando la muerte de mi hijo Roby, ¿verdad? Así es. Él estaba trabajando en favor de este plan. Por eso llamaremos al barrio con el nombre de Mugica, era su héroe. Había puesto ciertas condiciones: que se empleara a los obreros que viven allí en las tareas de construcción, que se les dieran viviendas dignas y facilidades para educar a sus hijos, salud, etcétera. Todo lo consentimos. Disculpe, pero ¿no me dijo usted que no se hablaba con su hijo? ¿Eso le dije? Sí. Debe de haber una confusión, eso es cosa del pasado, hace años que restablecimos nuestras buenas relaciones. Entiendo. Bueno, hay alguien que se opone. Sabemos de buena fuente que puede estar implicado en la muerte de Roby. ¿Y quién es? Uno al que conocen por el mote de Palanca. Un malviviente. ¿Qué quiere que haga? Investique su paradero, dé con él y sométalo a la justicia. Acá el pastor puede ser de ayuda —dice, sonríe y le hace gestos al gordo para que se acerque—: ¿Conoce la Asociación Nahuel Lemur? Sí, allí fue donde mataron a Roby. Precisamente. ¿Y no le parece significativo que ese hombre, Palanca, se haya apropiado de ella? No lo sabía... Pues ahora lo sabe. —Interrumpe Erhardt—: Vaya y deténgalo, cumpla con su deber. No se arrepentirá.

Otra vez, Erhardt con sus amenazas veladas. Me da una palmada en la espalda, que más que palmada es un empujón hacia la calle.

Tae me acompaña.

Salgo escaleras abajo. A la puerta, Capitán, tanguero, fuma, espera, me sonríe apenas.

¿Qué le dije? —Me recibe, abre la puerta del acompañante invitándome a subir. Cierra y, mientras le da la vuelta al coche, miro hacia lo alto del museo, Erhardt me observa desde un ventanal. Saliendo nos cruzamos con un coche que entra. En el asiento trasero viaja Iñíguez. Pasa a nuestro lado sin mirarnos.

¿Y ahora, qué? Me llamó el jefe. Tenemos que pasar por lo del Tuerto Ballestero a recoger unas pruebas y luego ir a detener a Palanca. No diga. Tengo tres camiones de la Rápida para darnos cobertura. La Villa está que arde, llevarnos a Palanca va a

tener consecuencias, mejor estar protegidos. Acá está la orden de arresto firmada por Bonasera.

Entramos por la calle Diez. Frenamos entre los camiones de la Rápida. El personal se forma junto a ellos. Cuatro nos escoltan hasta la casa del Tuerto.

¿Vamos a ver a los chicos? No, uno murió en los disturbios de la otra noche, los otros están cagados de miedo, desaparecieron, pero le dejaron las pruebas a Ballestero. Esto es para él..., por los servicios prestados —agrega dándome un sobre.

Ballestero nos está aguardando a la puerta de su casucha. Nos recibe con su mejor sonrisa sin dientes. Capitán me invita a entrar con un gesto.

Pase usted, lo espero acá.

Sobre la mesa está el carlitos, el alicate industrial, un par de guantes de trabajo y lo que parece ser el asa de ochenta centímetros de un hacha funcional. Todo manchado de sangre, envuelto en bolsas de plástico. Pongo el sobre encima de la mesa. Recojo las bolsas. Salgo. Uno de los escoltas me las quita de la mano. Regresamos hasta donde está concentrado el resto de los efectivos. Capitán se dirige al jefe del operativo, le entrega la orden de arresto y le ordena que proceda. En dos filas, con escudos, armaduras, armas largas y porras de un metro, inician la marcha. Capitán me toma por el brazo.

Venga conmigo.

Me lleva hasta un edificio de tres pisos que es el monumento a la falsa escuadra. Subimos a la terraza. Desde allí tenemos vista de la calle que recorren. Alguien da un silbido largo. Los hombres de la Rápida redoblan la marcha. En poco tiempo están a la puerta de la casucha de la Lemur. Salen tres hombres con macanas, los policías arremeten contra ellos y los voltean a bastonazos. Otros tres entran y en pocos segundos salen arrastrando a un tipo por los brazos.

Ese es Palanca —dice Capitán con un tono que suena como de pena—. ¿Cómo supieron dónde estaba? Tengo entendido que tuvo el placer de conocer al pastor. ¿El gordo brasilero? Sí, él pasó el dato.

Palanca se resiste y pelea, pero un certero porrazo lo pone fuera de combate. Un grupo de la Rápida cubre la retirada, el otro se lo lleva en vilo. De las casuchas vecinas surgen gritos y silbidos, enseguida cae sobre los policías, desde todas las direcciones, una lluvia de piedras, palos y botellas. Se cubren con sus escudos sin detener la marcha.

Vamos —me dice Capitán—, hay que volar de aquí, esto es un polvorín.

Bajamos las escaleras a la carrera. Una vez abajo, veo actividad dentro del camión. La visión dura un segundo, es suficiente: el asa y el carlitos están en el suelo, fuera de sus bolsas. Uno de los policías está imprimiendo en ellos las huellas digitales

de Palanca, quien yace inconsciente. La puerta corrediza se cierra. Capitán me toma del brazo y me conduce velozmente hasta el coche. Subimos y salimos disparados. Los camiones de la Rápida salen detrás de nosotros. Me vuelvo: al fondo de la calle comienza a agruparse una turba enfurecida.

Al final no tuvo que decidir nada, Saralegui. Es lo que pasa: cuando uno no toma decisiones, otros las toman por uno.

#### A solas con Ava Gardner

Toda la mañana nervioso, agitado, con esa sensación en el estómago que tenía antes de rendir un examen. Incapaz de concentrarme, no produzco nada. Alicia va dejando sobre mi escritorio expedientes con resoluciones que firmo sin leer. Paso las horas ensoñado, Julia llegará en cualquier momento. Dos golpes a la puerta y entra Alicia.

¿Ya está el despacho? Estoy en eso. Lo necesito antes de que se vaya a comer. No se preocupe. De acuerdo. Está a verlo la mujer de Selvetti, me dijo que tenía cita, pero no figura en la agenda. Es verdad, me olvidé de comentárselo. Acá le dejo el expediente. ¿La hago pasar? Deme unos minutos. Yo le aviso. Muy bien.

Alicia sale. Olvidé completamente el pretexto con que cité a Julia, un escrito inexistente que tenía que firmar. Me pongo a escribir en la computadora a toda velocidad, produzco veinte líneas completamente irrelevantes con lo primero que se me ocurre. Las mando a la impresora. Llamo a Alicia.

Ahí mandé un escrito a la impresora. Por favor, tráigamelo y haga pasar a la señora de Selvetti.

La puerta se abre, Alicia da dos pasos hacia el interior de mi despacho.

*La señora de Selvetti* —anuncia poniendo en la palabra «señora» todo el sarcasmo que producen cuarenta y cinco años de odiar la belleza.

La Julia que entra es completamente distinta a la que vi anteriormente. Viste un traje de ejecutiva, inspirado en los *business suits* de los hombres. Atraviesa mi despacho como si fuese la dueña del lugar. Alicia se apura para adelantarse, pero dos pasos de ella equivalen a uno de Julia. Me extiende el documento que acaba de imprimir, hace nueva gala de su habilidad para el sarcasmo: *El escrito*, *doctor*. —Y sale. Julia se detiene frente a mí. Nos damos la mano, la invito a tomar asiento. Alicia se asoma a la puerta—: *Necesito el despacho*, *doctor*. *Fírmelo usted*, *Alicia*, *por favor*. *Avíseme cuando esté listo* —contesta simulando que no oyó lo que acabo de decirle y da el portazo.

Hago como que leo el escrito. Lo pongo frente a Julia. Ella se calza unos anteojos que agrandan aún más sus ojos y se pone a leer. Me sorprende la velocidad a la que lo hace. Pero más me sorprende lo que dice a continuación:

¿Qué es esta estupidez, señor fiscal?

Su comentario me desarma. No me imaginé que supiera algo de derecho. ¿Por qué damos por sentado que en un cuerpo bello solo puede haber un cerebro tonto?

Decididamente tengo que cambiar el ángulo de ataque.

Vea, yo puedo ayudarla mucho en todo este embrollo en el que está metida. Ahá, ¿a cambio de qué? ¿Cómo dice? ¿Qué quiere a cambio de su ayuda? Nada. No me haga reír. Nadie da nada por nada, y menos un abogado. Yo ya sé lo que usted quiere. ¿Ah, sí? Sí. Pero usted no sabe lo que yo quiero. ¿Qué quiere? Pregunte mejor qué necesito. ¿Y bien? Protección. ¿De qué o de quién? De la maquinaria judicial. Yo puedo dársela. Por más que se crea muy importante, usted no es más que un fiscal. Las decisiones las toma el juez. Su poder en este asunto es muy relativo.

Me quedo sin respuesta. Julia me mira con impaciencia. Estoy perdiendo su interés.

Eso es cierto, Julia, pero a usted no se le escapará que es mejor tenerme de su lado, ¿verdad?

Mis palabras impactaron bajo su línea de flotación. Por primera vez consigo hacerla tambalear, o eso creo.

Vea, Julia, ¿puedo llamarla Julia? Puede. Yo tengo mucha influencia con el juez Bonasera, él no va a hacer nada sin consultármelo. Por lo que vi, no aparenta ser un hombre fácil de manejar. Las apariencias engañan. Si usted lo dice... Vea, yo necesito saber más de usted para ver cómo argumento en su favor. ¿Qué quiere saber? Le propongo hablar de esto como amigos. Nosotros no somos amigos. Pero podríamos llegar a serlo.

El escepticismo de su mirada hace innecesario que agregue nada.

¿Qué propone para iniciar esta amistad? ¿Puedo invitarla a comer? ¿Cuándo? Hoy.

Se queda cavilando unos instantes. Desconfía, se le nota. Decido darle tiempo, la ansiedad es el peor enemigo del seductor.

Tengo algo que hacer ahora mismo. ¿Dentro de una hora, tal vez? De acuerdo, ¿dónde? ¿Le gusta la comida japonesa? Sí. Creo que tengo una tarjeta por algún lado.

Abro el cajón, la encuentro y se la entrego. La mira brevemente. Lee.

Fujitaka, taberna japonesa, cocina de Hiroshima. Interesante... Diego, ¿verdad? Sí, Diego. Por supuesto. Vamos a comer, le contaré todo lo que quiera saber, pero no se haga ilusiones, si quiere algo conmigo tendrá que demostrarme que puede manejar el juicio a mi favor... De acuerdo —interrumpo—. No se apresure... ¿y qué hay del Indio?

Ahora el impactado soy yo. Había olvidado que existe Selvetti y ella me hace notar que está muy presente. Problema a resolver.

Desde ya —respondo con toda la convicción que soy capaz de fingir—. Si lo que hace me convence, entonces podremos hablar de lo que usted quiere. Una mujer muy práctica. Usted no puede imaginarse cuánto. Nos vemos en una hora.

La puerta se abre, Julia sale, la puerta se cierra, se vuelve a abrir, Alicia asoma la cabeza.

*El despacho, por favor* —dice imperativa, el sarcasmo le dejó lugar a la impaciencia—, *ya mismo*. —Cierra la puerta un poco demasiado fuerte. Tomo los expedientes uno por uno, abro en la página señalada con una hoja doblada de tal forma que una punta sobresale de la carátula. Firmo las resoluciones sin leer. Rápidamente. Cuando voy por la mitad, entra Alicia con otra pila de expedientes.

Estos también.

Sale sin darme tiempo a replicar. Me resigno, sigo firmando. Cuando termino, miro la hora. Me quedan quince minutos para la cita con Julia. Salgo. Alicia teclea en su escritorio con su habitual cara de culo.

Listo, Alicia, ya firmé todo. Un momento —responde sin dejar de escribir—, esto es urgente. —Da un enter, se pone de pie, camina hasta la impresora. Tira de la hoja antes de que la máquina termine de expulsarla, al sacarla precipitadamente desgarra una sección triangular al pie que me recuerda a aquella de la carta de Olya. Saco mi lapicera y me inclino para poner la rúbrica.

¿No lo va a leer? No, Alicia, confío en usted.

Firmo.

Esa mujer le queda grande.

Levanto la vista hasta la mirada impasible de Alicia.

¿Cómo dijo? No dije nada.

Nos quedamos mirándonos un instante. Me voy sin saludar a esta solterona impertinente.

# El policía asesino, el juez corrupto y el testigo muerto

Seis de la mañana, la temperatura baja. No pude dormir en toda la noche. Capitán tenía razón. El arresto de Palanca provocó una serie de disturbios muy graves en toda la ciudad. En Flores destrozaron las oficinas de la empresa de gas; en el centro, dos bancos; en el Bajo sembraron el terror alrededor del Sheraton, obligando a llevar a los pasajeros que arribaban al hotel de Pilar. Varias columnas arrasaron con todas las vidrieras de la avenida Santa Fe y las de Callao desde Recoleta hasta el Congreso; en Belgrano asaltaron una comisaria, cinco criminales y dos policías muertos. Estallaron brotes de violencia por todas partes. Organizados, perfectamente articulados, distintos grupos de acción directa, algunos conocidos y otros nuevos que surgen cada día. Operan coordinadamente siguiendo planes muy precisos. Se cree que los que diseñan los planes son una célula llamada los Espontáneos. Son imprevisibles, no tienen jefes, jerarquía ni organización, pero son muy eficaces. No se reúnen ni tienen nombre. Nadie sabe cómo se comunican. Los móviles y las redes sociales están intervenidos, pero ninguna convocatoria, orden o guía se transmiten por esos canales. Los informantes habituales no saben nada. Nadie es capaz de prever sus acciones. Hasta hace unos minutos se estuvieron escuchando disparos y estallidos, gritos y corridas. Todos los efectivos de la Rápida fueron sacados a la calle. Señales de una guerra no declarada que dejó su estado larval y ahora sale a la superficie hambrienta de sangre. Busco el paquete de cigarrillos, queda el último. Lo enciendo. Me siento en el sillón desde donde se ven los frondosos jardines de la Cancillería y parte del edificio Beaux-Arts. Estoy agotado, con una resaca brutal, porque ayer, después de la comida con Julia, me emborraché a muerte para no llamarla, para no decirle, como Frank Sinatra, algo estúpido: que la quiero. Lo único que deseo ahora es desmayarme en sus brazos, pero no es posible, tengo que ir a mi puto despacho a seguir impartiendo injusticia.

#### Sí, Alicia. Manes. ¿Vino su abogado? Sí. Hágalo pasar.

El comisario entra, no lo miro. Simulo estar leyendo unos escritos. En cuanto termine con este llamaré a Julia. Saludan. Tanto a Manes como a Icaza, su abogado, los conozco desde hace mucho. En otras circunstancias, esta podría bien ser una reunión de amigos. Pero son las que son y acá estamos para decidir el futuro del reo.

Le ordeno a Gómez, el policía que lo custodia, que le quite las esposas y espere afuera. Tic, tac, tic, tac.

Manes, estás hasta el cuello —arranco—, ¿qué podés darnos para hacer más leve su causa? ¿Qué quiere saber? ¿Quiénes traen la merca y por dónde? No me haga reír, Saralegui, no tengo ninguna intención de suicidarme. Te podemos dar protección. La mano de los narcos es mucho más larga que la suya. ¿Sabés algo de los Espontáneos? No existen, es un nombre inventado por la prensa para vender noticias. Algo debe de haber porque los tipos se organizan de alguna manera. Algo habrá, pero en eso estamos en bolas. No voy a poder ayudarlo. Ayer detuvieron a un par cerca de Arquitectura, dicen que son capitos. Averigüe dónde los alojaron y mándeme con ellos como si fuera un revoltoso más. A lo mejor puedo averiguar alguna cosa.

Alicia llama a la puerta y se asoma.

Llamó el juez Bonasera, dice que necesita hablar con usted, pero no puede comunicarse.

Saco el teléfono.

Olvidé encenderlo. Dígale que enseguida lo llamo. Me dijo que vaya a su despacho en cuanto pueda. De acuerdo. Alicia, por favor, pregunte adónde mandaron a los detenidos de ayer en Ciudad Universitaria. Pida el traslado de Manes a la misma prisión y al mismo pabellón. Va de incógnito. A Gómez, que vengan a buscarlo, ya terminamos.

Entra Gómez, yo salgo. Recorro a paso rápido los pasillos hasta el despacho de Bonasera.

Al fin, ¿dónde se había metido? Disculpe, es que estoy tapado de trabajo. ¿Se cree muy original?, todos lo estamos. ¿En qué puedo serle útil? Le voy a contar algo: Esta mañana me llamó Gasulla, la presidenta del Consejo. ¿Qué quería? Si alguien me irrita en el mundo, es ella. Una arpía que ya arruinó dos matrimonios, con esos aires de socialista que parece más interesada en el bienestar de los criminales que en el nuestro. Sí, eso se dice de ella. No está de acuerdo con mis sentencias, con mis fundamentos, con mis métodos, con nada de lo que hago. Me lo dijo con toda claridad. No va a descansar hasta que me desafuere. ¿Entonces? Entonces me tengo que andar con mucho cuidado. ¿Qué puedo hacer yo? Hay un caso que se nos está complicando. ¿Cuál? Selvetti. Al tipo lo tenemos agarrado de las bolas. ¿Está seguro? Tenemos grabado el homicidio de Krasner por cámaras de seguridad. Eso es relativo, al no ser una grabación autorizada judicialmente, un abogado hábil puede destruirlo como prueba. Gaya lo es. Bueno también tenemos a Cristoff, su primo, el que lo entregó. ¿Está firme el testigo? Lo está. Bien. Vaya a verlo hoy mismo y tómele testimonio en la cárcel, no podemos arriesgarnos a que lo hagan cambiar de

idea, ¿me comprende? Perfectamente. El otro caso, Palanca. ¿Qué hay? ¿Cómo estamos con eso? Creo que bien. ¿Cree?, no estamos en la iglesia Saralegui, acá no se trata de creencias, se trata de lo que podamos probar. Bueno, es un asunto complicado. Tenemos pruebas, sus huellas en el arma homicida, ¿podemos conseguir algún testigo? No lo sé, le preguntaré a Capitán. Hágalo. Vaya, consígame lo que necesitamos; de lo contrario, los suelto a los dos, ¿entendido? Entendido.

Escena repetida, Capitán me espera a la puerta de los tribunales, apoyado en el coche, fumando.

¿Adónde? A la escuelita.

Capitán me mira algo sorprendido de que yo conozca el apodo que los criminales le dan a la prisión federal. La marcha es lenta, los destrozos de los disturbios dejaron las calles casi intransitables, obligándonos a serpentear entre escombros, ruedas a medio quemar, barricadas destruidas, coches volcados, tostados, incinerados y la basura que continúa sin recolectarse.

No entiendo por qué todo el mundo colabora gustoso con Capitán, un tipo más seco que culo de perro. Todos lo conocen, policías y malvivientes por igual lo reciben con una sonrisa.

Capitán. Diga. ¿Cómo es que todos se alegran de verlo, cuál es su secreto?, porque no creo que sea por su natural simpatía.

Me dedica una de sus fugaces medias sonrisas.

Porque nunca discuto con nadie. Mire si va a ser por eso. Tiene razón, seguramente no es por eso.

Me hizo caer como a un pajarito con el chiste más viejo del mundo. Entramos a la prisión. El calor de afuera acá se concentra, se hace más denso, pegajoso. El tufo carcelario se adhiere a la ropa y los cabellos, lo penetra todo. Es el olor del encierro, del hacinamiento, de la desesperanza, del sufrimiento de más de seis generaciones de criminales e inocentes caídos en las redes de la ley. El guardia de recepción se levanta y viene a nuestro encuentro.

Salud, Capitán — dice mientras lo abraza. Nos presenta, nos decimos las fórmulas de rigor—. ¿A quién quiere ver? A un interno, Cristoff. — El hombre palidece—. Mucho me temo que no va a ser posible. ¿Por qué? Lo encontramos colgado al hacer el recuento de la mañana. ¿Y eso? El jefe dictaminó suicidio, suicidio será.

Capitán y el penitenciario se quedan mirándose a los ojos mutuamente, intercambiando información sin hablar.

Dígame, ¿Tornillo todavía está adentro? Sí. ¿Tiene para mucho? Calculo que le deben de quedar unos tres o cuatro años, no puedo decirlo con exactitud, ¿se lo

averiguo? No es necesario. ¿Podemos verlo? Claro, vaya a la sala de visitas, se lo mando enseguida.

Rato después aparece el tal Tornillo y se sienta frente a nosotros.

¿Qué dice, jefe? ¿Cómo anda, Tornillo? Acá, haciendo tiempo. Le presento al fiscal Saralegui.

Me mira con desconfianza, con rencor.

¿Cuánto le queda? Cuatro años, tres meses y doce días. Un rato largo, sobre todo a su edad. Dígamelo a mí. ¿Cuántos años tiene? Sesenta y seis. La cuenta no da ni para que salga por valetudinario. No me diga. ¿Está con buena conducta? Soy una princesa. Acá, el doctor le puede conseguir una reducción y, si hablo con el director, no creo que haya ningún problema. ¿Qué necesita? Cristoff. ¿Quién es? El que apareció colgado esta mañana. Ah, ese. Sí, ese. Dígale al verdugo que lo traiga a Morrone.

Capitán se pone de pie y abandona la sala de visitas.

¿Es verdad que me va a conseguir una reducción? Lo voy a intentar. ¿Cuál es su causa? Una tontería, hurto. ¿Cuánto tiene cumplido? Tres años, con el dos por uno, cinco. ¿Y por un hurto le dieron todo eso? Es que estaba con la provisional. Entiendo. Si el dato es bueno, lo sacamos en seis meses máximo. ¿De verdad? Eso sí, buena conducta.

Todo el cuerpo de Tornillo, todos sus gestos, las arrugas de su rostro, están labrados por la tristeza, pero en este momento la esperanza brilla en sus ojos. Una vez un preso me dijo que en la cárcel la esperanza es muy peligrosa. La de este hombre lo es porque no tengo la más remota idea de si puedo conseguir que lo suelten. Capitán regresa.

Ya lo traen. Le decía acá al amigo que, si el dato es bueno, en seis meses lo sacamos. ¿Podrá hablar con el director? Delo por hecho.

Tornillo se restriega las manos, sonríe. La conversación deriva hacia cuestiones futbolísticas. Desenchufo. Capitán y Tornillo hablan y ríen como en una película muda. ¿En qué andará Julia a estas horas? La puerta se abre, entra Morrone y se sienta con nosotros. Es un hombre pequeñito, de mirada huidiza y tonta. Tiene la actitud de un perro apaleado. Tornillo lo apura.

Dígale a esta gente lo que me contó a mí. Yo no sé nada.

Tornillo le da un mamporro en la cabeza.

Hablá, idiota, ¿o querés terminar igual? Tranquilo, Tornillo —interviene Capitán —. A ver, Morrone, estamos aquí para ayudar. Está bien. ¿Necesita algo? Quiero ver a mi vieja. Dígame cómo la ubico y se la traigo. No puede ser. ¿Por qué? Está en el

hospital. ¿Qué tiene? Cáncer. Ya pedí tres veces permiso para verla y las tres veces me lo negaron. No se preocupe, yo se lo consigo.

Mira a Tornillo, como pidiendo que garantice las palabras de Capitán.

Dígale lo que sabe, Morrone, es gente de palabra. —Vacila un segundo, se aclara la garganta—. Al ruso ese lo mataron. Yo lo vi. Por la noche vino uno de los verdugos, no le voy a decir quién, y les abrió la reja a dos reos. Solo le voy a contar que son de la banda de Selvetti. ¿Y usted dónde estaba? Ocupo la celda de enfrente. Me hice el dormido, pero lo vi todo. Cuente. Los tipos entraron, primero lo doblaron en dos con un golpe en el estómago que lo dejó boqueando de rodillas. Entonces le metieron un trapo en la boca y con otro le ataron las manos. Lo colgaron de la reja. Comenzaron a tirarle de las piernas porque el hombre era fuerte y no se ahogaba. Empezó a patalear y a hacer unos ruidos espantosos, como de sapo. Siguieron tirando de las piernas. El tipo empezó a ponerse color azul. Al final dejó de dar patadas y de moverse, pero duró un rato largo. Tardó mucho en morirse el hijo de puta.

Regresamos en silencio. Cristoff muerto, no hay otro testigo. Nos quedamos sin pruebas contra Selvetti. Tengo que ver a Julia. Dudo si contarle lo que pasó. Siento un vacío que se me instala en el estómago. Tenía por seguro que el Indio pasaría mucho tiempo preso, ahora me aterra la posibilidad de que salga.

Pobre gente —dice Capitán de pronto—. ¿Cómo? Pobres. ¿Quiénes? Morrone, Tornillo, toda esa gente. ¿Los presos, dice? Sí, las cárceles están llenas de pobres y de tontos.

#### Bonasera al fin

Ya me voy, ¿necesita algo? No, Alicia, gracias. Hasta mañana.

Por fin me quedo solo. Tengo urgencia por encontrar algún argumento jurídico para evitar que Bonasera libere a Selvetti. Sobre todo uno que le apetezca a Gasulla, la presidenta del Consejo, y uno que Gaya no pueda rebatir. Pero me enfrento a dos titanes del derecho. Gente que conoce de memoria el Código Penal y el de Procedimientos, abogados que saben encontrar la jurisprudencia exacta, que tienen las leyes en la punta de los dedos. Yo en cambio me gradué a los tumbos en una universidad incierta. Ese día mi madre organizó una fiesta para celebrarlo. Vinieron todos los parientes y amigos. Dandy se mostró orgulloso, me llevaba de aquí para allá, tomado del hombro, sonriente, de buen humor, parecía feliz. Pero cuando los invitados partieron, mientras mi madre dirigía a las mucamas en la operación de recoger y limpiar los restos de la fiesta, Dandy me llevó a la biblioteca. Ya no sonreía ni parecía feliz.

Diego, soy el primer sorprendido; aunque te llevó cuatro años más de lo normal, lo conseguiste, te recibiste de abogado. Un triunfo. Te felicito. Gracias. No me lo agradezcas; por extraordinario que me parezca, te lo ganaste a pesar de ser un estudiante mediocre, poco aplicado. Pasaste los exámenes con la nota mínima, comprando los temarios, haciendo trampa. Nunca estuviste hecho para el estudio. A efectos prácticos, eso no tiene mayor importancia. Esta profesión es muy propicia para los tramposos, está llena de ellos. Las leyes tienen más lagunas que Canadá, hay cantidad de agujeros negros por donde la justicia y la verdad desaparecen sin dejar rastro. Los procedimientos dan innumerables ocasiones para dilatar los procesos hasta el cansancio, refutar testigos, destruir pruebas, en fin... Quienes dominan tales argucias suelen hacer mucho dinero, pero, para eso, hay que conocer a fondo los mecanismos legales, el sistema de justicia. Nunca olvides esto: la ley es como el cuchillo, no corta a quien lo maneja. Pero hay otra clase de abogados. Hombres y mujeres que creen en la justicia, que saben que es imperfecta, pero que se debe procurar. Gente muy estudiosa, muy seria, a la que no le importa demasiado el dinero. Cuando detectes a alquien así, alejate, ese es tu enemigo, porque vos no tenés condiciones para ser un buen abogado tramposo —lanzó un suspiro resignado y me soltó el epíteto sin anestesia— y, como tampoco las tenés para ser un abogado honrado, lo mejor será que te dediques a la función pública, en la justicia civil o comercial, no te metas en lo penal. Un puesto inamovible, un sueldo decoroso. Tenés *que asumirlo, no servís para otra cosa* —concluyó y me entregó un librito de tapas rojas: ¿*Qué es la justicia?*, por Hans Kelsen. Jamás lo abrí.

Acá estoy, soy un funcionario que, tras horas de rebuscar la fórmula que le permita mantener a Selvetti preso, se da por vencido y decide irse a casa. El día fue demasiado largo, ya mañana se me ocurrirá algo, la postergación siempre fue mi especialidad.

El edificio de tribunales está desierto y en silencio, salvo el sonido de mis pasos mientras camino por pasillos iluminados con la mínima hacia la batería de ascensores. Pulso el llamador. Bostezo. La puerta se abre. Sorpresa, Bonasera y sus dos guardaespaldas están allí.

Suba, hombre, vamos. Buenas noches, su señoría, qué milagro, tan tarde. No me hable, esa imbécil de Gasulla. Está auditando todas mis causas de dos años para acá...

Me hace un gesto apenas perceptible, no quiere hablar y que sus custodios lo escuchen. Descendemos en silencio hasta el subsuelo. Desembarcamos en el pasillo que da al garaje. El juez les dice a sus hombres que vayan al auto, que enseguida los alcanzará. En el breve instante que transcurre entre que abren la puerta, salen y la cierran puedo ver que solo está mi coche, el de Bonasera y una SUV negra.

Hay una cosa que debe saber sobre Palanca. ¿Qué hay con él? Sale libre. ¿Cómo? Vamos, Saralegui, no se haga el sorprendido, sabemos que todas las pruebas fueron manipuladas. Atrás de todo este merengue está Erhardt: usted, yo y Gasulla lo sabemos. No es que me importe, pero su procesamiento es insostenible y sus dedos, Saralegui, están impresos en toda la causa. ¿Por qué insostenible? Pasaron por alto un pequeño detalle. ¿Cuál? El día del asesinato de Roby, el anterior y el siguiente, Palanca estaba en Tucumán. Sí, a mil setecientos kilómetros del lugar del hecho. ¿Le gusta? La verdad que no. ¿Y sabe qué estaba haciendo por allí? Ni idea. Exacto, Saralegui, usted no tiene ni idea. Estaba en la cárcel. El jefe de delegación de la Policía Federal lo odia por un lío de polleras; en cuanto le alcahuetearon que estaba en la ciudad, lo mandó a detener. ¿Gasulla lo sabe? No, pero no va a tardar en enterarse. ¿Y Erhardt ya sabe que lo va a dejar libre? Sí. ¿Qué le dijo? Que ya iba a tener noticias suyas. ¿Y con Selvetti? Otro regalito suyo. En estos momentos el expediente está sobre el escritorio de Gasulla, también lo va a auditar. Solo le digo esto, Saralegui, no se oponga, no apele, no recurra. Soltaré a los dos, así nos quedamos más tranquilos.

La luz automática se apaga. Sin esperar réplica alguna, Bonasera gira y abre la puerta con violencia. Golpea contra una cámara de seguridad destrozada que pende de un cable. El juez camina hacia su coche. Lo miro alejarse. Uno de sus custodios está al volante, el otro baja. La SUV se pone en marcha y se empareja al coche de Bonasera. La puerta lateral se abre velozmente. Dos hombres delgados, elásticos y

ágiles como gatos, vestidos de negro y armados con Uzis con silenciador, saltan afuera. Pap, pap, pap: uno fusila al guardaespaldas y el otro al chofer que aún está al volante. No les dan tiempo siquiera a desenfundar sus pistolas. Bonasera tiene un instante de parálisis, se repone, se vuelve y corre hacia mí. Pap. Uno de los sicarios le dispara por la espalda. Cae, pero no está muerto todavía, intenta arrastrarse. Con dos saltos, el asesino se pone a su lado y, pap, lo remata. Es joven, de piel color aceituna, corona su cabeza un mechón de cabello blanco. Levanta la cabeza con el aire de un depredador que busca a su presa. Me hundo más en las sombras del pasillo. La SUV se detiene junto a él con el portón lateral abierto. Adentro, el otro sicario está guardando su arma. Sube, cierra y se van tranquilamente. Respiro. Pienso salir de allí inmediatamente. Pero las cámaras instaladas en el ascensor delatan que soy la última persona que lo vio con vida, a excepción de sus matadores. Subo al *hall* principal y le informo al oficial de seguridad que hubo un tiroteo en el garaje. No es sino hasta bien entrada la mañana siguiente, luego de contar lo sucedido al instructor, cuando puedo irme a casa. Bueno, tanto como lo sucedido..., mi versión: dos encapuchados en un coche negro le dispararon a Bonasera y a sus dos guardaespaldas. No me vieron porque no salí del pasillo, debía regresar a mi despacho, donde había olvidado algo.

Estoy rendido. Me tiro en la cama. Entran dos mensajes casi simultáneamente.

*Tae: El jefe necesita verlo.* 

El segundo ni lo miro. Lo único que deseo es que termine el día.

## Diego asciende

Calculo que ya está enterado de la muerte del juez Bonasera, una verdadera desgracia. Sí, estoy enterado. Pero, como dicen en Broadway: The show must go on.

No digo nada, con Erhardt siempre se anda por campo minado. Entra un sirviente con una botella de champán en una hielera, dos copas y una docena de ostras que coloca con delicadeza sobre una mesa vestida con mantel de hilo. En su tarea no hace un solo ruido, no lo hizo al entrar, al caminar ni al salir.

¿Ha visto? ¿Qué cosa? Lo silencioso que es Martín. Sí, me llamó la atención. Lo entrenamos para ello. Ah, muy bien. Le voy a contar algo. Adelante. Cuando yo era muy joven me emplearon en una compañía aérea, la Singapur Airlines. La misión que me dieron fue que la compañía fuese considerada la mejor del mundo en la atención al pasajero. Eso se determinaba mediante encuestas que se les hacían a los usuarios de todas las empresas de bandera en todo el mundo. Yo trabajé cinco años para ellos y todos esos años salió ganadora. ¿Sabe cómo lo conseguí? Me encantará saberlo. —Erhardt sonrie apenas, le gustó mi respuesta—. Con el silencio. ¿Cómo? Ordené que el personal de vuelo, de tierra y todos quienes tuvieran contacto con los pasajeros fueran entrenados para hacer su trabajo sin hacer ruido. No entiendo. Un principio rector, Saralegui, es el secreto. Ilústreme, por favor. Usted impone un principio que todos deben cumplir y eso ordena todo lo demás. ¿Comprende? No estoy seguro. Al obligar a los trabajadores a hacer sus tareas en silencio, tuvieron que realizarlas con mayor delicadeza, eso condicionó su estado de ánimo y se tradujo en una atención a los pasajeros mucho más considerada y amable. ¿Entiende? Creo que sí. Por supuesto, uno no puede hacer un trabajo con descuido, brutalmente y luego relacionarse con los clientes de otra manera. Comprendo, muy ingenioso. Por eso siempre que encaro un emprendimiento, un negocio, me hago esa pregunta: ¿Cuál es el principio rector de este asunto? Muy bueno —digo sin entender a qué viene toda esta perorata y sospechando que no voy a demorar en saberlo—. ¿Cuál es el suyo, Saralegui?... Alguno debe de tener. No lo sé, creo que no me puse a pensar en ello. Entiendo..., pero venga, pasemos a la mesa.

Nos sentamos, coloca una servilleta labrada sobre sus piernas. Lo imito. El sirviente vuelve a entrar, nuevamente silencioso y felino. No sé cómo hace para descorchar el champán sin ruido, pero lo consigue. Servirlo es otra cosa, no es posible evitar el rumor de las burbujas. Con las manos enfundadas en guantes blancos y una cuchara redonda de plata coloca tres ostras en el plato de Erhardt y otras tantas en el

mío. Pregunta con gestos si deseamos tabasco o limón con el marisco. Erhardt lo rechaza con un gesto, yo también. El gato se retira.

Pues ya que no lo ha considerado, le voy a proporcionar uno. ¿Un qué? Un principio rector. Dígame. Su principio rector soy yo. ¿Y eso qué significa? El asunto, Saralegui, es mantener al cliente feliz. Habrá notado que no es muy difícil tenerme contento, soy un hombre simple que sabe lo que quiere y que habla claramente. Es verdad. Téngame contento, es lo más conveniente para los dos. ¿Esto tiene algo que ver con la muerte de Bonasera? —Erhardt no es un hombre a quien se pueda tomar desprevenido con facilidad, no mueve un músculo. Toma una ostra y con la ayuda de una *Coupole* se la lleva a la boca, saborea y traga—. *Por supuesto, tiene todo que ver* con la muerte de Bonasera. Acláreme, por favor. En el juzgado de Bonasera está el caso que me atañe personalmente. Palanca. Precisamente, usted lo sabe bien. Bueno, no solo está el asunto de que es el asesino de mi hijo. Al menos esa es la acusación. —Hay un destello de cólera en los ojos de Erhardt cuando responde cortante—. *Y la* verdad. —Asiento con la cabeza—. En todo caso un asunto muy importante. Palanca no puede quedar en libertad. Eso va a depender del juez que reemplace a Bonasera. Para hablarle de ello es que lo cité... —Hace una pausa de observación—. Ya lo hablé con el presidente, usted lo va a reemplazar. ¿Yo? Usted, en cuanto el senado apruebe el pliego, calculo que entre mañana y pasado, tomará posesión del cargo. ¿Tan rápido? Es mi estilo, Saralegui, me gusta la velocidad, no soy un hombre paciente. Ya veo. Otra cosa, su secretaria, Alicia, va con usted. ¿Y eso? Es una condición que puso Gasulla, la presidenta del Consejo. Por mí no hay problema. Mejor así. Bueno, muchas gracias. Haga bien su trabajo, es la mejor manera de agradecerme. Pero hay un problema. Soluciónelo. El día de la muerte de Roby, el anterior y el posterior, Palanca estaba a mil setecientos kilómetros de distancia, en Tucumán, detenido por la policía. Impútele la autoría intelectual. Vamos a necesitar testigos. Consígalos, no repare en el precio. Haré todo lo posible. Haga todo lo necesario. Hay otra cuestión. Dígame. Gasulla. ¿Qué hay con ella? Bonasera me dijo que estaba auditando dos casos, uno de ellos es el de Palanca. ¿Y entonces? Hacer lo que usted me está pidiendo puede significar mi exoneración. ¿Eso le preocupa mucho? Es mi trabajo, mi medio de vida. Llegados a ese punto yo me ocuparé de que su economía no se vea afectada. Soy conocido por mi generosidad cuando me sirven bien. ¿Algo más? Nada más.

Erhardt se pone de pie, deja la servilleta sobre la mesa con gesto airado.

Termine sus ostras. Martín lo acompañará.

Camina hasta la puerta, que se abre en cuanto él se aproxima. Entra Martín y se queda junto a ella, con las manos tomadas y mirando a la nada. Bebo el champán, me voy.

Subo al coche. Llamo a Tae.

Voy a necesitar dinero... ¿Cuánto?... Treinta mil estará bien... Eso es perfecto... Muchas gracias.

Corto. Llamo a Julia.

Hola, belleza... ¿Podemos vernos? Tengo novedades importantes. Vení a casa, te doy la dirección. No es necesario, la tengo. ¿A qué hora? ¿A las ocho? A las ocho.

De pronto me siento de muy buen humor. Hacía tiempo que no me sucedía. La ciudad está hecha mierda, pero a mí no me importa.

## Gasulla a caballo del pasado

Hace diez minutos que me aburro en esta sala de espera. Oigo varias voces que me llegan a través de la puerta del despacho de Gasulla, mi jefa directa desde que soy juez. Su secretaria es una mujer de unos cincuenta años, delgada, con nariz romana, enérgica y ceñida a un vestido azul. Tiene cara de pajarraco, pero su cuerpo es fenomenal: *Una fea con lomo*, diría Dandy. Me mira y hace una mueca que quisiera ser una sonrisa, pero no lo consigue. Me pongo de pie. Hay un texto enmarcado en una de las paredes. Me acerco:

La ciencia es mi profesión y, por lo tanto, lo más importante de mi vida, la justicia es para mí aquello bajo cuya protección puede florecer la ciencia y, junto con la ciencia, la verdad y la sinceridad. Es la justicia de la libertad, la justicia de la paz, la justicia de la democracia, la justicia de la tolerancia.

Hans Kelsen

Una señal. Es una cita de aquel libro que Dandy me regaló cuando me recibí de abogado. Fue en aquella ocasión en que me advirtió que me cuidara de los que se creen paladines de la justicia. Debo cuidarme de la mujer a quien oigo hablar con firmeza tras la puerta que ahora se abre para dejar salir a cuatro funcionarios grises y apesadumbrados. Gasulla aparece en la puerta. Me mira de arriba abajo.

¿Saralegui? Sí, señora. Adelante. Carmen, no me pase llamados. Sí, doctora.

No es la primera vez que veo a esta mujer. Es una pelirroja de cabellera abundante y ondeada, debe de medir cerca de dos metros. Conserva una especie de belleza arrebatada, colérica. Habla con ademanes intolerantes. Su escritorio y ella misma están arreglados con meticulosa obsesión. No consigo recordar dónde la vi antes.

Muy bien, doctor. Ante todo, quiero que sepa que usted no fue mi elección para reemplazar a Bonasera, hubiera preferido a Alicia. No lo conseguí, pero al menos logré que siga siendo su secretaria. Eso me garantiza que los procesos se harán como es debido y que me enteraré si no es así.

Estoy comenzando a sentirme molesto. Abro la boca para decir algo, pero ella me detiene con un gesto imperativo.

No me interrumpa, ya tendrá ocasión de hablar. Estoy muy al tanto de su performance como fiscal. Mientras yo esté a cargo de esta oficina voy a vigilar muy de cerca sus actuaciones. Voy a revisar todas sus resoluciones y sus sentencias. Le dije a Bonasera que no iba a parar hasta su destitución. Otros le ajustaron las cuentas antes. No voy a festejar su muerte, pero tampoco voy a lamentarla. Lo mismo le digo a usted y por la misma razón: no me inspira ninguna confianza. No sé si lo conseguiré, si usted es lo suficientemente astuto para evitarlo, pero en cualquier caso voy a procurar que su juzgado proceda conforme a la ley. Pensé que esta reunión era para darme la bienvenida.

Gasulla se queda mirándome muy seria, parece estar esforzándose por contener un ataque de violencia.

Voy a hacer caso omiso de su sarcasmo. Necesito que firme de conformidad una serie de normas a las que debe ajustarse. Muy bien.

Gasulla llama por el interfono.

Carmen, ¿ya está el escrito de Saralegui? Sí, doctora, lo mando a la bandeja de salida de su impresora. Gracias.

Paso la mirada por su despacho. Los consabidos tomos de La ley y de *Jurisprudencia argentina*. Una panoplia de antiguos arcabuces y pistolones, copas deportivas. Cuando veo la fotografía que la muestra joven, con su cabellera roja suelta, el gesto altivo y sujetando con una mano las riendas de un caballo de salto, la recuerdo. La instantánea fue tomada en el club hípico. Hubo toda una temporada en que Dandy iba allí con frecuencia. A él los animales, y los caballos en particular, no le movían un pelo. Pero una tarde, mientras vagaba por las instalaciones del club, entendí cuál era el interés. Medio oculto en una de las cuadras, Dandy y una mujer se entregaban con singular entusiasmo a las manipulaciones propias de quienes se desean. Esa mujer era Gasulla, la que ahora tengo enfrente, con veinticinco años menos, pero igual de fogosa. Era característico de Dandy que sus relaciones terminaran mal. Probablemente porque, con tal de llevárselas a la cama, les prometía mucho más de lo que pensaba cumplir. Las mujeres que se enrollaban con él invariablemente terminaban odiándolo. Gasulla me está observando. Ella se da cuenta de que estoy mirando la foto, de que la reconocí; y yo de que heredé su odio. Ahora, reconducido hacia mí, refuerza su convencimiento de que yo no merezco el cargo que tengo y estimula su sentido de justicia y su deseo de venganza. En sus ojos leo la determinación de cumplir la promesa de destituirme. Mi suerte está sellada. Se pone de pie, toma el escrito de la impresora, lo coloca en el escritorio frente a mí y se queda mirándome. Firme aquí, por favor. Lo único que deseo es alejarme de sus radiaciones lo antes posible. Me pongo en pie y firmo. Gasulla sacude la cabeza. *Usted siga firmando sin leer*, dice a modo de advertencia, y me arranca el documento de las manos sin dar tiempo a que lo suelte. Un trozo triangular del papel se queda en

mi mano. Estoy azorado. Gasulla suelta un chistido y me despide con un impaciente: <i>Buenos días</i> .	

## Expedición a Villa Real

¿Quién me lleva al Bajo Flores? —pregunto al grupo de taxistas que fuma y conversa en la esquina, agitando seis billetes en mi mano—. Por esa guita, patrón, lo llevo al fin del mundo —responde el más avispado tomando el dinero y abriéndome la puerta con una reverencia burlona—. Aprendan de papá, cagones —les dice a sus colegas. Sube, arranca, salimos.

Disculpe que le pregunte, jefe. —Mirándome por el retrovisor—: ¿Qué va a hacer un pituco como usted a ese barrio de mierda? Sexo. —Se queda pensativo unos instantes—: Es increíble las cosas que los hombres somos capaces de hacer con tal de echar un polvo.

Hacemos el viaje en silencio. Nada agradezco más que un taxista que no habla, no escucha cumbia o el partido de fútbol en la radio, ni silva con virtuosismo. Cuando llegamos a la casa de Julia, la veo esperándome en la puerta. Esta vestida de blanco, como una novia *sport*. Le doy un billete más al chofer. La mira y suelta un bufido.

Ahora lo entiendo, está para comérsela, cuídese de que no se lo coma a usted.

Bajo y sale disparado. Me acerco a Julia.

Bajé a buscarlo para que no le pase nada. Muchas gracias. ¿No tiene miedo de que le pase algo a usted?

Julia suelta una carcajada echando la cabeza para atrás.

Selvetti es muy respetado acá, nadie se atrevería a meterse conmigo —dice con voz ronca—, disculpe —agrega y se aclara la garganta antes de continuar—: *Usted es muy valiente o está muy desesperado para venir a este barrio*.

La mirada de Julia es tan perspicaz que no necesita decir nada más.

Hace mil años que el ascensor no funciona —dice y encara la escalera. Oscura, con goteras, en semipenumbra. Susurros y sonido de pasos que se extinguen a medida que vamos subiendo y renacen cuando ya hemos pasado. Huele a basura rancia. Julia viste una camiseta sin sostén, sus tetas son firmes. Un pantalón ceñido a pálidos cuadros grises. Su culo se mueve a la altura de mis ojos—. No sea indiscreto, señor fiscal. Podría pensar mal de usted. —No digo nada. Tiene el sexto sentido femenino que les indica cuándo les están mirando el culo. Entro, me acomodo en un sillón. Julia desaparece tras una puerta. Tengo la sensación de que hay alguien más en la casa. El lugar me sorprende. El contraste con todo lo que rodea al edificio es absoluto. Está pintado con gracia en los tonos ocre y terra cotta, característicos de

Roma, una biblioteca de pared a pared con los tres estantes superiores ocupados por libros de arte: puedo distinguir un volumen de Bosch, otro de Topor, Brueghel el Viejo, Vermeer y otros pintores flamencos. Regresa Julia con dos vasos de *whisky*. Se sienta sobre su pierna derecha en un sofá frente a mí y enciende un cigarrillo.

¿Y cuáles serán esas novedades tan importantes? —En la inflexión de su voz hay un tono como de burla, sabe que no son tan importantes, que las estoy usando de excusa para verla—. Ahora soy juez, y tengo la causa de Selvetti a mi cargo. Felicitaciones.

Lo dice en un tono neutral y se queda mirándome en silencio, provocándome para que hable.

No entiendo que alguien como usted viva en este barrio —digo por decir algo—. ¿A qué se refiere con alquien como yo? —Siento que me metí solito en una trampa y que mi respuesta puede ser fatal—. *Educada*, *instruida*, *increíblemente linda*. —Los ojos de Julia demoran una eternidad en abandonar el brillo de desconfianza y adoptar el sesgo típico de quien está mirando hacia adentro, a esa forma de la ficción que es la memoria—. Mis padres vivían acá cuando este era un barrio candoroso de casitas modestas y pretenciosas, cada una con su personalidad, cada una esforzándose por diferenciarse de las casas vecinas. Yo nací en una de ellas, pero mis recuerdos de ese tiempo son solo algunas fotografías. Ese paisaje sucumbió a la sucesión de crisis que fueron expulsando a la clase media de sus enclaves y de sus ingresos. Aquellos lotes con rosales y jazmines fueron arrasados por un negocio inmobiliario que les vendía a los hijos de los expulsados los departamentos de mala calidad que construyeron en su lugar. Aquellas casitas fueron sustituidas por esta arquitectura industrial carente de toda gracia y elegancia: exacta, sólida, gris, inhumana y monumental. Los nuevos departamentos se vendían con hipotecas de interés bajo y variable. En cuanto fue comprado el setenta por ciento de las viviendas, las tasas se dispararon a los cielos. Al mismo tiempo, flamantes leyes de flexibilidad laboral surgidas con la excusa de la emergencia económica dejaron en la calle a muchos trabajadores que fueron reemplazados por máquinas automáticas más flamantes aún. Las cuotas hipotecarias dejaron de pagarse. Los juicios ejecutivos no se hicieron esperar. La policía colaboró brutalmente con los desalojos. La crisis se prolongó más de lo esperado, no aparecieron nuevos incautos con un mínimo de dinero en el bolsillo para comprar los pisos desalojados. Los bancos se quedaron esperando a que el mercado mejorase. Vacíos y librados a su suerte, no pasó mucho tiempo antes de que fueran ocupados ilegalmente. Nuevos juicios de desalojo, nuevas ocupaciones. En muchos de aquellos departamentos se instalaron negocios ilegales de toda clase. Los pocos que habían podido pagar sus hipotecas, mis padres entre ellos, se vieron forzados a convivir con traficantes de drogas, cultivadores de marihuana, prostíbulos y aquantaderos de asaltantes y asesinos. Churro, uno de esos vecinos, desconectó nuestro suministro eléctrico para alimentar las luces de su plantación de marihuana. Mis padres fueron a reclamarle. Por toda respuesta le dio dos tiros a cada uno.

El silencio que sigue indica que el episodio duele todavía.

Quedé desamparada, mis padres me comprendían, jamás me cuestionaron, eran personas muy modestas, con escasa educación, pero completamente evolucionadas y con más libertad de pensamiento que muchos catedráticos. ¿Y cómo sobrevivió? No debió de ser fácil en esas condiciones. Ahí es donde entra el Indio. Yo tenía catorce años, pero ya estaba buenísima. Eso me salvó. La primera vez que lo vi, estaba turreando en la esquina con sus colegas. Alquien comenzó a decirme algo y él lo hizo callar. Desde entonces nadie me decía nada, apenas me miraban. El Indio me estaba reservando para él. La muerte de mis padres fue su oportunidad. Lo primero que se le ocurrió fue hacerle una visita a Churro acompañado por cinco de sus hombres. El tipo terminó cayendo por la ventana. ¿O lo cayeron? —Julia sonríe sobradora—. ¿Usted cree que olvido por un instante con quién estoy hablando? Perdone, continúe. A los pandilleros de Churro les pareció conveniente sumarse a las fuerzas del Indio. Se apropió del departamento que estaba junto al mío y limpió todo rastro de actividad ilegal. En cuanto los de Sanidad se llevaron los cadáveres, el Indio llamó a mi puerta. Me dijo que estaba bajo su protección y que cualquier cosa que necesitara no tenía más que pedírselo. Desde entonces él satisface todas mis necesidades y caprichos. A sus padres también los asesinaron, eso une. Una cosa que admiro de él: es el único hombre que conozco que siempre, pero siempre, cumple con su palabra. Él era un gran proveedor y yo una chica desvalida. Se comportó como un caballero, se tomó un año para enamorarme y lo consiguió. Me enamoré de él, de su fuerza, de su poder, del sexo feroz que compartíamos. Me enamoré de su olor a tigre, de su firmeza, de su decisión. De la seguridad que me transmitía. Pero es un tipo que vive en peligro constante. Es verdad. Una vez le dije que lo único que temía era que también lo asesinaran a él. ¿Y qué le dijo? Me juró que no moriría asesinado. ¿Le creyó? Ya se lo dije, es hombre de palabra. ¿Y él se enamoró de usted? Dice que soy su joya. De ser un pobre huérfano de un barrio patético se convirtió en el dueño del Bajo Flores. Nada pasa aquí sin que él se entere. Yo soy suya, nadie se mete conmigo. ¿En qué lugar voy a estar más segura que aquí? ¿Quién va a darme lo que él me da? ¿Qué le da? Ya se lo dije, todo lo que necesito y quiero y más. Pero es un asesino. Nadie es perfecto.

Nos quedamos en silencio. Es verdad, nadie es perfecto. Salvo ella. Julia es perfecta para mí, para mi soledad, para mi tristeza.

¿Por qué está tan interesada en la libertad del Indio, sigue enamorada de él? No. Siempre me hizo el amor usando preservativo. ¿Y eso? Decía que era para protegerme. No entiendo. Él es insaciable, como muchos que pasan largo tiempo en la cárcel, tiene la costumbre de cogerse a todo lo que se le cruza, persona, animal o

cosa. Usaba condón en casa y no afuera porque elegía con mayor frecuencia a otras personas como partenaires sexuales. Eso, me parece, es más dañino para el amor que cualquier otra cosa. Si le sumamos el peligro constante, los sobresaltos, la posibilidad permanente de caer él preso, se puede entender por qué se terminó. Es posible, pero una cosa quedó. ¿Qué? ¿Sabe qué es la lealtad? Sí, claro. Seguramente conoce el significado de la palabra, pero dudo mucho de que sepa el contenido. ¿Está tratando de humillarme? —Considera en silencio su respuesta y responde con un «no» que tiene por objetivo no entrar en ese tema—. Pone en duda muchas cosas de mí. ¿Lo hace sentir mal? Un poco. Tendrá que demostrarme entonces que es capaz de cumplir con su palabra y que va a dejar libre al Indio. ¿Por lealtad? Exactamente, por lealtad. ¿Y si el Indio se entera? ¿De qué? De nosotros. No hay «nosotros». Y, aunque lo hubiera, tengo su permiso para acostarme con quien quiera. Qué moderno. No tanto, después de un tiempo tiene la mala costumbre de cortarles la garganta a mis amantes.

Repentinamente me hace sentir en peligro. Callo, pienso, temo, Julia suelta una de sus risotadas.

No ponga esa cara, no se asuste, tonto, es una broma.

Cuántas sensaciones distintas me produce esta mujer. Necesito tenerla. Me aproximo a ella. Me contiene poniendo su mano en mi pecho: *A esto vino, ¿verdad? Sí. Tiene que saber algo: me gusta la sinceridad. ¿Total? Total. ¿Aunque duela? Aunque me mate. De acuerdo. Tiene que prometerme algo. Lo que diga. Que va a dejar al Indio en libertad. Prometido. ¿Seguro? Segurísimo. Si no cumple con su palabra, nunca voy a perdonárselo. Entendido. —*Me mira profundo a los ojos para corroborar mi sinceridad durante unos instantes. Me acerco lentamente con la inequívoca intención de besarla. Julia imperturbable. Mi corazón da un brinco y se acelera. Cuando mi boca está a dos centímetros de la suya, entre sus cabellos, veo que hay un tipo plantado en medio de la sala, mirándonos—. *Julia, hay alguien aquí.* — Se vuelve velozmente. El hombre es alto, musculoso, proporcionado como una estatua griega, pero con cara de simio, su voz es profunda.

¿Todo bien, Julia? Todo bien, Beto. Acá mi amigo se estaba despidiendo. ¿Lo podrás alcanzar a su casa?, no es hora para que ande solo por el barrio. Ningún problema, lo espero abajo.

Julia se queda mirándome. Hay en sus ojos, no sé, una mezcla de disculpa con promesa, con otra vez será. Voy a decir algo, pero me lo impide poniendo su índice sobre mis labios.

No es bueno estar apurado, Diego. Deme tiempo para conocerlo. Dígame su número de teléfono —dice sacando el suyo. A medida que lo dicto lo va tecleando—. Lo acompaño a la puerta. —Allí me despide con un beso en los labios, es levísimo, pero me impacta como un misil, eso y el breve roce de sus tetas en mi pecho. Dos

minutos después estoy en el asiento del acompañante de una enorme 4×4. A pesar de su ceño malhumorado, Beto conduce con tranquilidad.

Buena máquina —digo como para romper el incómodo silencio—. *Ni lo intente:* nosotros no vamos a ser amigos. No lo pretendía— contesto. El tipo se queda mudo mirando el camino. No volvemos a hablar en todo el trayecto. Pienso que, llegado el caso, debe de ser más fácil matar a un desconocido que a un amigo.

### Adiós a Bonasera

Los primeros que diviso son los familiares de Bonasera. Un hombre de unos cuarenta, notablemente parecido al difunto, una mujer joven y obesa, la viuda. No hay signo alguno de pena, están parados allí, en silencio, junto a la urna de fresno que guarda las cenizas, como quien finaliza un trámite burocrático y se dispone a archivar el expediente. El resto son desconocidos ansiosos por que la ceremonia termine y por volver a sus vidas. La cabeza de Gasulla destaca por encima del puñado de gente congregada para la ocasión. Me pregunto quién habrá pagado este entierro. No creo que los parientes hayan tenido la voluntad y las ganas de gastar el dineral que comporta un servicio fúnebre y una parcela en el último cementerio de tierra que queda. Tal vez lo haya arreglado Bonasera mismo en vida. Llegan el blindado de Erhardt y los dos coches de custodia rodando lentamente por el camino de pedregullo y se detienen. Bajan cuatro hombres fornidos y rodean al que está en medio. Erhardt desciende y camina hacia la parcela escoltado por Tae y dos de los suyos. Gasulla lo sigue con una mirada seria, inquisitiva. Otros dos coches llegan y se detienen convocando la atención de los guardaespaldas de Erhardt por un instante. De uno de ellos baja el hombre del mechón blanco. Es el sicario que remató a Bonasera en el estacionamiento de tribunales. Abre la puerta para que descienda el pastor Oliveira, el gordo a quién conocí en el Museo de Arquitectura, y lo acompaña hasta el túmulo. Llega sudando como un puerco y le estrecha las manos que, con escasa voluntad, le extienden los parientes del muerto. Siempre con su biblia en la mano, se para junto a la urna. Los empleados del cementerio, que serán los encargados de accionar el mecanismo que bajará la urna al hoyo, contemplan la escena con eterno aburrimiento. El pastor dedica una mirada ecuménica a la concurrencia y tras una pausa arranca con el discurso fúnebre.

Hermanos, Dios tiene conocimiento de las intenciones del corazón cuando hacemos lo que hacemos y, en algunos asuntos, hay que dejar el juicio solo a Él. Hoy nuestro hermano Carlos Bonasera se ha ido de la vida terrenal. Pero el vivir es Cristo y el morir es ganancia. No habrá más pecado en él. Se habrá acabado la guerra interna y las profundas decepciones por haber ofendido al Señor. Ahora está en la ciudad del Dios vivo, del Jerusalén celestial. Una miríada de ángeles lo acompaña a la asamblea de los cielos. Es uno más de los espíritus de los justos hechos perfectos. Mientras no llega el gozo de la resurrección tendremos el de ser libres del dolor. Los que fueron generosos en la tierra, como lo fue nuestro hermano Carlos Bonasera, serán ricos en el cielo. La calma es ahora para él mayor que la del más cálido atardecer, junto al más pacífico de los lagos, en el más feliz momento de

su existencia. Se ha ausentado de su cuerpo para habitar con el Señor. Vivir en la carne fue una labor fructífera, Carlos fue un ejemplo de vida dedicada al servicio de los intereses de nuestra Iglesia y de nuestra fe. Y la Iglesia le ha enseñado el camino hacia el cielo. Hemos conseguido que se reúna con el Padre Creador. Vivir en Cristo es ganancia. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Prosiguen los saludos de circunstancia. Gasulla me hace una seña. Saluda a la viuda y demás deudos y comienza a caminar hacia la salida. La alcanzo. Andamos cincuenta metros en silencio. Se vuelve para constatar que nadie nos escucha.

¿Por qué no dejó libre a Palanca aún, señor juez? Pensaba hacerlo esta tarde. No lo demore. Téngalo por seguro. Me parece que usted no se está dando cuenta de lo que pasa. ¿Por qué lo dice? Palanca es un miembro importante del movimiento obrero. Cada día que pasa en la cárcel aumenta la presión. ¿Qué presión? La presión de la gente, Saralegui, ¿no ve que estamos al borde de un estallido? ¿Le parece? No me parece, lo sé. Si usted lo dice... Lo que le digo es que deje a Palanca en libertad hoy mismo, ¿entendido? Entendido. Y apure el trámite de Selvetti. Es un asesino. Eso no está probado. Tenemos la filmación. El superior no la va a aceptar, fue hecha en condiciones irregulares. Además, lo necesitamos de nuestro lado. ¿Para qué? La cárcel de Devoto le responde, controla el Bajo Flores, todos los barrios periféricos y vaya uno a saber qué más. Si lo liberamos, Selvetti nos garantiza tranquilidad en todo el centro-norte. ¿Por cuánto tiempo? Por ahora. ¿Y el futuro? ¿Qué futuro, Saralegui?, solo tenemos el presente, solo la urgencia. No ponga esa cara, si quiere hablamos de su futuro en el Poder Judicial y le aseguro que será muy corto si no hace lo que le digo. ¿Comprende? Comprendo. Le pido que haga un esfuerzo y asuma la responsabilidad de su puesto en este momento. No entiendo. ¿Sabe cómo se llama al tiempo que media entre dos terremotos? No. Silencio sísmico. Eso es lo que se siente ahora, pero ese silencio no va a durar, estamos parados sobre un volcán, Saralegui, y debemos evitar que entre en erupción por todos los medios.

Gasulla me mira con impaciencia, piensa que no entiendo o que no me importa. Las dos cosas son ciertas. Suspira y desiste.

Vaya, doctor, saque su estúpida cara de mi presencia y haga su trabajo. Bruja de mierda —pienso y callo, mientras gira airada y se va a paso enérgico. Camino detrás de ella, pero más lentamente. Sube a su coche y desaparece. A poca distancia, Capitán fuma y espera. Antes de que dé un paso más, Tae me toca el hombro.

Acompáñeme.

Giro. A pocos metros están los tres coches de la comitiva de Erhardt. Tae abre la puerta del Mercedes y me indica que suba.

Lo vi conversando con Gasulla —me dice Erhardt sin mirarme—. Así es. ¿Qué hubo? Tengo que dejar a Palanca en libertad. ¿Cuándo? Esta tarde firmo la resolución. Muy bien. Muchas gracias —me despide. Como si lo hubiera escuchado, Tae abre la puerta para que salga y la vuelve a cerrar detrás de mí—. El dinero que me pidió. ¿Sí? Va a tener que esperar. —Sin más se sube al asiento delantero y parten—. A la mierda mi plan de llevar a Julia a Punta del Este —pienso.

¿Decepcionado? —pregunta Capitán con ironía. Este hombre parece tener la capacidad de leerme el pensamiento, debo cuidarme de él—. ¿Por qué lo pregunta? Por su cara. No, cansado. Tenga cuidado, esta gente no conoce la lealtad. — Nuevamente esa palabra que a Julia le es tan cara.

Nos ponemos en marcha por los caminos bordeados de flores del cementerio. Trato de no pensar en nada que pueda comprometerme y que Capitán pueda adivinar. No veo la hora de quitármelo de encima, se volvió una presencia abrumadora. Pasamos junto a la capilla. Por el camino que la rodea se llega a la parcela donde se enterraron las cenizas de Dandy. Me pregunto si aún estará allí. Ignoro si mi hermano continuó pagando el arrendamiento. Una semana antes de morir, fui a verlo al Hospital Italiano, donde estaba internado en una habitación compartida. Tan bajo había caído su economía. El hombre que ocupaba la cama junto a la suya agonizaba sin ninguna discreción. No sé por qué fui, hacía tres años o más que no hablaba con él. Tal vez la sensación de que había algo pendiente. Se alegró al verme llegar.

Hola, Dandy, ¿cómo estás? Más cerca del arpa que de la guitarra, pero algunos están peor —respondió dando un cabezazo hacia el compañero de cuarto. Me di cuenta de que utilizaba el humor para ocultar la vergüenza que le daba la situación. Sonreí condescendiente. Dandy fue toda la vida un hombre que le tenía mucho miedo a la muerte, a las enfermedades. Muy cagón, solía describirlo Helena, su mujer, mi madre, pero en este momento de extrema fragilidad se lo veía bastante entero—. Sé lo que me toca, pero me cogí todo lo que se me cruzó, me bebí todo lo que me sirvieron, conocí lo mejor de todo el mundo: hombres, mujeres, comidas, drogas, coches, viajes. No fui feliz, pero me divertí muchísimo. No jodí a nadie que no se lo mereciera, salvo tal vez a tu madre, ¿o sí se lo merecía? Ya no lo recuerdo. La vejez me bendice con algunos olvidos. Todo lo que gané, y no fue poco, me lo gasté, no te dejo nada, lo siento. Si quedara alguna deuda que pudieras satisfacer... digo... por el honor de la familia... —Viejo, decrépito, muriéndose, Dandy conservaba su chispa, su carisma y su gracia—. ¿Cómo estás vos? —me preguntó, creo que por primera vez en la vida—. *Bien, estoy a cargo de una fiscalía.* —El ya lo sabía, Amadeo Black se encargó de eso—. Muy bien, muy bien. Estoy muy orgulloso de vos —me sorprendió, algo que nunca había sentido por mí ni por nada de lo que yo hubiera hecho—. *Muchas gracias. Nada que agradecer... Tengo algo que pedirte.*— Eso explicaba el declamado orgullo—. ¿Qué necesitás? No quiero morir acá. Entiendo. Tenés que convencer a María para que me lleven a casa. Lo intentaré. Por *favor*. —Pensé entonces: Este hijo de puta se va a morir y nunca me dijo que me quiere.

En ese momento, llegó María. Ella había sido la mujer de Javier, mi tío, el hermano de mi padre. Una Navidad entré intempestivamente a una habitación y la pesqué besándose, abrazándose y tocándose con Dandy. La única explicación fue un comentario al pasar de María: A veces los mayores somos muy estúpidos. La tía estaba muy buena entonces, y triste, porque la adicción de Javier a la timba la tenía a ella, y a mis tres primos, sumidos en la pobreza. Dandy le pasaba dinero y ella sabía agradecerle. El cigarrillo, la bebida y la nocturnidad se llevaron a Javier bastante temprano. Dandy solventó los gastos de la familia y la tía se convirtió en una amante más. Cuando los años comenzaron a hacer mella en la salud de Dandy, se fue a vivir con él. Era la persona indicada, había sido enfermera. Calmé sus reparos con la promesa de un estipendio semanal y logré convencerla de que lo llevasen a su casa. A partir de entonces iba a verlo cada día, a la mañana y al atardecer. A escuchar las historias de sus pasadas glorias y lujos, sus pretensiones y todas las grandes mentiras que nadie más que yo estaba dispuesto a escuchar. Su salud se deterioraba rápidamente. A medida que empeoraba, yo aumentaba la frecuencia de mis visitas. Dandy enfrentaba el fin de sus días en total soledad. Sus amigos, amantes, cómplices y todos aquellos grandes palmeadores de espaldas lo olvidaron en cuanto el dinero y el brillo comenzaron a escasear. A María, su única acompañante, la despreciaba porque dependía de ella hasta para limpiarse el culo, no podía soportar que fuera testigo de su degradación, de su ruina, de su incapacidad para valerse por sus propios medios. Yo pensaba que en el momento final se aferraría a mí, su último recurso. Mía sería la mano que tendría a su alcance en el instante de pasar al otro lado. La mano de quien siempre había subestimado y despreciado. Entonces sí, no tendría más remedio que expresarme su afecto. Soñaba que, con la voz quebrada por la agonía, me diría finalmente que me quería. Esas deberían ser sus últimas palabras. Le pedí a María que, si pasaba cualquier cosa, me llamara sin importar el día o la hora. Yo quería, debía estar con él en sus últimos momentos. Tenía la esperanza de que entonces me lo diría. La noche que Dandy murió hubo una serie de atentados dinamiteros que arrasaron con varios kilómetros de cableado telefónico y muchas antenas de telefonía celular. María no pudo avisarme de que agonizaba. A la mañana siguiente me enteré de que había muerto llamándome. Nunca me dijo que me quería. Fui a ver su cadáver. Ya el *rigor mortis* había fijado en su rostro el abismo desesperado de una boca abierta y rígida como si estuviera dando un grito silencioso. Me acerqué a su oído y derramé en él las palabras que quise se lleve a la eternidad: *Cagaste*, *hijo de puta*. En vano, las cuentas que no saldamos con nuestros padres mientras viven no se pueden cancelar después de muertos, quedan pendientes para siempre. Nos convierten en acreedores eternos y hacen que culpemos por esa deuda impaga a la vida, al mundo y, especialmente, a los más próximos.

Abro los ojos, estamos en el estacionamiento del juzgado. Allí donde mataron a Bonasera. Estoy confuso, ignoro si lo de Dandy fue un recuerdo, un sueño o una mezcla de las dos cosas aderezadas con deseos incumplidos.

*Ya llegamos* —me indica Capitán con amabilidad.

Subo al despacho. Me quedo cavilando. En cuanto Selvetti salga pierdo a Julia, eso es seguro. Si no lo libero, también la pierdo. Tengo que encontrar la manera de quitármelo de en medio si quiero conservarla. Y además tengo que conseguir dinero, porque a Julia no se la arregla con pan y cebolla. Para eso ya no puedo contar con Erhardt, suficiente con que no me mande matar. ¿Y si lo extorsiono con la muerte de Bonasera? Yo sé quién lo mató y no será difícil probar por órdenes de quién. Lo descarto, creo que si lo llamo con esa historia estaré muerto antes de colgar el teléfono. Garabateo figuras geométricas en una hoja de papel: cajas, cubos, rectángulos, octaedros, trapecios, sin ton ni son. Pero, de pronto, ese conjunto azaroso de dibujos se me aparece como un mapa, como una guía clarísima para la acción. El plan es muy osado, pero resuelve todos los problemas de una sola vez.

Tomo el teléfono. Marco.

Hola, Julia... Necesito verla... Tengo novedades importantes... Sí, es urgente... Hay algo que tiene que hacer... ¿Esta noche?... De acuerdo... Dónde... No lo conozco... Mándeme la ubicación... A las once y media... Nos vemos entonces.

Primera etapa en marcha. Llamo a Alicia.

Por favor, cite a Manes para mañana a primera hora. ¿Motivo? Ampliar la indagatoria. ¿Se lo comunico al abogado? No. Lo que le diga no le servirá en el proceso. Lo sé, es que puede tener información sobre otro caso. ¿Qué caso? — Vacilo, digo lo primero que me viene a la mente—. Selvetti. Muy bien, ¿algo más? Sí, por favor, redacte la excarcelación de Palanca. ¿La va a tramitar hoy?, digo, por la huelga. ¿Cuál? De los procuradores, comenzó esta mañana. ¿O sea? Que no se va a poder tramitar hasta que la levanten. Bueno, a Palanca no le va a hacer mal permanecer unos días más a la sombra. Seguramente que no.

Huelga providencial, los dioses están de mi lado. Llamo a Gasulla para informarle sobre la imposibilidad de gestionar de inmediato la libertad de Palanca y Selvetti. Me dice que está al tanto del asunto y que lo haga en cuanto termine la medida. Estoy feliz, cuando todo fluye, todo fluye. Esta noche será Julia. Entro en la página del banco para ver mi saldo. Magro. Esperaré a que todos se vayan y echaré mano de los fondos del juzgado. Podré devolverlo antes de que se note la falta. Me siento impregnado por los espíritus de Dandy y del tío Javier. Esta noche me voy a meter dentro de la mujer más bella del mundo y me la juego a todo o nada. Pero, al contrario del tío Javier, yo no juego en las mesas del casino, estoy timbeando con la

vida. No sé si soy un genio o si estoy completamente chiflado, pero, estoy convencido, mi plan sí es genial.

### Última llamada

Nunca había estado, ni siquiera sabía que existía el bar Last Call. A la puerta, administran la entrada dos forzudos vestidos con ropa brillante que imita el cuero. *Leather Gays*. Conozco a uno de ellos, Chopy, lo tuve procesado. La causa se originó en un recital tributo a Judas Priest. Habían contratado a los Ummagumma, una pandilla gay violenta, para custodiar el evento. Los Hell's Angels, ofuscados porque creían merecer el trabajo, se presentaron a reventarlo. Ángeles del Infierno, Sacerdote de Judas, Ummagumma, la palabra que los estudiantes de Cambridge empleaban para «sexo», eso era algo así como una guerra religiosa. La batalla campal fue muy violenta, dejó una parva de heridos y un Angel muerto. No se pudo probar nada. Todos salieron libres. Salteándome la cola formada mayormente por varones, me acerco a la puerta, los tipos no se mueven.

¿Qué hay? —me dice el más grandote—. Vengo a ver a Julia. No conocemos a ninguna Julia. Hola, Chopy —saludo para que me reconozca, su reacción es inmediata—. Dejalo pasar —le dice a su colega mientras desengancha la cadena—. Pase, doctor, no hay problema. —Entro, Chopy toma el intercomunicador para informar mi presencia. En cuanto atravieso la puerta doble, me ataca un sonido atronador de heavy metal, mezclado con las conversaciones que sostienen a gritos los parroquianos. Junto a la barra, varias parejas de hombres musculosos se abrazan, se besan, se tocan y observan y comentan o se burlan de los que sudan con gran aspaviento en la pista de baile: disfrazados, con cortes y colores de cabello imposibles, estrafalarios y ostentosos. Un tipo luciendo una camiseta gay-ceñida-alternata-pastillera de Iron Maiden me corta el paso. En su mirada hay incitación y amenaza. Por detrás de él, aparece Julia.

Dejalo, Maikol, está conmigo. Vale, princesa —dice el tipo. Hace una media pirueta y se aleja hacia la pista dando delicados pasitos de baile—. ¿Qué quiere tomar? Lo que sea. ¿Tequila? OK. —Julia me toma de la mano y me arrastra, por entre medio de una multitud movediza y toquetona, hasta la punta de la barra, donde hay dos taburetes libres. Pide dos *shots*. Bebemos. De pronto el estruendo musical heavy cesa dando lugar a un fraseo romanticón de saxos. El bar entero parece serenarse.

¿Ya son las doce? Sí. ¿Por? Por el bolero. No entiendo. Este bar era de una pareja: Quico y Pico. Aquella noche Quico reconoció a un neofascista que vino a su bar secretamente y no lo dejó entrar. Volvió con una patota, lo esperaron y lo mataron a golpes. Este bolero era su preferido, decía que era el himno gay.

La voz de Luis Miguel se impone por encima del murmullo de la concurrencia.

Tú me acostumbraste a todas esas cosas, y tú me enseñaste que son maravillosas.

Los *heavies* que llenan el local se ponen románticos. Los osos bailan abrazados con los disfrazados, algunos en la barra se toman de las manos, otros intercambian miradas ardientes. Julia mira hacia el fondo del salón, sonríe y vuelve la cara hacia mí.

¿Tiene cigarrillos? No. ¿Me compra un paquete de Marlboro? Claro, ¿dónde? En el baño venden.

Me levanto para encaminarme.

*Trate de volver intacto* —ríe Julia.

Entonces lo veo, entre el humo y la gente, en la otra punta de la barra, conversando muy próximo con un hombre tan corpulento como él mismo, sonriendo con toda la boca, en actitud de mutua seducción, sí, no hay duda, es Capitán, la última persona que esperaba encontrar en este lugar. Repentinamente, el tequila bebido a fondo blanco me patea el hígado. Me apuro al baño. Está atestado, me abro paso entre los tipos que aspiran cocaína, se toquetean o se besan y me meto en un reservado. Me bajo los pantalones justo a tiempo. En la puerta hay una inscripción que destaca por encima de todas las demás: *Si la tenés enoooooorme, llamame*. Y un número de teléfono. Nos imagino a Julia y a mí, esta noche, en casa, desnudos, bebiéndonos el uno al otro, moviéndonos con mayor lentitud cuanto mayor es la excitación, demorándonos toda la noche en nuestros vaivenes, dilatando el clímax. Quiero volverla loca de excitación, que nunca haya gozado como esta vez, que se sienta única, la más querida, la más deseada. El rollo de papel está agotado. Salgo. Me lavo las manos. Alguien hace lo mismo junto a mí.

Buenas noches.

Levanto la vista; en el espejo, Filander me sonríe.

Hola, arquitecto. ¿Qué hace un señor juez en este antro? Nada, vine a encontrarme con una amiga. ¿Una amiga?..., qué bien, yo espero encontrar algún amigo esta noche —dice con una complicidad que no tenemos, ni quiero tener—. ¿Cómo va el asunto de la urbanización de la Villa? —pregunto solo por cambiar de tema—. Una pesadilla, las idas y vueltas de la política me hartan. Pero no creo que le harte lo que ganará con el proyecto. Si no fuera por eso, no participaría. No solo

participa, también está involucrado, las reuniones se hacen en el museo, lugar que usted controla. —La mirada de Filander deja de ser amable—. ¿Y qué hay con eso? Es que no lo entiendo, en este asunto usted no es un jugador de primera línea. Seguramente —contesta, se echa una mirada coqueta al espejo y se despide. Compro los cigarrillos a un chico tan delgado que parece recién salido de Auschwitz y regreso a la barra. Julia ya no está, la busco con la mirada sin éxito. Los taburetes en los que estábamos sentados están ahora ocupados por un par de osos. ¿Se habrá ido? Alguien me toca el hombro. Es Beto.

Julia vendrá enseguida.

Dice y se esfuma. Una pareja de jóvenes angelicales dejan su lugar en la barra y se encaminan a la pista. Ocupo esos asientos. Quince minutos más tarde, decepcionado, cuando ya estoy considerando irme, Julia reaparece y me suelta como si nada:

¿Y de qué quería hablarme con tanta urgencia? Vea, existe la posibilidad de dejar libre a Selvetti. Escucho. Ayer estuve con la presidenta del Consejo. Ahá. Me hizo saber que si lo ayudamos un poco autoriza su libertad. ¿Y cuánto es ese poco? Trescientos mil. —Julia suelta una de sus carcajadas explosivas—. ¿De dónde cree que voy a sacar esa cantidad? Selvetti le robó a Krasner mucho más. Será, pero yo no sé nada de eso. Pregúnteselo. No me lo va a decir. Yo creo que si entiende que su liberación depende de ello va a acceder. No lo sé... Además, en un par de meses, le consigo el sobreseimiento. ¿Cómo sé que puedo confiar en usted? Julia, yo tengo muy claro cuáles serían las consecuencias de traicionarla. OK, consígame un permiso para ir a verlo. Delo por hecho. Le preguntaré, pero no le prometo nada. Con que lo intente es suficiente.

Nos quedamos callados unos instantes. Me doy cuenta de que estoy molesto con ella, con su ausencia inopinada.

¿Puedo preguntarle algo? No. ¿Cómo que no? Si necesita permiso es porque no me va a gustar la pregunta. Entonces retiro lo dicho. OK. ¿Dónde estaba? ¿Cuándo? Ahora, cuando regresé de comprar los cigarrillos había desaparecido. ¿Beto no le avisó? Sí. ¿Entonces? Nada, me dio curiosidad. Eso no es curiosidad, es necesidad de controlarme. OK, haga de cuenta que no dije nada. Nos instalamos en un silencio molesto, incómodo. Finalmente lo quiebra. Tenía que saludar a alguien. OK. ¿Qué hacemos? Nada, le voy a pedir a Beto que me lleve a casa, estoy cansada. Pensé que... ¿Qué pensó? Nada, tiene razón, yo también estoy agotado.

Le hago al barman la señal universal de pedir la cuenta. Julia me interrumpe: *Yo invito*. —Beto reaparece. Julia me da un beso en la mejilla a modo de despedida irrevocable. Muy contrariado, me voy.

Avíseme cuándo puedo ir a ver al Indio. De acuerdo.

La cola de aspirantes a ingresar al local ha aumentado al doble en el tiempo que pasé adentro. La temperatura sigue alta y bochornosa, el aire es húmedo y denso, pero el alivio de quitarle mis oídos al estruendo compensa casi cualquier cosa. Camino lentamente por Agüero hacia Santa Fe con la secreta esperanza de que Julia cambie de idea y me alcance. Pero ningún paso suena detrás de mí. Por acá se puede andar con cierta tranquilidad. La asociación de comerciantes puso garitas en todas las esquinas y contrató patrullas de seguridad privada con armas de guerra para recorrer la avenida de punta a punta. Un par de muertos les indicaron a rateros, asaltantes y arrebatadores la conveniencia de mantenerse alejados de la zona. Un trueno se va haciendo eco por los edificios. El calor aplastante rompe las nubes y se descarga un aguacero fenomenal que baña a la ciudad con una lluvia gris, tibia y pegajosa como un caldo rancio de pollo. Siento que la odio con la misma intensidad que la deseo.

Ya en casa, empapado por esa agua sucia que cayó del cielo, bebo con rabia hasta vaciar la botella de whisky, que termina de demolerme. Me arrastro hasta mi habitación, me derrumbo en la cama y me apago. Desnudo a Julia lentamente. Su cuerpo tendido bocabajo es como una escultura del Renacimiento. Me siento a su lado y deslizo mi mano por ella para escuchar el sonido de su piel. Me encaramo y cierro los ojos. En el teatro de mi mente aparece Helena, mi madre, aquella vez que entré a la habitación de ellos y la encontré chupándosela a Dandy. Mi erección es inmediata. Abro los ojos y me doy cuenta del extraordinario parecido de Julia, es una versión afeminada de Dandy. ¿O soy yo quien la ve así? Cierro los ojos nuevamente, a mi lado aparece Dandy, desnudo, erecto y con una sonrisa siniestra. La rigidez de mi sexo ya es dolorosa, pero yo sigo sin encontrar el de Julia. Veo a Capitán, en el bar gay, mirándome de reojo mientras le mete la lengua en la boca a un marinero negro. No puedo aguantar y acabo. Mi plan de amarla lentamente se fue a la mierda. Hasta en mi imaginación. No duré ni tres minutos. Me dejo caer a su lado. Julia mira el techo con los ojos muy abiertos. Tomo aire para decir algo, no sé qué. Julia me pone una mano en el pecho, dice: *No digas nada*. —Y desaparece. Nunca estuvo aquí. Despierto con la certeza de que ya no podré volver a dormir.

### La conspiración

Toc, toc.

Adelante. Ya llegó Manes. También está Capitán, dijo que necesita un minuto con usted. Haga subir a Manes y, mientras llega, que pase Capitán. Muy bien —contesta Alicia y abre la puerta para que pase Capitán con otro policía—. Acá le presento al inspector Bidondo. Mucho gusto. Encantado. Por favor, tomen asiento. Dígame. Vengo a decirle que me han trasladado a Operaciones Especiales. Ah, qué bien, una promoción. No lo sé, en la policía a veces te mandan arriba con una patada en el culo. Espero que esta no sea una de esas veces. Esperemos que no. Bidondo será su escolta de ahora en más. Fue corredor de coches de carrera, eso siempre es bueno, uno nunca sabe cuándo va a tener que salir pitando. Muchas gracias. —Los policías se ponen de pie. Bidondo le entrega su tarjeta de visita. Salen. En la puerta se cruzan con Manes. Capitán lo mira de arriba abajo—. ¿Qué hacés, Manes?, al fin te dieron caza, ¿eh?, ya era hora. Dejame de joder. Me parece que quien se va a dejar de joder ahora sos vos. —Capitán me mira y señala despectivamente a Manes—. Jefe, a este mierdoso métalo preso y tire la llave al río.

Le indico al custodio que le quite las esposas y nos deje a solas.

Bueno, Manes, te mandé a Devoto, al pabellón de los Espontáneos, ¿qué averiguaste? Nada. ¿Nada? Los universitarios no son tontos, se dieron cuenta al instante de que yo era poli. No dijeron una palabra. Están bien entrenados. ¿Qué voy a hacer con vos?, te vas a comer no menos de ocho años. Me muero. Aunque habría una posibilidad..., solo que... ¿Qué? Tengo que inventarme testigos, que digan que fue en defensa propia. Medio complicado, pero... Pero ¿qué? Necesito que hagas algo para mí. Lo que diga. ¿Lo conocés al Indio Selvetti? Oí hablar de él, pero nunca lo vi. Está adentro, pero va a salir pronto. Lo escucho. Quiero que lo limpies. ¿Que... lo... limpie? Eso mismo. El día que salga, yo te cito acá y te saco por esa puerta que da directo al pasillo. Te vas hasta el penal, lo esperás, lo liquidás, volvés y te mando de regreso a tu celda. Tendrás la coartada perfecta. Los planes son perfectos cuando los pensamos, pero en la vida real siempre surgen complicaciones. ¿Qué complicaciones? Si lo supiera, ya no lo serían, las tendríamos previstas. ¿Por qué le das tantas vueltas?, el plan está bien. No pueden acusarte de nada porque en el momento de los hechos estabas en la cárcel, ¿querés algo mejor que eso? No sé, la verdad es que me parece medio chino. Mirá, Manes, el fiscal ya me dijo que va a pedir reclusión por tiempo indeterminado, ¿sabés lo que eso significa? Claro que lo sé, que solo voy a salir con las patas para adelante. ¿Querés eso? No. Entonces,

ayudame a mí y yo te ayudo a vos. Está bien, pero si me jode cuento todo. No va a ser necesario, Manes. Tenés que conseguir a alguien que haga de chofer y un coche para hacer el trabajo. Selvetti pronto estará en la calle. ¿Podrá conseguir que me devuelvan el cargo? Eso ya no depende de mí, y por lo visto no contás con muchas simpatías en el cuerpo. Entiendo. Pero quedarás libre. Seguro que te consigo algo en la seguridad privada, tengo muchos contactos. ¿Podemos conseguir unos mangos para el chofer?, nadie va a venir de gratis. No hay problema. ¿Puedo? —pregunta Manes señalando el teléfono—. No, mejor usá este —le respondo dándole un celular no registrado. Marca, me mira, espera.

Hola, Toto... Después te cuento... Ahora te necesito para un trabajo... Algo habrá... Sí, ya lo sé... Hay un tipo que está guardado que va a salir en cualquier momento. Hay que hacerle la espera, seguirlo y pasarlo a valores... No... Te digo que no, solo tenés que conseguir un fierro y el coche que vas a conducir... No sé, pronto... Claro... Tenemos la mejor cubierta que te puedas imaginar... confía en mí, ya te contaré...

Le hago señas para que pause la conversación.

A ver, espera un momento...

Pone la mano sobre el teléfono.

¿Qué hay? Decile que esté preparado, que cuando vuelvas a llamarlo tiene que ir adonde le indiques. Muy bien.

Vuelve a la comunicación.

En unos días te llamamos y te venís adonde yo te diga, ¿OK?... Te digo que no... Seguro... ¿Me podrás conseguir el fierro?... Perfecto... sí, ya sé que va aparte... ¿Cuánto?... Está bien, no te preocupes, yo me ocupo... Chau. Listo, jefe, arreglado. Muy bien. Cinco por el trabajo y cinco más por el arma. Pero ¿confiás en él? Es como un hermano.

Llamo para que Gómez venga a buscar a Manes. Paso el resto de la tarde firmando las resoluciones, los decretos y las sentencias que preparó Alicia. Sobre el final del día aparece para despedirse.

Si no me necesita, doctor, me voy, tengo cita con el médico. ¿Le pasa algo? No, voy a acompañar a mi madre. Cosas de la edad. Entiendo. Vaya nomás y dígale al resto que también pueden retirarse. Como diga. Ya está tramitada la visita de la mujer a Selvetti. Ah, bien, ¿cuándo es? Mañana a las doce. La gestionamos como visita conyugal. ¿Por qué? Era la única manera de que se encontraran a solas, como usted lo pidió. Muy bien. Gracias. Hasta mañana.

Me juego la cabeza que esta hija de puta lo hizo a propósito. Lo último que yo hubiese deseado es que Julia le haga una visita conyugal. Me quedo en mi despacho,

respirando rítmicamente, atento a los sonidos que provienen de la oficina. Espero a que se haga silencio. Espero un poco más. Salgo a cerciorarme de que se han ido todos. Cierro la puerta con llave. Regreso a mi despacho, abro la caja fuerte. Allí está la pistola que secuestramos en casa de Julia, con la que Selvetti mató a Krasner. Controlo que el dinero de los fondos sea suficiente para pagarle al tal Toto. Todo en orden. Llamo a Julia.

Hola, Julia, soy Diego. Ya lo sé. Tiene visita a Selvetti mañana a las doce. Allí estaré. Dígale que es importante que tengamos el dinero cuanto antes. Se lo diré. ¿Algo más? ¿Podemos vernos? Imposible. Bueno. Lo llamo mañana cuando salga de la visita. —Julia corta sin esperar respuesta. Angustia.

## El plan se complica

¿Qué está pasando? Corto por tercera vez. Julia no responde a mis llamados ni a mis mensajes. Quiero correr, gritar, aullar, hacer algo que aplaque la ansiedad que me está comiendo las tripas. Tengo la sensación de haber perdido el control en el momento que más lo necesito. Y esta hija de puta que no me llama. Suena el teléfono, me precipito a él.

Buen día, doctor, le habla Figueredo. Hola, ¿cómo anda? Bien, gracias. Lo llamo porque me pidió que lo hiciera si había alguna novedad con respecto a Selvetti. ¿Dígame? Se levantó la huelga de los procuradores. Muy bien. Esta tarde lo dejamos en libertad. ¿No lo puede demorar un par de días?, es que estoy recopilando... No, doctor, me llamó Gasulla en persona para ordenarme que lo suelte, ya sabe que con ella no se jode. Entiendo, ¿a qué hora? En cuanto terminemos los trámites de excarcelación, calculo que a eso de las ocho. ¿Cómo, no es que los sueltan por la mañana? En general es así, pero Gasulla fue terminante: Hoy mismo, lo antes que pueda. Esa fue su orden. Muy bien, muchas gracias. Para servirlo.

Llamo a Alicia y le pido que ordene que traigan a Manes a mi despacho con carácter urgente. Suena el teléfono. ¡Por fin! Es Julia.

Hola, Julia, ¿qué pasó? Eeh, tranquilo, ¿a qué viene tanto grito? No, perdóneme, es que estoy teniendo un día complicado. Bueno, más vale que se calme un poco. Tiene razón, ¿cómo le fue? Bien, ya sé dónde está la pasta, esta noche la busco. ¿No puede antes? No. ¿Por qué? No pregunte. Muy bien, lo llamo cuando termine para combinar. OK.

Llamo a Alicia.

¿Qué hubo de Manes?

Está en camino. Miro la hora, las cuatro y media. Salgo a la oficina general, Alicia en su puesto, escribiendo muy concentrada en el ordenador. El personal se prepara para irse. Bien. Regreso a mi despacho. Me siento al escritorio, veo la pantalla en el ordenador sin mirar nada en especial. Siento que desde las profundidades de mi cerebro comienza a reptar la migraña. Abro el cajón, saco el frasco de Imitrex. Maldigo, está vacío. La cefalea avanza a la carrera. Regreso a la oficina. Alicia, sigue metida en su computadora.

¿Dónde está Pablito, Alicia? Ya se fue —me responde sin sacar la vista de la pantalla—. ¿Necesita algo? No, está bien. Regreso en un rato. De acuerdo.

Salgo al pasillo, tomo el ascensor, bajo en el segundo piso. Cuando estoy llegando a la enfermería veo salir al médico.

Hola, doctor. Buenas tardes, Saralegui. Qué bueno que lo encontré. Sí, me estoy yendo, hoy se gradúa mi hijo. Qué bien, felicitaciones. Gracias, ¿qué puedo hacer por usted? Me está atacando la migraña y se me acabó la medicación. ¿Tendrá algo?

El médico hace un gesto de impaciencia.

Se lo pido por favor, tengo un caso muy importante esta tarde.

Saca su llavero y abre la puerta de la enfermería. Entro detrás de él. Pulsa el interruptor y espera unos instantes a que los tubos dejen de parpadear.

¿Qué está tomando? Imitrex. Ah, artillería pesada.

Se acerca a una vitrina llena de específicos, abre.

Creo que tenía alguna muestra por aquí.

Se pone a revolver durante un tiempo que parece eterno hasta que desiste.

No, no me queda. Debo de habérsela dado a Montes. Sufre de lo mismo. ¿Me podrá hacer una receta?

Se sienta a su escritorio, saca el talonario y escribe la prescripción.

Tenga. Muchas gracias. A la orden.

Alcanzo el ascensor en el instante en que las puertas comienzan a cerrarse, bajo, salgo a la calle. Elsa, la obesa del juzgado dos, camina hacia el único taxi que hay en la parada, corro para adelantarme y me subo.

Por favor, llevame hasta Santa Fe.

El tránsito está atascado.

¿Qué pasa? Una protesta. Cortaron la Avenida. ¿No podemos ir por otro lado? No se me ocurre por dónde, ¿a usted? No. Hay que aguantar hasta que pasen. Cortar calles es el deporte nacional, cuando no son las protestas, es el propio Gobierno...

Dejo de escucharlo. Me sobresalto, el reloj de la Torre marca las 19:30, no puede ser. Entonces recuerdo que hace mil años que no funciona. Son las cinco. Demoramos media hora en recorrer el kilómetro hasta la farmacia. Le pido que me espere. Una mujer conversa sobre medicamentos con el farmacéutico a través de una pequeña ventanilla. Un tipo de rasgos extraños: la boca demasiado grande para una cabecita de pepino donde ralean los últimos vestigios de pelo. Tiene una mirada maliciosa, de envenenador, curiosa característica para dueño de farmacia. La conversación sobre distintas variantes, laboratorios y dosis parece interminable. Los farmacéuticos deben de sufrir alguna clase de sentimiento de inferioridad frente a los médicos que buscan

compensar dando muestras de sus conocimientos farmacológicos. Finalmente, terminan el debate y la transacción.

¿Qué le doy?

Le paso la receta. La toma y la lee como si estuviera estudiando la Torá. Lo veo alejarse y ponerse a revisar unos cajones metálicos al final del local, como a veinte metros de donde estoy. Regresa con una cajita. Pago, me la entrega, salgo, pasa el que sigue. Subo al taxi.

Por favor, lléveme de vuelta al tribunal. Le voy a tener que cobrar la espera, jefe. No hay problema. Vamos, entonces.

Me zampo dos pastillas en seco. Afortunadamente el regreso es más rápido. Cuando llego, Elsa, a quien birlé el taxi está todavía allí. Me bajo. Me mira con desprecio y mientras sube murmura: *Siempre el mismo hijo de puta*. —Entro al edificio. Subo a mi oficina. Alicia está vestida para irse, con su bolso en la mano.

Me quedé a esperar a que regrese —comenta en tono de reproche apenas me ve entrar—. Como citó a Manes, no quise irme y que llegara justo cuando usted no estaba. Gracias, Alicia. No me agradezca, mejor consiga que me paguen las horas extra. Lo intentaré.

Se va. Respiro. Son las seis y media cuando llega Manes escoltado por Gómez. Lo hago pasar a mi despacho, le ordeno al policía que le quite las esposas y espere en la alcaldía, que ya lo llamaré.

¿Qué pasa que me trajeron con tanto apuro? No hay tiempo que perder. Llamá al chofer, Selvetti sale en una hora. ¿Cómo? Lo que oíste. Llamá.

Manes toma el teléfono, marca, espera. Nos quedamos mirándonos hasta que sacude la cabeza.

No contesta. Llamá de nuevo.

Marca. Mismo resultado.

Mandale un mensaje urgente.

Esperamos unos minutos.

Llamá de nuevo.

Mismo resultado.

Me parece, jefe, que vamos a tener que dejarlo para mejor ocasión. ¡No!, tiene que ser hoy. Como diga, pero yo solo no lo hago.

Miro la hora, vacilo, pienso.

Vamos, voy yo de chofer. ¿Usted? ¿Se te ocurre alguien más? La verdad que no. Hay otro temita. ¿Cuál? El arma, la iba a traer Toto. Me cago en diez.

Abro la caja fuerte. Saco la Colt de Selvetti, se la doy a Manes. La inspecciona.

¿Y las balas?

Meto la mano en la caja fuerte, al fondo hay una bolsa de plástico con los proyectiles que cargaba cuando la encontraron en casa de Julia.

Acá tenés.

Mientras Manes carga la pistola, me asomo a la oficina. No hay nadie. Regreso, cierro con llave y pongo música en la computadora.

Seguime.

Salimos al pasillo por mi puerta privada. Tomamos el ascensor y bajamos directamente al garaje. Me pongo al volante y nos internamos en la ciudad. Nos queda solo media hora para llegar a Devoto, si es que no lo soltaron ya. Tenemos suerte, las fuerzas de choque de la policía barrieron a los manifestantes, las calles están despejadas. Llegamos a tiempo. Nos ubicamos en Melincué, desde donde tenemos controlado el portón de acceso. Son las ocho. El dolor de cabeza no es invalidante, pero está, allí atrás, como una fiera dominada por la química, esperando, como nosotros, para atacar a su víctima. El portón se abre, sale un hombre y comienza a caminar en nuestra dirección. Cuando pasa frente a nosotros, no queda duda.

Es él.

Manes amartilla la pistola, se baja del coche y comienza a andar a paso rápido tras Selvetti. Espero unos instantes, pongo el motor en marcha y circulo muy lentamente. Manes está cada vez más cerca del Indio, pero no debe de parecerle un buen lugar para dispararle, porque ralentiza el paso y deja que se aleje hasta que cruza Nogoyá. Selvetti comienza a andar a paso vivo. Temo que se haya dado cuenta de que lo siguen y escape. Selvetti gira por Baigorria y desaparece, Manes trota detrás de él, también lo pierdo de vista. Acelero. Cuando me asomo por la ochava, sorpresa, los veo forcejeando junto a un gomero. Suena un disparo, continúan forcejeando, suena otro, Manes cae. Selvetti retrocede un paso y se recuesta contra la pared con la pistola en una mano y tomándose el vientre con la otra. Se mira, entre sus dedos se escurre un grueso chorro de sangre oscura. El disparo le reventó el hígado. Morirá desangrado en pocos minutos. Mira un instante hacia el cielo. Sabe que está perdido. Se pone el cañón en la sien y dispara. El tiro le vuela parte de la coronilla, lo proyecta contra la pared, rebota y cae muerto antes de llegar al suelo. Dos hombres salen del quiosco de la vereda opuesta atraídos por el sonido de los disparos. Pongo primera, el coche pega un brinco y se detiene. Arranco, me obligo a

calmarme. Pongo primera nuevamente y salgo lento. Acelero un poco, me alejo. Giro por Santo Tomé. Tengo la visión nublada, la descarga de adrenalina me hace temblar, no puedo conducir. Hay un espacio grande entre dos coches junto a la entrada de la iglesia de la Puerta Abierta. Me detengo, apago el motor. Pasa un patrullero. Cierro los ojos. Sigo temblando.

### Un sueño parecido a la muerte

Anochece. Dormí un sueño parecido a la muerte. Toda la noche y casi todo el día. La operación contra Selvetti no pudo haber salido peor. A estas horas ya habrán saltado todas las alarmas. No regresé al juzgado. Manes, que debería estar en la cárcel, aparece muerto junto al cadáver de Selvetti. Yo desaparecí. Lo único que cabe es escapar con Julia y el dinero de Selvetti. Ya le inventaré una historia para justificar su muerte. Suena mi teléfono, es ella.

¿Qué pasó, dónde estabas? Muy ocupado, no podía atender. ¿Toda la noche y todo el día? Luego le explico. ¿Dónde está el Indio? Hasta que paguemos, en la cárcel, ¿qué hubo con el dinero? Lo tengo yo. ¿Dónde podemos encontrarnos para que me lo dé? Pero ¿va a salir? Inmediatamente.

Julia hace una pausa. Oigo su respiración del otro lado de la línea.

Que el Indio me llame. Una vez que sepa que está bien le mando la pasta con Beto a donde me diga. Pero... ¡Sin peros! Muy bien.

Julia corta la comunicación sin más. Todo está yéndose a la mierda. La muerte de Manes y Selvetti no demorará en salir en las noticias. No van a tardar en venir a buscarme. No se me ocurre qué inventar para encontrarme con Julia y el dinero, mi única posibilidad ahora es huir. Oigo gente en el pasillo y movimientos de tropa en la calle. Estoy perdido. Suenan tres golpes en la puerta. Rotundos, secos, regulares. Me asomo a la ventana. Dos patrulleros bloquean la calle, varios policías se distribuyen alrededor de la entrada al edificio. Suenan dos golpes más, el tercero queda en suspenso cuando abro y me encuentro a Capitán y Bidondo en el pasillo. No necesitan decir nada. En los rostros y las miradas se hace patente el sobrentendido, sabemos qué los trae a mi puerta. Giro y camino hacia dentro tranquilamente. Ellos detrás de mí. Me acerco al bar y me sirvo un vaso pleno de Jack Daniel's, me siento en el sofá y bebo. Capitán se sienta frente a mí, Bidondo detrás de él, su brazo cae con naturalidad al costado de su cuerpo, lleva la pistola amartillada en la mano.

Puede enfundar, Bidondo, no soy hombre de armas. —Capitán asiente con la cabeza, Bidondo guarda la pistola—. Saralegui, ¿me puede explicar qué es todo este embrollo? No me parece conveniente. Le juro que no lo voy a utilizar, es solo para que yo lo entienda.

Cuando estoy por responderle suena su teléfono. Capitán lo mira, me hace un gesto de espera y atiende.

Hola... ¿Qué dice?... ¿Cómo?... ¿Cuándo?... OK, termino con un arresto y voy para allá.

Capitán se queda pensativo unos instantes. Se levanta como impulsado por un resorte.

¿Tiene acceso a la terraza? —Me sorprende—. Sí. Vamos allá.

Me pongo de pie, salimos al pasillo, entramos al ascensor, Capitán pulsa el botón que lleva al piso veintiséis. Tiene las facciones rígidas por la preocupación. Me entra pánico, creo que me van a tirar desde la azotea.

*Tranquilo*, *Saralegui* —me dice como si nuevamente me adivinara el pensamiento. Las puertas de acero se abren, subimos un tramo de escaleras y salimos al bochorno de una noche sin estrellas. Desde esta altura privilegiada tenemos toda la urbe a nuestros pies. Hasta nosotros llegan sonidos de disparos, el relumbrar de innumerables deflagraciones, explosiones esporádicas y sirenas que provienen de distintos puntos de la ciudad.

Mire, Bidondo —dice Capitán señalando rumbo a la City, donde brillan fogonazos de disparos—, la primera —dice mientras llegan sus estampidos. Señala hacia Barrio Norte, las llamaradas iluminan las medianeras de los edificios— la diecisiete. —Y continúa señalando una cantidad de islas en las que centellean cientos de disparos, si no miles. Es como si se hubieran olvidado de mí—. ¿Qué está pasando, jefe? —pregunta Bidondo con la voz teñida de angustia—. Es el fin. ¿Cómo? Están atacando a todas las comisarías a la vez. ¿Las cincuenta y dos? Sí. Es un ataque simultáneo. No pensé que ya tenían este grado de organización. ¿Quiénes? Ayer detuvimos a Yano. ¿Cómo? Alguien nos sopló que todos los jueves va al cine. Pusimos vigilantes en las salas principales y así cayó. Lo sorprendimos en medio de una película de muertos vivientes. No entiendo como hay gente a quien le gustan esas mierdas. Esta es la reacción. ¿Qué vamos a hacer, qué órdenes hay?

Capitán vuelve a reparar en mí, es como si regresara de un largo viaje.

Ahora esperar a que se calme. Después vemos dónde podemos encerrar a su señoría —dice con un sarcasmo que duele porque anuncia que dejé de ser alguien, que ya no soy nadie.

Regresamos a mi departamento en silencio. Una vez allí, Capitán me sugiere que duerma un rato, asegura que voy a necesitar el descanso. Tengo una carta y decido jugarla ahora que asuntos más urgentes que mis pequeños delitos convocan su atención.

¿Podemos hablar? —le digo a Capitán haciendo una seña en dirección a Bidondo —. Puede hablar delante de él. Lo vi la otra noche, en el bar. ¿Y con eso qué? Puedo quardármelo o decirlo.

Capitán se queda mirándome como a un insecto al que está a punto de aplastar.

Sí, y yo puedo tirarlo por la ventana. Saralegui, no sea estúpido, usted no está en condiciones de amenazar a nadie. Hágame el favor de aguantarse lo que se le viene como un caballero. —Voy a decir algo, pero me detiene alzando la palma—. Yo también lo vi, usted estaba con Julia, pareja de Selvetti. Una persona poderosa, tal vez demasiado poderosa para usted. Ya deduje todos sus planes. ¿Lo puede probar? Ah, ¿no se enteró? ¿De qué? Manes. Manes está muerto. En sus sueños. Sobrevivió y no para de hablar. Pero todo esto ya carece de importancia. Este es mi último acto persiguiendo a delincuentes como usted. ¿Como yo? Sí, tipos pasionales, capaces de cualquier estupidez por ambición. Los ricos obligaron a los políticos a declararles la querra a los pobres. Criminalizaron la pobreza, ahora tenemos una sociedad criminal. Estamos en guerra. Nadie sabe quién va a ganarla, pero es seguro que el costo va a ser altísimo. Mi pase a Operaciones Especiales es parte de la estrategia para enfrentar a los enemigos de los ricos. Mi tarea será la que siempre tenemos los policías: defender el orden burgués. Asegurar a los ricos que puedan seguir robando sin sobresaltos. En una palabra, aplastar todo intento de rebelión. Un asco. Pensé en renunciar, dedicarme a otra cosa, salirme de este tarro de basura. Pero lo que está sucediendo, el asalto a las comisarías, lo cambia todo. Ahora estamos ante una cuestión de supervivencia. Los insurrectos nos tienen identificados como el enemigo, no van a tener piedad con nosotros. Supongo que no la merecemos, pero, puestos en estas circunstancias, queremos sobrevivir, como todo el mundo, y para sobrevivir no tenemos más remedio que ponernos del lado de los ricos, los otros jamás nos aceptarán.

Capitán se queda mirándome. Midiendo el efecto de sus palabras. En este momento me doy cuenta de que algo nos hermana, los dos estamos presos de nuestras circunstancias. Se pone de pie.

Ante este panorama, Saralegui, ¿usted cree que a alguien le va a importar si a mí me gustan los hombres, los perros o las ovejas como compañeros sexuales? Se acabaron los criminales por cuenta propia. Ahora se enfrentan los criminales de las corporaciones contra los criminales sociales. A esto hemos llevado al mundo. Vamos, váyase a descansar un rato, que en cuanto pase esto usted va a la cárcel, y yo, a la guerra. En algún punto, lo envidio.

### El peso de la prueba

Siempre pensé que usted era un idiota, pero nunca imaginé que lo fuera tanto.

Gasulla no puede evitar que su cuerpo exprese la intensa satisfacción que le produce mi caída. A su lado, Alicia, tampoco. A mis espaldas, dos policías, de los grandotes. Es evidente que Gasulla tiene la intención de humillarme. Por eso tomó recaudos contra cualquier reacción violenta que pueda tener. Ya no soy el mismo. Hace varios días que no me baño ni me cambio de ropa. Huelo a encierro, a calabozo. Gasulla me habla con todo el desprecio de que es capaz. Ya no puedo fingir dignidad.

Saralegui, está perdido, le cabe la mitad del Código Penal. Usted es un criminal de la peor clase. Un asesino a sueldo es más digno. Ellos se juegan en sus propios términos, las lacras como usted se escudan en el Estado para cometer sus crímenes. Los funcionarios somos los encargados de custodiar el bien común, pero la gente de su calaña no tiene idea de qué se trata eso.

Comienza a dolerme la cabeza, no tengo nada que hacer ni que decir, pero estoy obligado a soportar la perorata de esta mujer que se adueñó de mi destino.

Su intervención en la muerte de Selvetti está más que probada, nada de lo que diga puede empeorar su situación; solo por curiosidad, dígame, ¿por qué mandó matar a Selvetti?

Decido insolentarme para ver si consigo que Gasulla me expulse de su despacho.

Por dos razones, una porque no tenía nada mejor que hacer, y la otra para joderla a usted, que tanto quería dejarlo en libertad.

Gasulla enrojece de ira.

Pero ¿se da cuenta de lo que hizo, pedazo de imbécil? Selvetti mantenía unidas a todas las bandas de su territorio. Su muerte fue como un martillazo en la red que él tardó quince años en construir. Ahora mismo cada capito está peleando con los otros por el control de cada barrio. Ya teníamos un incendio y usted le arrojó un balde de gasolina.

No puedo ni quiero evitar el gesto de desdén. Gasulla toma aire profundamente, seguramente para aplacar el violento deseo que tiene de matarme a golpes, pero todavía no vio nada.

Que se jodan todos.

Alicia le señala a Gasulla los expedientes.

Además de la payasada de Selvetti, lo tenemos agarrado en no menos de veinte casos de prevaricación.

La boca de Alicia se tuerce en un rictus cruel y va asintiendo con cada uno de los crímenes que Gasulla va enumerando y cargando a mi cuenta. De algunos soy responsable, pero otros son de la cosecha de Alicia, esos escritos que yo firmaba sin mirar. Ya no las aguanto.

Oiga, Gasulla, ¿esto es en venganza por los polvos que se echó con mi padre o por los que no se pudo echar?

Gasulla siente que va a estallar de bronca, pierde toda compostura.

¡Pero ¿cómo te atrevés?, gusano de mierda! Tu padre fue una basura igual que vos. Sí, muy basura, pero bien que te la metió. ¿Qué pasa, te dejó con las ganas? Cerrá la boca, hijo de puta. Cerrámela vos, putarraca. Si querés te doy unos pomazos para que te tranquilices.

Gasulla rodea el escritorio, se planta frente a mí y me sacude una bofetada, con tal violencia que me voltea con silla y todo. Uno de los policías la contiene. Vocifero desde el suelo.

Pegame más, bruja, que me gusta. Pegame como te la daba mi padre por el culo, vieja puta.

Gasulla forcejea con el policía, pero este no la suelta.

¡Llévense a este pedazo de mierda de aquí! —ruge.

Lo conseguí. El otro policía me levanta de mala manera, dolorosamente, y me arrastra por el despacho mientras le grito cuanto insulto se me ocurre hasta que un certero derechazo en el estómago me silencia, caigo al suelo boqueando como una sardina fuera del agua. Gasulla se suelta.

¿Está bien, señora? —le pregunta el policía que la contuvo—. Sí, sí —responde con la voz entrecortada por la agitación—. Sí, estoy bien. Vaya nomás y llévense a esta basura. Como ordene. Y por favor... Dígame. Me lo cagan bien a palos. Será un placer.

Gasulla se sienta a su escritorio tratando de recuperar el aliento. Alicia la contempla satisfecha.

¿Puedo hacer algo por usted? Sí, Alicia, por favor, cancele todas las citas de hoy, me voy a tomar el día. Me parece muy bien. Este hijo de mil putas va a salir de la cárcel cuando las velas no ardan.

Me sacan a patadas del despacho. El día va a ser duro, pero ya no me duele la cabeza, me duele todo lo demás.

## **SEGUNDA PARTE**

# PlayStation

### Amor después del amor

¿Cómo fue que sucedió? Yo creo que la cosa se desencadenó aquella noche en el bar. ¿Qué hacías por allí?, porque no eras un habitué. Seguía a un sospechoso. Y me encontraste a mí. Así es. ¿Qué te pasó? No lo sé, la sensación fue que se formó una burbuja a nuestro alrededor. Fue como si todo lo demás hubiera dejado de existir. Nunca habría pensado que eras tan romántico. Ni yo. Te transformé. Alguien dijo que, si el amor no te transforma, no es amor. Me acuerdo de que salimos a la calle tomados de la mano. Sí. Llovía. Qué oportuno. ¿Por qué lo decís? No lo sé... Calvino decía que la imaginación es un lugar adonde llueve. Ah, ¿y vos qué te imaginabas en ese momento, andando por la avenida, sin importarnos que estábamos mojándonos? *Me imaginaba nuestros cuerpos desnudos, secándonos mutuamente. ¿No nos estamos* poniendo demasiado cursis? El amor es cursi. Podríamos escribir un ensayo titulado De las propiedades transformadoras de la cursilería. Yo tengo un plan mejor. Ah, sí, ¿cuál es? Otro. ¿Otro más, cuántos van? Creo que este sería el quinto. Increíble. Esto nunca me había pasado. ¿Es así o es lo que querés creer ahora? ¿Acaso importa? No. ¿Tenés hambre? No, ¿vos? Tampoco. Otra de las propiedades del amor: adelgaza. Vos no lo necesitás. Vos tampoco. Hagamos el inventario: el amor nos aísla, aunque sea por un momento, del mundo en que vivimos... Mundo de mierda, digamos. Digamos. ¿Qué más? Transforma. Sí, pero ¿nos hace mejores? No lo sé, ¿cómo te sentís? ¿En relación con qué? Con antes de conocerme... ¿Tenés que pensarlo tanto? No, para nada. ¿No lo sabés? Sí. ¿Y entonces? Jugando con el misterio. ¡Qué tontería! Mejor, mi amor, mucho mejor. Ahora no sé de qué estábamos hablando. De que el amor transforma y nos preguntábamos si era para mejor. Ah, verdad. Entonces somos mejores. Nos sentimos mejores. Pero me parece también que nos confundimos con la otra persona, en este caso, vos. Pero cada uno sigue siendo quien es. ¿Y quién soy, quiénes somos? Difícil saberlo. No creo que sea tan difícil. ¿Ah, no? No, solo es cuestión de poner la cámara en el ángulo adecuado. ¿Qué cámara? Te lo explico con una pregunta: ¿cuál es la decisión más importante que debe tomar un director de cine? ¿Quién pone el dinero? ¡Qué prosaico! Reformulá la pregunta por favor. ¿Cuál es la decisión artística más importante que debe tomar un director de cine? Ni idea. El emplazamiento de la cámara. ¿Ah, sí? Claro, eso da el punto de vista, la cuestión más importante en el cine y yo diría que también en la vida. ¿Y cómo se relaciona eso con lo que veníamos diciendo? ¿Qué veníamos diciendo? Lo esencial que es saber quién es uno. Ah, sí. Pues para saberlo hay que ver dónde ponemos la cámara, es decir, el punto de vista que adoptamos para vernos a nosotros mismos. Me doy por vencido. Uno es lo que le pasa. ¿Cómo? Uno es lo

que le pasa. Si te enamorá, sos eso. Si te atropella un camión y te deja en silla de ruedas, sos eso. Si se muere la persona que más querés y la pena te destroza, sos eso. ¿Tenemos planes de morir? Para nada, estamos enamorados. Y cursis. Y cursis. Bueno, basta de ponernos filosofudos. ¿Qué proponés? A saber. Ahora no, pero después vamos a tener hambre. ¿Después? ¿Después de qué? Esa es la segunda propuesta. Aceptadas las dos. ¿Creés que en medio de este mundo que se derrumba podremos conseguir un buen sushi? La decadencia siempre ha sido pródiga en placeres, creo que sí. Llamá, pero nada con queso Philadelphia, lo odio. De acuerdo. Poné el himno. ¿Qué himno? «Tú me acostumbraste a todas esas cosas...».

### El Indio ha muerto

Julia entra a su casa. Va al baño, abre la canilla, el agua fría repica con fuerza en la bañera. Enciende el aire acondicionado del dormitorio, cierra la puerta y las ventanas. El plan es una ducha y dormir toda la mañana para recuperar el sueño que no tuvo la noche anterior. Se desnuda. Va a meterse bajo la regadera, pero, ya con un pie dentro, una sensación confusa la detiene. Siente que algo no está bien, la embarga una premonición de que algo terrible ha sucedido y la certeza de que está relacionado con el Indio. Suena su teléfono. Regresa al dormitorio rápidamente, tiene que alcanzarlo antes de la quinta señal, que es cuando salta el contestador. En la pantalla se imprime «Desconocido». Pulsa la tecla verde.

El Indio está muerto.

Clic, y es todo lo que oye. No reconoció esa voz masculina, tosca y abrupta, pero no le cabe duda de que es verdad lo que dijo. Corre a la sala, enciende el televisor, sintoniza el canal de noticias, están con el parte meteorológico. Pone el volumen al máximo para seguir escuchando desde el dormitorio, al que regresa. Elige la ropa que usa para correr y sus mejores zapatillas de *jogging* y se viste rápidamente. Entra al baño y cierra la canilla. Cuando sale, oye al locutor que anuncia la muerte de un hampón. Va velozmente a la sala. La imagen muestra un cuerpo caído y tapado con papel de diario junto a una ambulancia. Policías y paramédicos en el lugar.

Se confirmó que la persona muerta en las cercanías de la cárcel de Devoto no es otro que Tomás Selvetti, alias el Indio, un conocido delincuente. La muerte de Selvetti se produjo a solo pocos minutos de salir de la cárcel donde estaba recluido como sospechoso de la muerte del hacker internacional William Krasner.

La imagen salta a la entrada del Hospital Churruca.

Se sospecha que el autor material del crimen es el comisario Adalberto Manes, quien es sospechoso de la muerte de Felipín, un traficante de drogas.

Ahora aparece en pleno una multitud de periodistas agolpados en la puerta de la leonera de tribunales. Dos policías abren el paso a la comisión que baja del coche llevando a un hombre esposado con la cabeza cubierta con una chaqueta. No se le ve la cara, pero Julia lo reconoce, es Diego.

Fuentes del poder judicial, habitualmente bien informadas, dan cuenta de que el juez Diego Saralegui estaría implicado en el confuso episodio en carácter de

instigador y cómplice necesario. Se está a la espera de los resultados de la autopsia realizada sobre el cuerpo de Selvetti. Seguiremos informando.

Julia apaga el televisor. Va hasta la puerta de calle, observa por la mirilla. Nadie. Echa llave a las tres cerraduras de seguridad. Enciende las cámaras ocultas que controlan la entrada al edificio y el pasillo. Toma el teléfono, escribe un mensaje.

Tengo que ausentarme un par de días. Pronto te llamaré para explicarte —vacila un instante antes de proseguir, escribe algo más, pero se arrepiente y lo borra. Send. Marca otro número, espera.

Hola, Beto... Mataron al Indio... No sé, está en las noticias... Tengo que irme de aquí, por favor, vení a buscarme.

Julia se sienta en la sala mirando la nada. Tiembla y llora, llora y tiembla. Está muerta de miedo. Oye pasos inexistentes y amenazadores acercándose a su puerta. Cree que son de los muchos enemigos y competidores del Indio, que vienen a por ella. Sabe que la noticia está circulando rápidamente por las redes del hampa. ¡Y Beto que no llega! Pasa una eternidad hasta que al fin da los consabidos golpes a la puerta: Toc, toc, toc..., toc. Mira los monitores para constatar que es él. Abre.

¿Qué pasó? Agarrá ese maletín. Tenemos que salir de aquí ya mismo. OK. Vamos, por el camino te explico.

Julia echa una última mirada a la casa que ya está dejando de ser suya. El rey ha muerto. Sabe que no tardará en ser invadida por los rivales y hasta por los secuaces del Indio. Siente un asco instintivo al pensar que sus asquerosas manos se posarán sobre todos los objetos que ama y que no puede cargar en la huida.

¿Vamos, Julia? —la apura Beto desde el vano de la puerta, maletín en mano—. *Un segundo* —contesta, y regresa al dormitorio, donde recupera el teléfono que fuera del Indio y un sobre grande de plástico. Entra a la cocina, enciende todas las hornallas y el horno. Beto la observa trajinar sin comprender. Va al baño y regresa con una botella de alcohol medicinal. La vacía sobre el sofá y le pone fuego.

¿Qué hacés, Julia? No quiero dejarles nada a los mierdas que no van a tardar en venir.

Sale, cierra con llave. Una vez en la calle, se suben al coche de Beto y parten. Julia enciende el teléfono del Indio. Busca entre sus contactos a Pérez. *Send*.

Hola, Pérez, soy Julia, mujer del Indio... Ya lo sé... Tenés allí al juez Saralegui... ¿Cuándo lo traen?... Muy bien, hay diez mil para vos si me conseguís una visita con él... Tiene que ser hoy mismo... Espero tu llamado. Gracias.

Corta. Beto la mira extrañado.

No entiendo nada. Esperá un momento, ahora te explico.

Pone el teléfono en modo incógnito y llama a los bomberos. Les dice que hay un incendio, les da la dirección de su casa y corta sin darles oportunidad a preguntarle nada. Beto sigue sin comprender.

¿Y eso? Incendié la casa porque no quiero que nadie se apropie de mis cosas. Pero en el edificio aún viven varios vecinos que no tienen que ver con nada. No me gustaría que el fuego se propague a sus casas. Ya veo. ¿Me vas a contar qué pasó?

### PlayStation

El teléfono despierta a Capitán.

Qué sorpresa tan temprano, ¿me extrañabas?... No me digas, ¿cuándo?... ¿Dónde estás?... De acuerdo, vení para casa, yo tengo que salir, pero te dejo una llave en la portería... No hay problema... En cuanto pueda nos vemos allí... Cualquier cosa, me llamás... De acuerdo...

Sale en silencio. Se acerca al ascensor, pulsa el botón de llamada. La puerta del vecino se abre.

Buen día, inspector. Buen día. Perdóneme, ¿tiene un minuto? Dígame. No sé si sabe que soy el presidente de la CAJEAR. No, no lo sabía, ¿qué es? La Cámara de Juqueterías. —Le entrega su tarjeta de visita—. Ya veo. Durante los disturbios de los otros días, unos cuantos locales, incluido el mío, fueron robados. Lo lamento. Casi todos estábamos asegurados. Comprendo. Pero el asunto es que, con tanto alboroto que hay, en ninguna comisaría nos quieren tomar la denuncia. Solo es cuestión de esperar, en unos días se calmará todo y podrán hacer el trámite. Ese es precisamente el problema. No entiendo. El tiempo. Verá, como parte de nuestra actividad como cámara hicimos un seguro mancomunado. ¿Eso qué significa? Que contratamos un seguro que cubre a la mayor parte de nuestros asociados. Para ahorrar costos. ¿Y, entonces? La póliza está a punto de vencer, y si no tenemos hecha la denuncia es probable que la compañía se niegue a pagarnos. ¿Les robaron mucho? Los robos son lo de menos, unas cuantas PlayStation y nada más, el daño mayor son los destrozos de las vidrieras y del mobiliario. ¿Qué son las Play...? Station, PlayStation. Unas consolas para juegos electrónicos interactivos. Ah, sí, un sobrino mío tiene una. Y me dice que no robaron otra cosa. Nada más. ¿No le parece extraño? Sí, sobre todo porque en algunos casos despreciaron juguetes muy caros y no tocaron las cajas registradoras. ¿Cuántas jugueterías asaltaron? Ocho. ¿El mismo día? El mismo día y a la misma hora. ¿Por qué querrían solo esos juguetes? No tengo idea. OK, no se preocupe.

Capitán saca una tarjeta y anota al dorso un nombre y un número de teléfono y se la entrega al vecino.

Llame a esta persona por la tarde, yo le avisaré. Ella se encargará de que le tomen la denuncia. No sabe cuánto se lo agradezco.

Los hombres se despiden, Capitán sube al ascensor. Algo le dice que el robo a las jugueterías es algo más que un simple robo, fue una acción concertada. Las puertas se

abren. Sale a la calle. Siente que el calor de la vereda atraviesa la suela de sus zapatos y le recalienta los pies. Bidondo lo espera al volante con el motor en marcha y el aire acondicionado encendido.

¿Adónde vamos? Esperá un momento —dice mientras saca su teléfono.

Hola, Mirta... Acá andamos, ¿y vos?... Como todo el mundo, nada que hacer... ¿Los chicos, bien?... Son adolescentes, tendrás que armarte de paciencia... Mirá, te va a llamar un tal Guzmán, es vecino mío... A él y a unos asociados suyos los robaron y les hicieron destrozos en los locales... Sí, ya sé que tenés cinco mil como esos, pero el problema es que se les vence el seguro, ¿podrás darle una mano?... Esa es mi chica... Otra cosa, ¿tenés idea de si hubo algún detenido en los robos a las jugueterías?... Llamame cuando sepas algo.

Capitán corta, se queda pensando unos minutos, marca un número en el celular.

Hola, Sergi. ¿Cómo estás?... Me alegro. ¿Cómo va la uni?... ¿Dos meses sin clases?... Entre eso y el confinamiento te vas a recibir a los ochenta... Necesito consultarte algo, ¿estás en casa?... ¿Tenés tiempo ahora?... Voy para allá.

Corta.

Llevame a casa de mi sobrino. A la orden.

Capitán hace todo el trayecto hasta el barrio de Flores muy pensativo, en silencio. Al llegar a la casita de la calle Portela, le pide a Bidondo que lo espere. Baja, llama a la puerta verde. En un momento se abre y entra al patio cubierto por una parra. Es la casa de su infancia, que ahora pertenece a su hermano, antes fue de su padre y antes de su abuelo. Abraza a Sergi y, abrazados, se van caminando por la galería a la que dan todas las habitaciones.

¿Qué pasa, tío? ¿Vos jugás con la PlayStation? Sí, ¿por? Necesito que me muestres cómo funciona. Vení, pasá a mi habitación.

El contraste con esa casa, que permanece conservada prácticamente sin modificaciones importantes desde 1940, no puede ser más sorprendente. Sergi es un friki de la tecnología y de los juegos informáticos.

¡A la mierda! ¿Esto qué es, una sucursal de la Nasa? Tengo de todo, cascos ViaR. ¿Y eso? Realidad virtual. Ahá. Una cámara con sistema de comandos de voz, reconocimiento facial para iniciar sesión en la consola y la posibilidad de grabarme a mí mismo en pantalla durante las sesiones de streaming en video. Sí, veo muchos juguetes más. Sí, tengo de todo, ahora no puedo seguir equipándome por la puta crisis. Claro. Decime qué necesitás, tengo un conocido que es comerciante de estos chiches, a lo mejor te lo puedo conseguir a buen precio. ¿En serio? No te aseguro nada, pero lo vemos. Grande, tío. Te lo anoto.

Sergi toma una hoja, escribe rápidamente y se la entrega a Capitán.

Bueno, mostrame cómo funciona esto. ¿Qué clase de juego querés ver? ¿De qué hay? Fútbol, del Oeste, superhéroes, muertos vivientes, guerra... Probemos con guerra. OK.

Sergi enciende la consola, la pantalla se ilumina, parpadea unos instantes e imprime un cartel diseñado en letras metálicas «CIVIL WAR 5».

Por favor, Sergi, andá diciéndome paso por paso lo que vas haciendo. OK, este es un juego en grupo. Para entrar tengo dos posibilidades, o escribo una password o a través del reconocimiento facial. ¿Ves?, ya estamos adentro. ¿Cuánta gente hay en el grupo? A ver...

Sergi manipula los controles, en la pantalla aparece un listado de nombres junto a sus avatares y la cifra total.

Doscientos treinta y seis. ¿Y están todos conectados en este momento? No, pero fijate: hay una convocatoria a las 12 de la noche para jugar. ¿Y eso? Los que quieran jugar tienen que conectarse hoy a esa hora. ¿Quién convoca? Uno, el administrador. ¿El líder? Algo así. Es el que coordina las acciones. ¿Y cómo lo hace? Por voz o usando el teclado. Entiendo. ¿Podemos ver algo de acción? A ver, esperá, debo de tener alguna partida guardada... Sí, acá está...

En la pantalla se imprime un paisaje urbano en ruinas, bastante parecido al de la calle real, patrullada por soldados de fantasía.

**BUENAS NOCHES, GAMERS** 

¿ESTÁN LISTOS PARA LA PRÓXIMA AVENTURA?

EL OBJETIVO ES CONQUISTAR EL CUARTEL DONDE LOS ORCOS TIENEN SU ARMAMENTO.

La pantalla muestra distintos personajes, armamentos, ropas y una imagen de Sergi operando la consola.

Una vez que hiciste tu selección, pasamos al juego. Ahí aparece LucyIntheSky, quien va a coordinar el juego. ¿Es una chica? Es un nickname, puede ser chica, chico o cualquier otra cosa. Entiendo. O sea, que nadie sabe quién es quién. Más o menos. Algunos son amigos míos en la vida real y a otros jamás los vi, pueden ser de aquí, pueden ser rusos, chinos o de cualquier parte. Ya veo. Bien. Acá te muestra el objetivo a conseguir. Lucy nos organiza a través de la voz. Todos la oyen y ella oye a todos. Miki2, andá con tu grupo a la Cota Ocho y espera allí; Vulcano, a la Once; Trooper (ese soy yo, tío), juntate con Mirko y Verena en Dosoros.

Capitán deja de mirar la pantalla.

Está bien, Sergi, pará ahí. Creo que ya entiendo cómo funciona. Es bastante simple. ¿Lo que me mostraste está grabado? Sí, pero el juego se hace en tiempo real. ¿Y eso qué es? Que se está jugando en el presente. Sí, claro, de eso me di cuenta. Bien. Decime, ¿se puede hackear el juego? Prácticamente imposible, tendrías que entrar al servidor, que puede estar en cualquier parte del mundo, y quebrar una encriptación de 128-1024 bits, en caso de que encuentres una vía. Te diría que no. ¿Y si yo quisiera entrar en el juego? Te tiene que invitar alguien. En el caso de este juego en particular, los miembros te tienen que aceptar, eso puede llevar un tiempo. ¿Y si quisiera usar la identidad de un miembro para meterme en el juego? Es posible. Tendrías que tener su consola y saber su contraseña. Muy bien.

Capitán se queda meditando.

¿Te sirve esto o necesitás saber algo más? Creo que puedo darme una buena idea de cómo funciona. Gracias. Nada, tío, lo que sea. Tal vez vuelva a pedirte ayuda. Lo que digas. Ya te avisaré.

Capitán sale de la habitación, Sergi lo acompaña hasta la puerta de calle.

Tío, no te olvides de lo que te pedí.

Le guiña un ojo, sube al coche, parten. Sonríe.

¿Qué hubo, jefe?, lo veo feliz. Lo tengo, Bidondo, lo tengo. ¿Qué cosa? Ya sé cómo se comunican. ¿En serio? Sí, no lo comentes.

Suena su teléfono.

Hola, Mirta... ¿Ya resolviste lo del juguetero?... Perfecto, gracias. ¿Y tenemos algún detenido de las jugueterías?... ¿En serio?... ¡Genial! ¿Cuándo lo sueltan?... Mandame sus datos al teléfono por favor... Gracias... sos la mejor. —Corta—. ¿Ves, Bidondo?, a veces Dios se acuerda de que existo. No lo sabía creyente. Solo cuando me favorece, hermano, solo cuando me favorece.

Capitán saca el papel que le dio Sergi y la tarjeta de visita del juguetero y le envía un mensaje. ¿Me podrá conseguir una Hori Tactical Assault Commander Pro Type M2? ¿Cuánto cuesta?

## Men in Black

El CASA C-295 se posa suavemente sobre la pista de la base aérea de Morón. Carretea hasta la entrada de la terminal. A pesar de que es un avión militar, de su interior descienden cincuenta civiles vestidos de negro. Son cincuenta MIB, cincuenta hombres altos, grandes, fornidos, vestidos con traje negro y corbata celeste con estrellitas, que caminan marcialmente, en silencio, hasta los dos autobuses del Ministerio de Bienestar Social que los esperan con los motores encendidos a un costado de la pista. Son asesinos y criminales de la Rocinha, reciclados en la misión evangelista del Santo Cristo y que sustituyeron las drogas duras por la fe ciega. Se van acomodando en los asientos mientras un trío de trabajadores transfiere las maletas negras de grandes dimensiones del carro de carga a los compartimentos para equipaje. Toda la operación es supervisada, desde lejos, por un vicecomodoro de uniforme y Ray-Ban Aviator. No interviene, no se comunica con nadie, solo observa la operación en detalle. Recién cuando los vehículos trasponen la reja de salida, y uno de los soldados la cierra mientras otro le hace un gesto con la mano en alto, el oficial da media vuelta y desaparece dentro de las instalaciones.

El chofer del primer ómnibus mira por el gran espejo que hay sobre su cabeza al hombre sentado detrás de él, es el jefe. Lo conoce, es Ronnie, un expolicía que se dedicaba a matar izquierdistas. No hace mucho salió de Ezeiza, donde lo alojaron tras el asesinato de una trabajadora social. No da órdenes, dirige al resto con gestos casi imperceptibles de cabeza y manos. Sus ojos muertos producen escalofríos. Es el único que ocasionalmente mira hacia los costados. El resto parece que solo mira al frente, pues llevan anteojos de sol espejados.

No sé qué se traen estos tipos —piensa—, pero, sea lo que sea, va a ser algo gordo, tan pesado y denso como esta mañana de pleno verano, agobiante como una lápida. —Pero las gentes que transporta no sudan, no se quejan, no hablan—. ¿Pongo el aire acondicionado? —El jefe se toma su tiempo para contestar, como si estuviera sopesando una decisión de fundamental importancia—. Si quiere… —El chofer enciende el acondicionador y lo pone al máximo. Antes de llegar al acceso a la autopista reina en la cabina un clima antártico. Nadie se inmuta, nadie dice nada. Lleva muchos años transportando grupos de militares, de todas las edades, de todos los rangos. Si una cosa tienen en común es esa especie de camaradería colegial que se instala cuando viajan. No es raro que haya cantos, risas, bromas. Pero estos tipos no, actúan como si no hubiera ningún vínculo entre ellos. Aprovecha que la entrada a la autopista está atrancada para observarlos un poco más detenidamente. Varios de ellos mueven los labios en silencio, como si estuvieran rezando. El viaje les ha llevado más

tiempo del necesario en condiciones normales. Pero hace años que no hay condiciones normales: las restricciones de los aeropuertos, impuestas durante la peste, nunca se levantaron y los cortes de protesta, las manifestaciones y los sabotajes que sufren las vías de comunicación han convertido la anomalía en normalidad. El chofer conduce con paciencia hasta destino. Cuando abre la puerta en la calle Diez, un golpe de calor le pega al impasible grupo. El jefe demora dos segundos en ponerse de pie. Cuando lo hace, todos los demás lo imitan. Bajan y se colocan en dos filas, los del otro ómnibus se ubican detrás de ellos. Una furgoneta de la iglesia del Santo Cristo se estaciona a su lado y dos jóvenes cargan en ella las grandes maletas. Los cincuenta MIB comienzan a caminar hacia el interior de la Villa. Los vecinos que andan por la calle, los que otean desde las ventanas, los niños que jugaban al fútbol, las mujeres que iban con la compra, quedan como en estado de animación suspendida, mirándolos pasar. El instinto les dice que esa presencia no augura nada bueno. Un cuerpo extraño está ingresando en el barrio, un virus para el cual no tienen anticuerpos. La noticia de su llegada corre por las callejuelas con la velocidad del rumor. Pronto llegan al templo. Así llaman al simple galpón con fachada escenográfica de columnas y capiteles que se erige pretencioso y rimbombante en medio del modesto caserío. A la puerta, para recibirlos, se encuentra Liandro Oliveira, el pastor gordo, dueño de la iglesia. Los cincuenta entran y se distribuyen en los bancos. El pastor y el jefe se encaraman en el altar.

Bem-vindos —dice el pastor, que lleva una biblia en la mano derecha, que alza al cielo—. Todo está escrito aquí. Esta es la palabra de Dios, que todo lo ve y todo lo sabe. Ustedes llegaron a esta tierra para colaborar con la tarea del Señor. Y hoy esta tarea consiste en enfrentar a sus enemigos, que son nuestros enemigos. Pero ¿quiénes son ellos? Son esos que se dicen amigos del mundo. Lo dijo Santiago: el que quiere ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios. Dios es celoso, vengador e irascible. El Señor se venga de sus adversarios y guarda rencor a sus enemigos. Cristo debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. Hijos míos, la última hora se acerca. Sabemos que es la última hora porque han surgido muchos anticristos. Todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios, es del espíritu del anticristo. Ese del cual habéis oído que venía ya está en el mundo. Es el estafador, el mentiroso que niega al Padre y al Hijo. Debemos aborrecerlo con el más profundo odio. Dios está de nuestro lado. La diestra del Señor, majestuosa en poder, ha de destrozar a sus enemigos. Vosotros sois la mano derecha de Dios. Los enemigos de Dios tienen apariencia de hombre, de mujer, de niño, de niña, pero a no engañarse: es bajo esos disfraces donde se oculta Satanás. Es mandato de Dios que todos sus enemigos perezcan y sus restos sean esparcidos por la tierra. Dios les ordena: por vuestra fidelidad, destruid a mis enemigos, aniquilad a mis opresores, porque vosotros sois mis servidores. Tu ojo no tendrá piedad de ellos, no cederás ni lo escucharás y no lo perdonarás ni lo encubrirás. Limpiarás a Israel. Dios se ha encargado de endurecer vuestros corazones para que los enfrentéis en batalla hasta que sean destruidos por completo y los hayan exterminado. Así lo ordenó el Señor a Moisés y así os lo ordena ahora a vosotros. Id y cumplid la voluntad de Dios. Amén.

La última palabra es señal que los cincuenta acatan como un solo hombre. Se ponen de pie y alzando la mano derecha sueltan un amén que suena como grito de guerra. Todos aplauden ruidosamente. El pastor y el jefe bajan del altar y salen del templo. Los cincuenta vuelven a tomar asiento. Afuera un coche con dos guardaespaldas los espera. El trayecto es corto. Liandro Oliveira odia las escaleras, que demandan a sus kilos un esfuerzo para el que su corazón es cada día menos apto. María, la mujer de la limpieza, pasa el trapo por los peldaños con la pericia que da el oficio. En el momento en que llegan al último piso, la puerta que da a la sala de reuniones se abre y, en apurado silencio, salen el presidente en persona y el general Iñíguez. Eso explica la presencia de tantos matones y coches a la puerta del Museo de Arquitectura. Como siempre, el presidente va vestido de ejecutivo. Se detiene cuando ve al pastor. Lo saluda con un fuerte apretón de manos. Oliveira le pone la mano en la cabeza y lo bendice. El presidente se despide y se pierde escaleras abajo con agilidad.

Adentro, Erhardt y Filander los reciben invitándolos a sentarse a la mesa donde ya está ubicado Crespo, el jefe de policía, tecleando en su teléfono.

¿Todo en orden? Sí —responde el pastor—, los hombres ya han llegado y esperan nuestra orden. ¿Qué dijo el presidente? Tenemos carta blanca. Bien. La zona quedará liberada esta noche. —El pastor mira a Crespo, quien asiente con la cabeza —. ¿Cuál es la consigna? —interviene Ronnie—. Terminar con los de la Lemur — contesta Erhardt—. ¿Terminar? Con extrema meticulosidad —agrega Crespo—. Muy bien, deben asegurarnos la ruta hasta la base. El acuerdo es que vuelen a Río apenas den el golpe. En cuanto los buses salgan de la Villa tendrán dos vehículos que los escoltarán hasta que el avión haya despegado. Tudo combinado então.

Los hombres se ponen de pie y se estrechan las manos. Filander los acompaña y les abre para que salgan. Bajan sin advertir que María, la mujer de la limpieza, ha quedado oculta tras la puerta que abrió el arquitecto. Ella espera hasta que los pasos del pastor y de Ronnie se extinguen escaleras abajo. Toma el balde, el escurridor, el trapo y baja. Deja los utensilios en el cuarto de la limpieza, se quita el delantal, agarra su cartera y sale. El sol cae a plomo, pero María marcha a paso redoblado. En lugar de tomar por la avenida como hace siempre, se dirige hacia el hueco que hay en el alambrado en la parte de atrás del museo. Aunque es mucho más corto, nunca va por ese camino, lleno de yuyos y zarzales que le lastiman las piernas. Es coto de caza para rateros, degenerados y violadores, pero las noticias que trae son de urgencia y necesita ver a su sobrino cuanto antes. Recorre el tramo final a toda la velocidad que le permiten sus años y su cansancio. Llega a la Lemur con la sensación de que en cualquier momento se le va a salir el corazón por la boca. Palanca se sorprende de ver

tan agitada a una mujer normalmente serena. Debe esperar a que se le calme la respiración para que hable.

¿Qué pasa, tía? Los van a atacar. ¿Quiénes? Gente del pastor, parece que vinieron de Brasil para eso. ¿Quién te lo dijo? No me lo dijo nadie, lo escuché con estas orejas en el museo. ¿De quién? Estaba ese Erja, uno de la policía, el pastor y otro que no conozco. Hasta el presidente estuvo un rato antes, pero a él no lo oí.

## Palanca pide ayuda

Cuando Palanca llega a la guarida de Yano, tres chicos de no más de doce y mirada torva le cortan el paso. Desde adentro llega el sonido de una cumbia, voces, risas, como si se estuviera festejando algo. Cien metros atrás, uno de esos niños, invisible para él, había dado el silbido de alerta. Palanca alza la mano.

Vengo a ver a Yano. Y a vos, ¿quién te conoce? Decile que Palanca quiere verlo.

Sin decir palabra, uno de ellos gira y entra a la casa. En el piso de arriba se descorre apenas una cortina. El chico regresa y le hace un gesto con la cabeza indicándole que puede entrar. Tras la puerta hay solo una escalera de cemento pelado. Un primer rellano con un hueco del que asoma el cañón de un AK-47. Al tope del segundo tramo lo recibe Yano sonriente.

Qué sorpresa, Palanca. ¿Qué trae a un hombre bueno a este antro de perdición?

Palanca detiene su andar. Yano está cambiado, más calvo, más alto, más ancho, más grande. Hay botellas de cerveza por todas partes, restos de sándwiches de miga en bandejas de panadería.

¿Qué se festeja? Mi libertad. ¿No te enteraste? ¿De qué? El jueves me encanaron. El Rengo Cristóbal me delató. Anoche lo colgamos del puente de la facultad, como hacen los mexicanos —dice riendo a carcajadas—. ¿Y cómo zafaste? Pero vos ¿dónde vivís, no sabés que tiroteamos a todas las comisarías? Con tal de que paremos la mano, me tuvieron que soltar. Mirá que bien, pero sabés que eso no te lo van a perdonar. ¿Y? Y nada. ¿Para qué viniste, Palanquita? Necesito ayuda, Yano.

Yano se vuelve y se mete en una habitación.

Vení conmigo.

Palanca lo sigue hasta una gran sala. Allí hay otros cuatro chicos como los de la puerta. Están sentados en grandes sofás. El contraste con el exterior no puede ser mayor: hay un televisor de doscientas pulgadas silenciado, donde pasa el partido de la copa que se jugó el domingo pasado. Pero los ocho ojos no le pierden pisada al recién llegado. El piso está cubierto con alfombras, unas encima de las otras. Un enorme *split* susurra una ventisca de aire frío. Una mesa de taraceado morisco, un armario chino y, sorpresa, una biblioteca llena de libros. Hay aroma a incienso. Vestido con ropas indias, Yano se deja caer en el sillón que, a modo de trono, ocupa el centro de la sala.

Tomá asiento —le dice a Palanca señalando una silla pintada—, ¿qué problema tenés? Los Aparecidos. ¿Qué hay con ellos? Trajeron a cincuenta precursores de Brasil. ¿Quiénes son? Sicarios de los Evangelistas, sabemos que van a atacarnos.

Yano se pasa la mano por el mentón. Un gesto que ya hacía de niño, cuando algo lo enojaba. Se dirige a uno de los chicos, sin mirarlo.

Rulo, servile un ron al amigo. No, gracias. Lo vas a necesitar para tragarte lo que tengo para decir.

Su tono es amenazador, Palanca se da cuenta de que ha ido al lugar equivocado. Yano había sido su amigo y compañero de fechorías durante la infancia y la adolescencia. Culo y calzón, les decían en el barrio, por lo unidos que eran. La cárcel los separó, Yano es cuatro años mayor que Palanca y fue a una prisión para mayores; Palanca, al Roca. Al salir, con la cabeza arruinada por tres años de maltratos y vejaciones, una hermana de su madre lo recogió y lo enderezó administrándole dosis masivas de chancletazos y sopa caliente. El tal Rulo le da un *shot* del licor amarillento y espeso. Yano se inclina hacia delante en el trono como si estuviera a punto de saltarle encima. A Palanca, la bebida le baja por la garganta como una espada de fuego. Yano le sonríe.

Ay, Palanquita, ahora estás cagado y venís a pedirme ayuda.

Palanca no responde. Es verdad que Yano lo buscó varias veces para que volvieran a hacer de las suyas, nuevamente culo y calzón. Pero Palanca se negó, lo rehuyó y hasta le dijo que lo dejara de joder. No quería volver a las andadas y sobre todo no quería volver a la cárcel o ir a parar al cementerio, adonde, a buen seguro, conducen los pasos de Yano.

¿Qué pasa, ahora que me necesitás, no soy tan malo, eh? Si no vas a ayudarme, me tomo el piro y listo. ¿Por qué tendría que ayudarte? Es tu problema, no tiene nada que ver con mis negocios y vos no quisiste seguir siendo mi amigo. Por eso. ¿Por eso qué? Por eso vine a pedirte ayuda, porque alguna vez fuimos amigos. Ah, creí que lo habías olvidado. Nosotros comimos hormigas y lombrices cuando éramos dos pendejos cagados de hambre, abandonados por el mundo. ¿Te acordás de eso? Sí, claro que me acuerdo. Cuando saliste de la Tumba, te fuiste a vivir con tu tía, ¿te acordás? Sí. Entonces te hiciste bueno, demasiado bueno para mí. Mi tía no te quería. Ya sé que esa bruja de mierda no me quería, eso nunca me importó, estoy acostumbrado a que no me quieran, pero vos...

Yano hace una pausa y se le frunce la boca. Está reprimiendo el llanto. Acuden a su mente las noches de invierno crudo, cuando dormían bajo los andenes de una estación de ferrocarril abandonada, abrazados para aflojar la mordida del frío. Las veces que se consolaron uno al otro o que compartieron un botín de comida hurtada,

algunos pesos que la suerte y una navaja pusieron en sus bolsillos o los servicios de alguna puta que les concedió un dos por uno desangelado.

¿Sabés qué fue lo más doloroso de tu traición? Yo no te traicioné. ¡Dejame hablar!... Fue la pérdida de los sueños que tenían dos criaturas miserables. Esos sueños eran una mierda...

Yano se pone de pie de un salto. Tiene la cara roja de ira.

Queríamos ser unos grandes mafiosos, como los de las películas. Que todos temblaran al oír nuestros nombres. ¿Y eso te parece bueno? ¿Y a vos qué te parece mejor, esa vida del bueno de la película que hacés? Yo ayudo. ¿Ayudás? No me hagás reír. Por supuesto, mirá a estos que tenés acá. Los usás para que trafiquen tus drogas, como son menores no van presos. Miralos vos, pedazo de pelotudo, ¿los ves desnutridos, con sarna, enfermos como estábamos nosotros a su edad? No, querido, porque yo les doy la posibilidad de vivir con un poco de dignidad, algo que yo no tuve y que vos no quisiste compartir conmigo. ¿A qué le llamás dignidad, a traficar con falopa? No, a poder elegir algo en la vida, a tener alguna cosa para comer que no haya sido sacada de la basura, algo para vestir que no sea un trapo sucio. Sí, y a morir joven. Si serás idiota. Decime, ¿ves muchos viejos en la Villa? Morir joven es parte de la pobreza. ¿Ves?, te quedás callado.

Yano lo mira unos instantes con la cabeza inclinada y levantando una ceja.

¿Sabés lo único bueno que saqué de la cárcel? No. Allí había un tipo al que le gustaba chuparla. Un día me dijo que, si lo dejaba, me enseñaba a leer. —Alzó una mano y la movió como abarcando todos los libros de la biblioteca y rio. Yano sigue siendo bello cuando ríe—. Me leí todo eso. ¿Qué te parece? Me parece bien. Estoy seguro de que vos no leíste ni la mitad. Seguramente que no. Palanca, ya no soy el boludito ignorante que fui. Los libros me enseñaron muchas cosas del mundo de mierda donde vivimos. Pero lo más importante: me enseñaron quién soy y me enseñaron que hay que dar a los demás. ¿Vos qué les das a los tuyos? Educación. ¿Qué educación, esa que los hace buenos esclavos? Eso no es educación, es domesticación. Vos te pasaste al otro bando. ¿A qué bando? El de los explotadores. ¿Quiénes son? Los que nunca se ocuparon de la pobreza. A los que nunca les importamos. Nosotros encontramos la única manera de escapar de la miseria: la droga. Ahora nosotros somos ricos y ellos, los que vos servís, están muertos de miedo. Ellos nos persiguen con su policía y su sistema penal, pero nosotros ya no somos los explotados sumisos, somos una masa cultivada en el barro, analfabetos diplomados en las cárceles. Vos sos de los que quieren cambiar el mundo sin darse cuenta de que el mundo ya cambió. ¿Ah, sí?, no habrá sido para mejor. ¿Qué es mejor, Palanca, y para quién? Para nosotros es mejor, la droga es una posibilidad, una salida. Esta es la era de la posmiseria que generó una cultura asesina, la misma de siempre, pero ahora las víctimas no somos solamente los pobres, ¿entendés?

Ahora tenemos dinero y el dinero nos proporciona tecnología, tenemos teléfonos celulares, satélites, internet, armas modernas. Y somos muchos. Y no tenemos miedo a morir. Preferimos vivir treinta años como reyes que cincuenta como esclavos. Ahora podemos enfrentarlos. Ya no nos dan miedo, son ellos los que están en pánico. Nosotros vamos todos para el mismo lado y, si alguno se sale de la línea, lo metemos en el microondas y se acabó. Cuando alguien les falla a ellos, tienen que hacerle un juicio, con la misma burocracia de mierda que nos aplican a nosotros. Ellos controlan un Estado en quiebra manejado por incompetentes. Ellos abandonan a sus miembros menos afortunados, nosotros los protegemos. Si tienen problemas de salud, les damos un médico, si van a la cárcel, les ponemos abogados y sostenemos a su familia. ¿Qué hacen ellos por los desvalidos? Nada, los dejan morir en la calle o los asesinan en los calabozos.

Finalmente, Yano deja de gesticular violentamente y vuelve a sentarse en el sillón. Respira agitado. Todos los demás estamos callados. Al cabo de unos instantes mira a Palanca, pero ya no con ira, sino con una infinita tristeza. Palanca se da cuenta de que no va a conseguir nada de él. Yano le apunta con un dedo.

Te voy a decir lo que creo, Palanca. Vos sos parte del enemigo. Y lo más probable es que, llegado el momento, me entregues. Lo que debería hacer es darte un tiro en la cabeza ahora mismo. Así que mejor tomátelas. Estás equivocado, Yano, yo también quiero cambiar el mundo, pero por diferente camino. Rajá de acá.

Palanca se pone de pie y sale. Baja las escaleras hasta la calle y se aleja por el pasillo más corto. Siente que tiene las espaldas muy anchas, le parece oír pasos detrás de él, pasos leves de un niño asesino, que en cualquier momento le va a volar la cabeza de un disparo. Un muerto más de la Villa, un muerto más sin nombre ni memoria.

## El lugar más triste del mundo

A Diego no se le ocurre que pueda haber en el mundo un lugar más triste que este mientras recorre con la mirada el pabellón treinta y dos. Dos docenas de camas sin colchón, solo la destinada a él lo tiene. La mudanza de la cárcel a fin de convertir el predio en un negocio inmobiliario comenzó hace unos días. A los primeros que trasladaron fue a los policías y funcionarios que, habiendo caído presos, estaban alojados acá. A Diego lo metieron en este lugar a falta de uno mejor y a la espera de que se aplacara el bodrio que significó el asalto a las comisarías. Los muros de su celda están impregnados de la tristeza, el desamparo y el sufrimiento de los miles de hombres que pasaron por acá durante más de cien años. Cuando por la noche la cárcel queda en silencio, parecen oírse gritos. Diego se sienta en su camastro dudando si tendrá el valor necesario para suicidarse, barajando distintos métodos. Lo ideal sería un frasco de pastillas, pero no podrá disponer de ellas en este lugar y no tiene a quien recurrir para que se las traiga. Todas las otras opciones son de una violencia que le repugna. Siempre fue muy cobarde para el dolor.

Todo lo perdió. El amor de Olya, la única mujer que cometió el error de quererlo realmente. Demasiado egoísta para tener hijos, siempre vio con desagrado a esas criaturas pequeñas, fábricas de mocos y pedos que se arrastran desde una niñez irresponsable hasta una adolescencia insoportable, el momento más atroz en la vida de cualquier humano. Todo para finalmente convertirse en un insecto de cincuenta años que transita hacia la vejez, el reino de los achaques y enfermedades y, con suerte, morir en su cama aquejado de dolores indecibles, demencia y abandono. El paquete envuelto en una cantidad de sueños que no valen una mierda. Su mundo se fue al carajo: la carrera, el trabajo que malbarató tras Julia, alguien que jamás podría quererlo. Quedó a un millón de kilómetros de distancia. Se pregunta si ya se habrá enterado de su traición. De que mandó a matar a Selvetti. Si la muerte engrandecerá su figura y su recuerdo. Dudas. Pero no duda de que ella no le perdonará la muerte del Indio y de que, si tiene la oportunidad, lo matará. Esa sí que es una muerte deseable —piensa—. Si pudiera salir, la buscaría para morir apuñalado por Julia. Para dar mi último bufido abrazado a su cuerpo. Para que me envuelva su aroma mientras me muero. Para aspirar su aliento y que mi último sea el suyo. Para que me mire a los ojos al morir y vea cómo se escapa el alma de mi carne. Para que sus ojos sean lo último que yo vea y me lleve su imagen a la tumba, mía para siempre. —Otro sueño. Sabe que lo más probable es que, llegado el caso, sea Beto quien lo ejecute, quien le haga un agujero en la cabeza y se la llene de plomo, pólvora y pelos para forzar a la sangre que tenía adentro a que salga afuera.

Desde el fondo del pasillo le llegan las voces de los delincuentes comunes alojados en el último pabellón habitado. Están inquietos. Son hombres que vienen purgando condenas muy largas. Tipos institucionalizados por la rutina carcelaria a quienes cualquier cambio los pone nerviosos. Se alegra de no tener contacto con ellos, aunque si lo tuviera y supieran quién es supondría una alternativa interesante de suicidio. Se imagina a esos hombres forzudos y mal encarados cayéndole encima a golpes. Sintiendo el dolor de los primeros, pero luego una anestesia general, la ausencia de sensibilidad, el abandono, entrar en la muerte como quien entra en un sueño y dejar todo atrás. No ser. No existir más que en la memoria de unos pocos. Cada vez menos. Caer en el más profundo de los olvidos, la única forma de perdón verdadero.

Sin esperanza, proyecto ni deseo, Diego siente que todas sus fuerzas lo van abandonando día tras día. Solo le resta languidecer en esta o en cualquiera sea la cárcel donde lo destinen. En el penal han dejado solamente a un puñado de guardias. Los más viejos, los menos aptos, los más lentos. Les espera una jubilación miserable una vez que finalice la mudanza y el traslado de los reos. Se parecen a aquellos a quienes está por llegarles la libertad, pero que ya son demasiado viejos para ser libres. Se parecen demasiado a Diego. Su único consuelo es que Dandy no esté para confirmar su absoluto fracaso. Hasta para robar hay que tener talento, solía decir Dandy, cuando le aconsejaba que llevara una vida honesta. Diego la pasó tratando de demostrarle a Dandy que no era tan inútil como él creía. Dandy murió a los setenta y siete años, Diego no llega a los cincuenta. Ni en eso podrá superarlo. Tiene la certeza de que no saldrá con vida de la cárcel.

### La batalla de la Villa

Una noche infame cae sobre la Villa. Palanca pasa revista a las fuerzas que consiguió convocar en su auxilio. Siete hombres y tres mujeres de baja estatura, pecho amplio y andar sólido encabezan el grupo de la Condorcanqui. Son maksaya, los de abajo, y vienen con el mismo ánimo que los llevaba desde su pueblo natal a Macha para liarse a golpes con los alaxsaya, los de arriba, en la celebración del Tinku. De aquellos enfrentamientos rituales dan cuenta las cicatrices, las narices aplastadas, las medias orejas y los ojos virola. Son gente pacífica hasta que pierden la calma, entonces son peligrosos. Detrás de ellos vienen otros veinte bolivianos de la Condorcanqui, obreros de la construcción, artesanos, personal de limpieza, ordenanzas, algún chofer de taxi, varios trabajadores de la industria textil. En su tierra habían sido mineros. Hombres expertos en el manejo de la dinamita, pero acá, para mal de Palanca y los suyos, no disponen de explosivos, sino de tristes palos y cuchillos para enfrentar ametralladoras y granadas. Cambian miradas desconfiadas con los paraguayos. Todos varones. Sonrientes y dicharacheros, más parece que vinieran a una fiesta que a un enfrentamiento armado. La élite del grupo la constituyen los Paraguas, esforzados traficantes que traen la mejor marihuana del Cono Sur desde Pedro Juan Caballero, atravesando el país hasta la frontera argentina. Gente de acción acostumbrada a eludir y, si no hay más remedio, a enfrentar a los gendarmes y sus perros de presa, a los ladrones de la policía fronteriza que nunca dejan testigos y a cuanta alimaña se les cruza por el Chaco paraguayo. De los Espontáneos vino solo un puñado. Fuera de riñas de colegio, nunca se vieron envueltos en un enfrentamiento. Disponen de algunas armas cortas, de unos cuantos puñales y gomeras, sabe Palanca que no tendrán efectividad alguna contra el armamento de los MIB. Considera la posibilidad de una retirada urgente. Pero ya es tarde, tres silbidos ansiosos cruzan el cielo de la Villa anunciando que ya están allí. En efecto, por la calle que desemboca a la asociación y, simultáneamente, por dos callejas laterales, marchan los cincuenta MIB. Portan M4 y M16, además de las Glocks 9 mm a la cintura. Se plantan en medio de la calle, listos para disparar al menor movimiento. Silencio absoluto. Palanca piensa que van a morir todos. Pero en ese instante un grito perfora la noche, y, detrás del grito, un fogonazo cruza la calle a setenta y seis metros por segundo desde lo alto de una casa de tres pisos hacia la formación de los MIB. El artefacto estalla en medio de ellos volteando a la mitad y ensordeciendo a la otra mitad. Yano, el autor del disparo, blande su rifle lanzagranadas en la terraza donde se apostó. Por las dos calles que ladean a la Lemur, los chicos de Yano cargan contra los MIB, aprovechando el momento de confusión. Niños con cuarenta y cinco, niños con treinta y dos, niños

con siete y con nueve milímetros, abriéndose paso, disparando, deteniéndose solo para recargar, avanzando con ferocidad hacia esos hombres antes imperturbables y ahora medio muertos de miedo porque ven que esta ola de infantes mortíferos no se detendrá hasta que ellos estén muertos y no de miedo. Los *maksaya* no se demoran en atacar. A corta distancia, los fusiles de los brasileros no son efectivos y su aparatosidad les impide echar mano a sus pistolas antes de que los enemigos se les echen encima y los volteen a puñaladas. Las últimas filas de MIB inician una retirada veloz, escapando de espaldas y disparando al mismo tiempo. Pero por la retaguardia los esperan las navajas de la Cachorrita y sus chicas para abrir surcos rojos en sus trajes negros. Cuando se disipa el humo de los disparos y se enfundan los puñales, se evidencia el saldo del enfrentamiento. Hay no menos de veinticinco MIB y otros tantos de las fuerzas locales muertos o moribundos. La calle huele a sangre fresca y pólvora, el olor de la guerra. Palanca mira con tristeza infinita los cadáveres de cuatro de los chicos de Yano. Rematan a los enemigos y recogen a sus heridos. Desde el lado de la estación, llega el sonido agudo de las sirenas de varios grupos de la Rápida que entran a la Villa disparando en toda dirección. Las balas de sus fusiles atraviesan con facilidad las endebles paredes de las chabolas. No son pocos los que caen dentro de sus propias casas. A quien ande por la calle, hombre, mujer o niño, le disparan sin hacer preguntas. Por las vías del ferrocarril huyen los más afortunados, cargando a sus niños. Los ancianos son librados a su suerte, que es poca, corta y mala. La cacería continúa hasta que en la Villa solo quedan muertos, heridos y prisioneros. Dos fotógrafos hacen tomas generales y de detalle de la escena. Mientras, un cameraman y su ayudante se aprestan para que el periodista oficial recite lo que acaba de leer sobre un fondo de cadáveres insepultos. En cuanto el cameraman le dice que la grabación está OK, escapa de ese infierno. Seis ambulancias y cuatro camiones del ejército aparecen y desembarcan a los hombres que trajinan toda la noche para llevarse a las víctimas con rumbo desconocido. A las afueras cuatro Acco Super Bulldozers aguardan a que terminen para entrar en acción. La vibración de los motores de esas máquinas monstruosas hace temblar a las casas de la Villa.

Amanece. No muy lejos de allí, Erhardt, Filander e Iñíguez, desde la terraza del Museo de Arquitectura, miran el espectáculo con la ayuda de prismáticos. Los *bulldozers*, conducidos por hombres encapuchados y sombríos, comienzan a arrasar la Villa. Las casas van cayendo una tras otra, los escombros van apilándose a los costados de las avenidas que esas máquinas van abriendo. Caños de agua reventados arrojan chorros en toda dirección; los cables de electricidad semejan serpientes furiosas que lanzan chispas verdes, rojas y amarillas.

Erhardt baja los prismáticos y palmea a Iñíguez en la espalda.

Siempre lo dije, Iñíguez, usted es un genio.

Vuelve a sus prismáticos, a la visión de lo que va quedando de la Villa.

Sí, señor, un verdadero genio.

Pocas horas más tarde, los televisores de todas las casas sintonizan el telediario, en el que un locutor, con cara de circunstancias, da la versión oficial de lo sucedido en la Villa, bautizado por la prensa como la «Tragedia de la Villa 31». El Graph anuncia en la parte inferior de la pantalla que el presidente hablará al pueblo por la cadena nacional.

## La verdad sale del pozo

Diego se tiende en su camastro sobre el costado izquierdo. Cierra los ojos... Dandy está sentado en su escritorio dándole la espalda. Le llega su voz, pero deformada, como un eco cavernario.

Basta, Diego. Me tiene harto. Déjeme en paz. No quiero saber nada de usted. No tengo nada para usted. Váyase, olvídeme, deje ya de soñar conmigo.

Dandy comienza a alejarse, a difuminarse, a confundirse en una bruma gris hasta que desaparece. En el techo hay una mancha que le recuerda a la pintura de *Saturno* devorando a su hijo. Cierra los ojos. Es una tarde del otoño tardío. Los rayos oblicuos del sol dan en las ramas peladas de los árboles, atraviesan los cristales cuadriculados de las ventanas y dibujan manos negras e inquietas en las paredes del estudio de Dandy. Diego atraviesa la puerta de ese lugar de la casa al que entró solo la vez que Dandy le comunicó que el abuelo había muerto. Dandy está sentado en el sillón de roble que hace juego con el escritorio de persiana. Cuando se dispone a sentarse en el reposapiés, Dandy lo ataja: *No se siente*, *no estará mucho tiempo aquí* —dice, y le dirige la mirada más helada que haya visto en su vida. Son los ojos de alguien a quien se le ha muerto algo adentro y se le está pudriendo. Dandy se lleva una mano a la boca, como si guisiera retener las palabras que está a punto de decir—. Acabo de enterarme de que yo no soy su padre. Usted es hijo de un amante de su madre con quien me estuvo engañando durante muchos años. Ahora, si quiere saber algo más, tendrá que preguntárselo a ella. —El rencor y resentimiento con que pronuncia la palabra «ella» le congelan el alma. En este instante sabe que ha perdido a su padre para siempre. Dandy se pone de pie, camina hasta la puerta, la abre y se queda mirándolo salir, despidiéndose de él sin pronunciar palabra, expulsándolo de su vida.

Diego abre los ojos. No fue un sueño, no estaba durmiendo, es un recuerdo. Un episodio que, demasiado doloroso para tenerlo presente, Diego sepultó en lo más profundo de su mente y ahora, en el peor momento de su vida, una mancha en la pared lo hace surgir como la pústula de una antigua infección que de pronto reventó. Pero ese grano estuvo haciendo presión sobre él desde siempre, y, cuanta más presión ejercía, mayores esfuerzos tuvo que hacer para distraerse, negarlo, pretender que no existió y persistir en conseguir que su padre lo quisiese. Pero Dandy ni lo quería, ni era su padre. Decide aceptar la ayuda que le ofreció Goldberg cuando ingresó.

Los médicos y enfermeros ya dejaron la cárcel, el único que queda es el psicólogo, a quien le deben de faltar quince minutos para jubilarse. Cuando Diego entra a la enfermería, Goldberg está medio leyendo, medio dormitando.

Adelante, adelante. Tome asiento. —Lo recibe con media sonrisa.

Diego se sienta frente a él y se mira las manos, tiemblan.

¿Se siente bien?

De pronto, Diego siente que odia a este hombre. Se arrepiente de haber venido. Se dispone a levantarse.

No se vaya, por favor, puedo ayudarlo. ¿Sí, cómo? Un segundo.

Goldberg se pone de pie y va hasta el lavamanos de donde regresa con un vaso con agua que pone frente a Diego y le da una pastilla.

¿Y esto? Es diazepam, lo ayudará a relajarse.

Diego se mete la pastilla en la boca y la traga con un sorbo de agua.

Gracias. No hay de qué. Por favor, cierre los ojos y relájese.

Diego obedece. Con voz suave y profunda, persuasiva, el psicólogo dirige sus pensamientos. Se deja llevar. Le pide que piense en su respiración, luego hace un recorrido por sus músculos de pies a cabeza. Habla cada vez más lentamente, cuando llega a los de su rostro calla. Espera un minuto.

Ahora sí, puede abrir los ojos.

El sol comenzó a caer tras los cristales quebrados y sucios de la enfermería.

Cuénteme, ¿qué le anda pasando?

Diego le cuenta su sueño-recuerdo. Goldberg lo escucha atentamente sin decir palabra. Registrando sus gestos, sus miradas, sus vacilaciones.

Hábleme de su padre, del primer recuerdo que tenga de él. Dandy no fue mi padre. ¿Quién es? No lo sé. ¿Nunca sintió curiosidad, nunca quiso saberlo? Es que hasta hoy no recordé aquella conversación. Entiendo. Entonces, no sabe quién es su padre. No. Yo tampoco. Soy hijo de padre desconocido. Mi madre nunca quiso revelarme su identidad. Creo que estudié Psicología para ver si podía dejar de buscarlo. ¿Lo consiguió? Nunca. O sea que no le sirvió de nada. Me sirvió para comprender que solo las mujeres tienen hijos. Los hombres quedamos fuera de la gestación, nuestro rol se limita a ver crecer un ser en el vientre de nuestra mujer. Ese vientre que ya no nos es exclusivo. Podemos acompañar el proceso que se da en el misterioso interior del cuerpo femenino. El hijo, hasta la concepción, es una idea, reforzada por las señales externas del embarazo, pero sin dejar de ser una formulación intelectual. Nunca conoceremos las transformaciones, los pensamientos y las sensaciones que produce la criatura que se está gestando. Los hombres solo podemos aspirar a ser buenos acompañantes de una relación carnal que nos excluye. Si conseguimos superar la sensación de abandono, los celos y la competencia

entonces podremos adoptar al niño, hacerlo depositario de nuestro narcisismo, quererlo, aún más que a nosotros mismos, y erigirlo en heredero. Esta capacidad no tiene que ver con la inteligencia, ni con la educación ni con el equilibrio emotivo o psicológico, sino con una predisposición innata a proyectar el amor propio a ese otro ser desvalido e indefenso que se convierte en la persona más importante del mundo. ¿Usted pudo hacerlo? No. No pude superarlo, me divorcié. Pero no estamos para hablar de mí. Pienso que con el conocimiento de que usted no era hijo suyo, con el desengaño, revivieron en Dandy todos aquellos sentimientos negativos que le produjo el embarazo de Helena.

Diego siente íntimamente que Goldberg ha dado en el clavo. Larvados en los rincones más oscuros de su mente, los sentimientos de Dandy hicieron erupción con toda la potencia de un mal que fermentó haciéndolo más venenoso.

Sí, ahora recuerdo con toda claridad haber sentido que Dandy odiaba cada momento que me dedicó, cada sueño que tuvo para mí, todo lo compartido: las horas en el club hípico o en el campo de polo, las tareas de la escuela, los cumpleaños, y las comidas de los tres. Helena lo trataba con desdén, Dandy debió de sospechar que su mujer pensaba en su amante, en sus encuentros sexuales clandestinos cuando él derramaba dentro de ella el semen inmundo y pegajoso que con el tiempo se había convertido en ese ser extraño y odioso, este portador de la sangre infecta que soy yo. El corazón perdona, pero no olvida. El suyo ni perdonó ni olvidó. Debió haberse ido, debió habernos abandonado, pero no lo hizo. No podía permitírselo socialmente y se quedó. Se quedó para detestarnos más y más cada día, para vengarse cotidianamente de la infiel y de su engendro, para hacernos la vida miserable, tanto como habían hecho la suya. Pero sobre todo para cobrarles el hecho de que le habían arrebatado la paternidad, la única virtud buena que tuvo. Y todo esto aparece ahora que la suerte se agotó en mi vida, ahora que tengo a la muerte a un latido de distancia.

Goldberg se queda mirándolo con serenidad. Saca un paquete de cigarrillos y le ofrece uno a Diego.

*No fumo. Yo tampoco, pero a veces me dan ganas de envenenarme* —dice y lo invita nuevamente con un gesto. Diego toma el cigarrillo y se lo lleva a la boca, el psicólogo se lo enciende. Los hombres fuman como lo hacen los inexpertos.

Me parece, Diego, que usted está dramatizando demasiado y eso, en su situación, no puede conducir a nada bueno. Es que no puedo quitármelo de la cabeza. Piense en esto: al fin y al cabo, usted nunca sabrá si es o no hijo de Dandy. Él me lo dijo, mi madre se lo dijo a él. No será la primera vez que una mujer le niega la paternidad a un hombre por despecho.

No sabe si por efecto de las palabras de Goldberg o del diazepam, Diego regresa a su pabellón bastante más sereno. Pero no le dura mucho. Su mente comienza a rebuscar datos que le indiquen si Dandy era su padre. Rasgos, ¿tenía algún parecido físico con él? No puede precisarlo. *Si al menos tuviese una fotografía* —piensa. Pero a medida que transcurre el tiempo comienza a ser presa de una agitación que le revuelve el alma, no puede quedarse quieto.

Al final tengo razón, esta religión de Goldberg no sirve para una mierda —se dice.

Se levanta, camina hasta la reja. Mira en diagonal al otro pabellón ocupado. Moncho, un asesino reincidente de veintidós años, está apoyado en los barrotes, las manos colgando hacia afuera, observando a Molina, el viejo guardiacárcel que anda por los pasillos con paso cansino. En el pabellón de Moncho hay agitación, nerviosismo. Los presos se mueven como animales enjaulados, con la furia de las fieras heridas que presienten su muerte. No gritan, aúllan. Su hostilidad flota en el aire como un gas venenoso.

¿Qué está pasando, Molina?

El viejo detiene su andar, mira hacia el otro pabellón y sacude la cabeza.

Hay gresca en la calle. ¿Por? Anoche hubo un tiroteo en la Villa. Parece que hubo una parva de muertos. Muchos de estos —dice dando un cabezazo hacia los presos— tienen parientes allí. Pero ni el Gobierno ni la policía están dando información.

Molina suelta un suspiro y sigue su camino. Desde el otro lado del pasillo, dos de los presos están haciendo alguna manipulación, cerca de la puerta. Moncho observa fijamente a Diego.

¿Qué mirás, botón?

No contesta, recula al fondo de su pabellón, donde Moncho no puede verlo.

### La rebelión en marcha

Los rumores y noticias sobre el enfrentamiento y masacre de la Villa 31 corren velozmente por las dos mil villas miseria de la ciudad y alrededores. Más de tres millones de pobres y miserables comentan el episodio, se habla de miles de muertos y heridos. Los sobrevivientes que pudieron huir llegan con relatos espantosos de lo sucedido la noche anterior. Muchos se enteran de la muerte de amigos, de hijos, de hermanos, de padres y madres, y otros se hunden en la ignorancia de lo que pudo pasarles a los suyos. Los que decidieron ir a Retiro a preguntar son corridos con bastones, gases lacrimógenos y balines disparados a la cara.

Cincuenta dirigentes de las villas se reúnen en las piletas abandonadas de la Costanera para planear la respuesta. Gracias a una filtración, cuatro comandos de la Rápida les caen por sorpresa. La resistencia es tan rápida como inútil. Son acribillados sin bajas por parte de la policía. La noticia vuela por los teléfonos celulares, hay fotos de los muertos tumbados en charcos de sangre. Los barrios y asentamientos se levantan como un solo hombre y comienzan a avanzar hacia el centro, destruyéndolo todo a su paso. La ciudad está en llamas, los comercios son saqueados, las comisarías cierran sus persianas, no queda nadie por la calle. Contingentes de todas las villas marchan hacia el centro de la ciudad con armas que los narcos están distribuyendo.

Hasta la cárcel llega, desde lejos, el batifondo de la rebelión. Los presos están exasperados. Molina parece no darse cuenta. Llega hasta el pabellón de Diego y lo llama.

Saralegui, tiene visita.

Diego se levanta de un salto y corre hasta la reja que Molina ya está abriendo.

¿Quién es? —El guardia mira una planilla que lleva en la mano—. Julia Belami.

El corazón de Diego da un salto en su pecho cuando Molina le abre la puerta. En ese instante suena un fuerte estampido metálico proveniente del pabellón de los presos. Diego y Molina miran instintivamente hacia allí. La reja está abierta de par en par y los prisioneros están saliendo en estampida, Moncho el primero. Molina comienza a correr hacia la reja de seguridad, Moncho va tras él con una faca en la mano. Es mucho más joven y ágil, le da alcance rápidamente. Cuando está a dos pasos de él, un grito feroz atraviesa el pasillo: ¡BOLETEALO, MONCHO! — Molina se sabe perdido. Se detiene en seco y se entrega. Moncho lo gira, le pasa un brazo por el cuello y coloca la faca de filo en la yugular de Molina. El resto de los presos ya forma

una masa compacta detrás de ellos. Moncho mira hacia la cámara de vigilancia que está en lo alto de la puerta.

#### Abrime o lo corto.

Un zumbido y la reja se abre. Los presos salen en tropel detrás de Moncho y desaparecen escaleras arriba. Diego sale de su pabellón y emprende el mismo camino. Atraviesa la reja, a pocos metros tropieza con el cadáver de Molina, un tajo le abre, de lado a lado, una sonrisa sangrienta en la garganta. Continúa avanzando, todas las rejas están abiertas, todos los pasillos en silencio. Llega hasta la zona de egreso, traspone el portón, está en la calle. Anda a paso rápido hasta la esquina, esa esquina donde se mató a Selvetti. Gira y se encuentra de frente con Beto, a corta distancia, Julia está al volante de un Saab blanco. Beto prácticamente lo alza en vilo, lo mete en el asiento del acompañante, cierra la puerta y se sube al asiento trasero.

¡Qué sorpresa!, ¿verdad? —Diego mira al piso, rehúye la mirada de Julia—. Mirame, hijo de puta. —La libertad le duró el tiempo justo para caer en manos de sus verdugos. Se sabe perdido—. *Perdóneme*, *Julia* —es lo único que atina a decir casi en un sollozo—. Cobarde de mierda. ¿Qué quiere, Julia? Vino a matarme, hágalo de una vez. —Julia se queda mirándolo, tratando inútilmente de comprenderlo—. Quiero que me digas cómo murió el Indio. —Diego está demasiado aturdido para entender, vacila, balbucea algo incomprensible. Beto le da con el cañón de la pistola en la cabeza—. Hablá, hijo de puta. ¿Qué? Decime cómo murió el Indio. Fue aquí mismo..., en esta esquina... No lo vi, pero, de alguna manera, el Indio se las arregló para sorprender a Manes. Cuando llegué, estaban forcejeando. Sonó un disparo. Luego otro y Manes cayó. El Indio fue dando tumbos, retrocedió tropezando hasta el paredón, agarrándose el vientre. Un chorro de sangre escapó de entre sus dedos. Se miró las manos, se puso la pistola en la sien y se voló la cabeza... Eso fue todo... Yo no lo maté. —Julia se queda pensativa, con los ojos húmedos—. Cumplió con su palabra, no murió asesinado. —Toma aire profundamente, mira a Diego brevemente, luego a Beto--: Matalo. --Diego oye el sonido de la pistola de Beto al ser amartillada. Cierra los ojos. Pero el disparo que suena no lo hace Beto. Proveniente de la calle, un tiro hace trizas la ventanilla y se incrusta en la cabeza de Beto, un poco arriba de la oreja, y lo mata en el acto. El tirador sale de su parapeto en la esquina, utilizó una pistola casera de una sola bala. Una turba viene a la carrera detrás de él. Son los caníbales que aprovechan la revuelta para el saqueo. Julia se baja del coche. Diego también. Ella abre la puerta trasera y saca un maletín. Trata de huir, pero está rodeada. A Diego no le prestan atención. Ella es la presa preferida. Diego se aleja. Ve que Julia abre el maletín, saca un fajo de dinero y lo arroja al aire. La multitud tiene un instante de estupor. Como niños feroces que abandonan un juguete por otro nuevo, se lanzan tras los billetes que vuelan por el aire y caen blandamente al piso. Toma otro fajo y lo lanza con fuerza hacia los que están un poco más atrás. Abandona el maletín a las ávidas manos que ya no quieren aferrarla. La maniobra de distracción

hace pleno efecto. Julia ve un claro, se vuelve rápidamente y corre. Corre como una *cheetah*, corre ágil y veloz, corre como nunca corrió en su vida. Corre y se aleja de la muchedumbre que brega por los billetes que reptan por el piso o revolotean en el aire como mariposas verdes. Julia corre, lejos, y desaparece. A los pies de Diego un billete aterriza en la vereda sobre los restos de un chicle. Lo pisa para que no se vuele. Se inclina y lo toma. Cuando lo recoge, un trozo triangular se queda pegado a la goma. Permanece inmóvil unos instantes hasta que los gritos de los caníbales lo sacan de su estupor. Se guarda el billete rápidamente en el bolsillo. Mira a la turba, se mira a sí mismo: un miserable más. Se une a la tribu.

# Una oferta que no se puede rechazar

El timbre despierta a Capitán. Se pregunta quién podrá llamar a su puerta a esta hora. Se levanta, se envuelve en una bata, sale de la habitación, cierra la puerta. Pone un ojo en la mirilla: *Esto sí que es una sorpresa* —piensa. Abre. Erhardt le sonríe, por encima de su cabeza, el rostro serio de Tae.

Buenos días, inspector, disculpe esta visita a hora intempestiva y sin avisar. ¿Nos conocemos? No personalmente, pero ambos sabemos quién es el otro, ¿no es verdad? ¿En qué puedo ayudarlo? En mucho, inspector, en mucho. ¿Nos invita a pasar? Adelante.

Erhardt entra a la casa como si ya la conociera, se dirige directamente a la sala. Tae espera a que Capitán lo siga para entrar. Erhardt se acomoda en el sofá, Tae detrás de él, Capitán enfrente, de pie.

Le ruego, inspector, que mire por la ventana.

Obedece. En la calle hay varios SUV negros. Junto a uno de ellos se encuentra Bidondo vestido de civil. Vuelve una mirada extrañada a Erhardt.

Acérquese y tome asiento. En unos instantes todo quedará aclarado —dice señalando con un dedo de su garra el sillón que tiene enfrente—. Quería que viera a Bidondo, para explicarle que trabaja para mí y también a la fuerza que me acompaña para que no se le ocurra hacer ninguna tontería. Una precaución innecesaria, seguramente, ya que lo tengo por hombre sensato.

Tae no le quita los ojos de encima. Capitán sabe que está armado, se impacienta.

¿Me va a decir a qué ha venido? Por supuesto. Escúcheme con atención. Hace unos minutos una off-shore que controlo transfirió a su cuenta bancaria un poco más de un millón. ¿Y eso? Es un pago que le hacemos a cambio de cierta información que nosotros necesitamos. ¿Quiénes son «nosotros»? Eso carece de importancia. Yo no le di ninguna información. Pero nos la dará cuando escuche mi propuesta. Adelante. La revuelta que se inició anoche pudo ser contenida, pero no sabemos por cuánto tiempo. El incendio no fue extinguido. Sabemos que los grupos de la insurrección planean una revuelta a gran escala. Deben de creer que están en la Cuba de los sesenta. Bidondo nos dijo que usted descubrió cómo se comunican entre ellos y que tiene a su disposición a LucyInTheSky, el líder de los Espontáneos. Pero no sabemos quién es, tuvo la precaución de no decírselo a nadie. Hay que reconocer que en eso estuvo muy astuto. Mire —comienza a decir Capitán— yo no... —Erhardt lo

interrumpe levantando una mano—. Ahorre sus energías, Capitán, permítame terminar. Bidondo lo traicionó. ¿A él lo amenazaron o lo sobornaron? ¿Eso importa? *A mí me importa.* —Erhardt se queda callado observando a Capitán con curiosidad. Acaso una pequeña nostalgia por la amistad, algo que sabe que existe, pero nunca conoció, lo mueve a mentirle—. Lo amenazamos —contesta—. Me resulta extraño que no haya previsto esa deslealtad, usted que es tan sagaz. ¿Tal vez se haya distraído con la persona que pasó la noche con usted?... Perdóneme, eso no es de su incumbencia. Pero sí de la suya. - Capitán se pone de pie-. Señor Erhardt, me parece que va a ser mejor que usted y su gorila japonés se retiren inmediatamente. —Erhardt gira la cabeza hacia Tae—. Por favor, muéstrele. —El hombre rodea el sofá, teclea algo en su teléfono, lo pone frente a Capitán y se ubica a sus espaldas. Un streaming en tiempo real muestra a cuatro MIB a la puerta de la casa de Sergi, su sobrino—. Por favor, Capitán, tómelo con calma. Usted tiene mucho para ganar o mucho para perder. —Capitán siente un violento rush de adrenalina y tiene que hacer un esfuerzo descomunal para contener el impulso de saltarle encima y arrancarle el corazón con sus manos. Erhardt lo observa midiendo todas sus reacciones hasta que percibe que Capitán logra dominarse—. Le voy a decir cuáles son sus alternativas, Capitán. Le informo que no son negociables. Opción uno: Usted le pasa a Bidondo el mando de la investigación y toda la información sobre la manera de comunicarse de los grupos y le entrega al líder. Se queda con el millón para disfrutarlo con su sobrino y su acompañante —concluye señalando rumbo a la habitación—. ¿Y la opción dos? Los matamos a todos. -No termina de decirlo cuando oye a Tae amartillando su pistola detrás de él—. Disculpe que sea tan abrupto, pero la urgencia del momento lo requiere.

Pocos minutos después, Erhardt y Tae salen a la calle y caminan lentamente hacia el coche.

Señor, ¿qué hacemos con Diego Saralegui? ¿Qué hay con él? Aprovechando el motín que hubo ayer en la cárcel, escapó.

El chofer le abre la puerta a Erhardt. Se queda un instante como decidiéndose a subir al coche o no.

¿Qué quiere que haga, señor, lo liquidamos?

Una sombra de tristeza vela por un instante la mirada de Erhardt. Piensa un instante en los idiotas que envió a amedrentar a Roby a quienes se les fue la mano.

No, Tae. Con un hijo muerto ya tengo bastante.

## El teatro de operaciones

La entrada de Iñíguez a la sala de situación coincide exactamente con el parpadeo de las luces al encenderse. En la pantalla gigante que ocupa toda la pared que tiene enfrente, se imprimen el mapa táctico de la ciudad y doce ventanas, tantas como hombres integran el comando operativo. El general se quita la chaqueta y pasa revista al mapa donde se señalan todas las entradas a la ciudad, oficiales e informales. La información fue suministrada por LucyInTheSky, el joven *nerd* que no manda, pero que coordina, organiza y dirige los movimientos de los insurrectos. En una oficina ubicada en el sótano de ese mismo edificio, lo mantienen cautivo y supervisado, metido en el juego, guiando a los insurrectos hacia los lugares donde Iñíguez y su plana mayor quieren tenerlos. De este modo evitan la alarma que podría provocar su ausencia, tienen controlados sus movimientos y se obtienen las últimas novedades, como dicen ellos, en tiempo real.

Las ventanas van siendo ocupadas por altos mandos de ejército, Marina y aeronáutica. A continuación, van entrando en pantalla los comandantes operativos de todas las fuerzas. La iluminación general se desvanece lentamente. La sala queda iluminada únicamente por la luz que proviene de la pantalla gigante. Iñíguez tiene en la mano un puntero virtual que utiliza para señalar los puntos del mapa donde quiere que se dirija la atención de sus subordinados.

Ordena la concentración de sus fuerzas destacadas en el teatro de operaciones y ordena que no se les suministre cena ni desayuno para que el hambre estimule su ferocidad natural y su entrenada crueldad. La operación los necesita salvajes.

Señores, tal como lo habíamos anticipado en nuestras hipótesis de conflicto, la insurrección popular está en marcha. Nosotros vamos a poner en acción la Operación Pulpo. Ya todos tienen sus órdenes, esta reunión es para revisar las posiciones que deberá cubrir cada uno y asegurarnos de que dispongan de los recursos necesarios. Miranda. Ordene, señor. ¿Ya está en su puesto? Sí, mi general, tengo cubiertas la RP-27 y la RN-9. Bien. La primera es más sencilla, proteja los pasos desde el club Banco Nación y las casas linderas con la autopista. Pero cuidado, que en estos barrios vive gente nuestra o familiares. Si hay que disparar, que sea a las piernas, no queremos balas perdidas metiéndose en casa de la abuela, ¿entendido? Comprendido, señor. —El puntero se mueve hacia el Acceso Norte—. Esta va a tenerla más complicada, despliegue hombres y mecanizados como sea necesario. La segunda es más dilatada y tiene más recovecos. ¿Tiene suficientes hombres para cubrirla? Yo no, señor, pero acá el capitán Carrasco apoyará con trescientos infantes de Marina. Muy bien, pero no me dejará descuidada la costa,

¿verdad? La prefectura estará patrullando, también con helicópteros, los movimientos por agua son más lentos, le aseguro que por allí no se van a infiltrar. Muy bien. ¿Al oeste, quién va? ¿RP-8?, Márquez, presente. ¿201? Míguez, presente, señor. ¿RN-7 y RP-7? Jordán, señor; Martínez, señor.

Iñíguez revista los accesos del sur, asegurándose de que estén cubiertas las avenidas, las autopistas y el Camino Negro, y otro tanto hace con autovías y caminos de circunvalación. Luego pasa a relevar los accesos informales, los pasajes secretos, los pasadizos ocultos, los caminos de rata que unen a la ciudad con sus suburbios más miserables, el colador que es esa frontera entre la capital y la provincia. Para ello ha formado cincuenta grupos de tareas. Pequeñas unidades comando ágiles y veloces que no estarán fijas en ningún sitio, sino que irán moviéndose de un lugar a otro conforme se les vaya ordenando de acuerdo con la información de LucyInTheSky. Operarán con el apoyo de los helicópteros de la fuerza aérea y los carriers T-16 de la Marina, ubicados estratégicamente. Y, finalmente, revisa la Operación Centro. Tropas que ya están ubicadas en la City, que se han trasladado secretamente y aguardan en bancos y oficinas de empresas a que se les dé la orden de desplegarse en abanico del centro hacia la periferia. De este modo, las distintas unidades, actuando coordinadamente, producirán una pinza gigantesca en la que quedarán atrapados todos los insurrectos. El doble círculo formado por las tropas evitará que nadie entre a auxiliar y que nadie pueda escapar. La pimienta del plato serán los policías de la Federal y Metropolitana que irán dispersos y de civil y se infiltrarán entre los rebeldes para provocar miedo desde adentro. Los identifica con un triángulo amarillo prendido a la ropa. El general recomienda que, sin poner en peligro la operación, procuren que haya la menor cantidad de víctimas inocentes que fuese posible.

Señores, está todo dispuesto. Quien se encargará de coordinar todo es el general Braun.

El nombrado saluda desde su ventana con una inclinación de cabeza. La sola mención de su nombre produce una serie de murmullos asombrados. Para esta misión lo tuvieron que sacar del manicomio donde se encontraba internado. Sus abogados alegaron locura por el asesinato de su mujer. Ahora está, de uniforme y sonriente, listo para entrar en combate. Iñíguez pone fin a las murmuraciones.

Caballeros, ¿alguna pregunta?

Se hace un silencio inmediato, que quiebra el brigadier Mullen.

¿Cuándo comienzan las operaciones, señor? Buena pregunta. Dependemos de dos cosas, una, el presidente nos ha pedido que esperemos al mensaje que dará por la cadena nacional. En su discurso anunciará que pondrá en marcha el traslado de la capital al sur del país.

Hay movimientos entre los hombres, algunas risitas contenidas y una voz anónima que comenta, por lo bajo, pero para que se oiga.

Las ratas abandonan el barco.

Iñíguez simula no haberlo oído.

Si los insurrectos comenzaran a movilizarse antes del discurso, estamos autorizados a poner en marcha el operativo de inmediato. De manera que cada uno en su posición debe aguardar la orden para movilizarse. Esa orden la daremos únicamente el general Braun o yo. Nadie más puede hacerlo. ¿Comprendido?

### Nessun dorma

Por la noche, Iñíguez se recluye en su despacho del último piso del edificio del Estado Mayor. Cierra la puerta. Se sirve una copa generosa de Napoleón. Enciende un Romeo y Julieta, el mismo que fumaba Churchill. Pone el aria de la escena final de *Turandot* en el reproductor. Se sienta en el sillón frente al ventanal que domina la ciudad. Le da una calada profunda al puro, bebe un trago. Es su hora de triunfo y nadie mejor que Pavarotti para acompañarlo.

Nessun dorma! Nessun dorma! Tu pure, o, principessa, nella tua fredda stanza guardi le stelle che tremano d'amore e di speranza.

Ma il mio mistero è chiuso in me, il nome mio nessun saprà!, no, no, sulla tua bocca lo dirò!... quando la luce splenderà, ed il mio bacio scioglierà il silenzio che ti fa mia!...

(Il nome suo nessun saprà! E noi dovrem, ahimè, morir!). Dilegua, o notte! Tramontate, stelle! Tramontate, stelle! All'alba vincerò! Vincerò, vincerò!

Y es el alba, las primeras luces de un nuevo día rasgan el telón de la noche. Iñíguez toma el teléfono y da la orden para que comiencen las acciones que los vencedores llamarán victoria, y los perdedores, la masacre de Buenos Aires.

### Karma

Intrigado, Capitán entra por la puerta principal del Churruca, le sale al encuentro, el comisario jefe de Asuntos Internos.

¿Qué pasó, Benítez? Hay dos policías muertos y uno que no se sabe si llega a la cena. ¿Quiénes son? Medina y Volchuk que ya son fiambres y Fontana a punto de acompañarlos. Ninguno es santo de mi devoción, ¿para qué me llamaste? Fontana dijo que quiere hablar con vos. ¿Conmigo?, si siempre nos odiamos. Yo qué sé, ¿lo vas a ver? ¿Dónde está? Trescientos veinticuatro, tercer piso. A ver si sacás algo en limpio de lo que pasó.

Fontana está en la cama conectado a una cantidad de cables, tubos, máquinas y con una máscara de oxígeno, hecho mierda, pero despierto.

¿Qué hay, Fontana? Me dijeron que querés hablar conmigo. Aquí estoy, me parece que de esta no zafo. Eso dicen, ¿de qué querés hablar? De lo que pasó. ¿Qué pasó? Nos cagaron a tiros. De eso ya me enteré. ¿Quién fue? Antes te voy a decir por qué. Adelante. ¿Viste el pibe que mataron en la Villa? Roby, el hijo de Erhardt. Ese mismo. Fuimos nosotros. ¿Quiénes son «nosotros»? El Capo Medina y el Polaco Volchuk. ¿Por qué lo mataron? En realidad, no era la intención. ¿Ah, no? No, el viejo Erhardt nos mandó a que le demos un susto, unos golpes para sacarlo de la Villa. Entiendo ¿y? Vos sabés que el Polaco era muy bruto. Le dio un palo en la cabeza demasiado fuerte y lo reventó. Ya veo. El viejo no lo perdonó, nos pidió que fuésemos a un lugar en Maschwitz a buscar algo. Allí nos emboscaron. Me dieron por muerto y se fueron. ¿Quiénes fueron? Ni puta idea. ¿Para qué me contás todo esto? ¿Cómo para qué?, para que lo investigues, ese hijo de puta no se puede salir con la suya. El Capo y el Polaco eran como hermanos. ¿Qué pasó, de golpe te volviste justiciero? No me jodas, Capitán, hacé lo tuyo. Es muy tarde, Fontana, yo dejo la policía y me las tomo. No tengo nada más que hacer acá. Contale todo esto a Benítez, él ya se encargará.

La visita al hospital le deja un sabor amargo. Piensa en la madre de Roby. La única vez que la vio cuando la visitaron con Saralegui tuvo la certeza de que, detrás de esa pose helada y sofisticada, esa mujer sufría auténticamente por la muerte de su hijo. Capitán ya está fuera de la mugre que impregna este asunto, pero siente que Amanda merece saber la verdad. Va hasta su casa y la llama por el interfono. Se repite la misma situación que la visita anterior. Amanda baja al *lobby* a encontrarse con él. Lo reconoce apenas lo ve.

Usted es quien vino con el fiscal Saralegui, ¿cierto? Sí, señora. Bien, ya llamé a mi abogado para que esté presente. Discúlpeme, pero no tengo tiempo para eso. Entonces no espere nada de mí. Solo vine a decirle lo que pasó con su hijo, no es necesario que me responda ni me diga nada.

Amanda se queda mirándolo. Los ojos se le nublan, se sienta frente a Capitán.

Lo escucho. Vengo del hospital de la policía. Allí está internado el inspector Fontana. Él trabajaba para Erhardt. Acaba de confesarme que, por órdenes de su marido, él y otros dos fueron a darle un susto a Roby, pero a uno de ellos se le fue la mano y lo mató. Todo fue motivado porque su hijo interfería con los planes de Erhardt.

Amanda está en silencio. Casi pueden oírse los engranajes de su cerebro atando cabos.

¿Y usted por qué viene a contarme todo esto? Pensé que usted merece saber la verdad. ¿Esto lo sabe el fiscal Saralegui? No, él quedó fuera de juego. Me alegra. ¿Por qué se alegra? Él jamás hubiera llegado al fondo del asunto. ¿Y eso? Saralegui en realidad es hijo de Erhardt. ¿Cómo dice? Lo que oye, es fruto de una aventura que tuvo la madre con Erhardt.

Como si estas revelaciones los aislaran del mundo, se quedan mirándose en silencio unos instantes hasta que Amanda lo rompe.

¿Qué cree, Capitán, que se debe hacer justicia o venganza? Señora, digan lo que digan, la justicia es la venganza que se toma el Estado por las cosas que no le convienen. La venganza se llama justicia cuando la ejerce el Estado. Tiene razón, Erhardt es un intocable, Erhardt es el Estado. Gracias por la información. No tiene nada que agradecer. Comprenderá que no volveremos a vernos nunca más. Lo entiendo perfectamente.

Amanda se pone en pie y le tiende la mano.

Adiós. Adiós.

Capitán pensó que contarle toda la historia a Amanda supondría un alivio, pero, por el contrario, las últimas palabras de esa mujer le hacen presagiar situaciones ominosas por venir. Pero piensa también que eso no es problema suyo. Cumplió con su deber de policía: esclarecer el hecho. Ya puede pensar en otra cosa.

Amanda deja el *lobby* y regresa a su casa. Mira por la ventana. El Río de la Plata. El día es tan diáfano que en el horizonte se recorta nítidamente el perfil de Colonia del Sacramento. Mira por la ventana y piensa. Toma el teléfono y marca.

Necesito verte... Sí, es urgente... es por Roby... No puedo decírtelo por teléfono... De acuerdo, voy para allá.

Minutos más tarde, la mucama francesa la acompaña hasta la sala donde Erhardt tiene instalado su escritorio. Cuya puerta custodia Tae, a quien Amanda no contesta el saludo. Cuando entra, Erhardt se pone en pie.

Hola, Amanda, ¿puedo ofrecerte algo de beber?, ¿un café? No, gracias, no voy a quedarme mucho tiempo.

Erhardt le hace un gesto invitándola a sentarse y despide a la mucama.

Gracias, Michelle, puede retirarse.

Erhardt toma asiento.

¿Y bien, qué es eso tan importante que querías decirme? Ya me enteré de lo que pasó. ¿De lo que pasó con qué? Con qué no, con quién. ¿Con quién? Con Roby, mi hijo. Nuestro hijo, dirás. No, mi hijo. ¿Qué te pasa, Amanda? Lo único bueno y noble de mi vida era Roby y vos lo destruiste. ¿Qué estás diciendo? Vos mandaste a unos de esos policías que tenés a sueldo para que lo aprieten, se les fue la mano y lo mataron. ¿Qué locura es esa? Para tu información te comento que uno de ellos sobrevivió y está contando todo.

Erhardt palidece. Se queda en silencio un instante.

Amanda, va a ser mejor que te retires. Sí, creo que es lo mejor.

Erhardt se pone en pie. Amanda lo imita. Abre el bolso, saca una pistola, le apunta a Erhardt, presiona el gatillo. El proyectil vuela hasta la cabeza de Erhardt y se incrusta en su cara un poco debajo del ojo derecho. El hombre se tambalea y cae. Amanda da dos pasos y lo remata disparándole a la sien a quemarropa. Cuando se incorpora, la puerta se abre y entra Tae pistola en mano. Amanda le sonríe. Se lleva el arma a la boca, dispara y se derrumba mientras dos gruesos chorros de sangre fluyen de su nariz como la estela de un dragón.

A poca distancia de allí anda Diego Saralegui reducido a la condición de indigente. La razón lo ha abandonado, desvaría y camina sin rumbo. Observa la entrada al Barrio Parque y tiene una ocurrencia delirante: ir a ver a Erhardt. Sabe que es responsable de la muerte de Roby y desvaría con la idea de extorsionarlo, sacarle algo de dinero que le permita escapar del país antes de que lo recapturen o lo maten. Se acomoda la ropa como puede y camina hasta la reja de acceso al barrio. Dos policías grandes como armarios la custodian.

Buenas.

Lo miran con desprecio.

¿Qué querés? Vengo a ver al señor Erhardt.

Los policías cambian una mirada de complicidad y le dirigen otras de sorna.

Cómo no, ¿a quién debemos anunciar? Soy el juez Saralegui.

La reacción es de risa.

Vamos viejo, rajá de acá. Usted no sabe con quién está hablando. Esto le puede costar muy caro. No te lo digo más, andate inmediatamente. Exijo ver al señor Erhardt.

Por toda respuesta el policía le da un puñetazo en el estómago que lo dobla como una hoja y le acomoda otro golpe descendente en la nuca. Diego cae de cara al piso, donde recibe dos o tres patadas en las costillas. El policía lo pone en pie y le da un empujón. Se va dando tumbos, caminando penosamente hacia la esquina, alejándose de su agresor. Cuando llega a la avenida, sus piernas ya no pueden sostenerlo. Cae de espaldas. En el cielo se recortan las ramas del frondoso jacarandá en flor que engalana el jardín de la casa de la calle Castillo. Tirado en el suelo, siente que el corazón se le arruga, se acelera para inmediatamente debilitarse y latir cada vez más espaciadamente. Sabe que va a morir. Un rostro aparece en su campo visual. Es otro miserable, mal afeitado, sin dientes, con los ojos acuosos y las comisuras babosas. Lo mira. Diego está acabado. Le revisa los bolsillos, encuentra el billete de cien dólares. Se incorpora, mira en derredor en prevención de que otro caníbal lo haya visto. Embolsa el billete.

*Gracias hermano, a vos ya no te hacen falta* —dice y desaparece. Lentamente, cayendo como el telón final de la obra, desaparecen también la casa, el jacarandá y el cielo.

### La salida

Capitán camina por el aeropuerto de Ezeiza. Aguardando su llegada. Mira la hora. Lleva solo una pequeña maleta de mano. Está un poco impaciente. Sube al café. Saca el teléfono y escribe un mensaje.

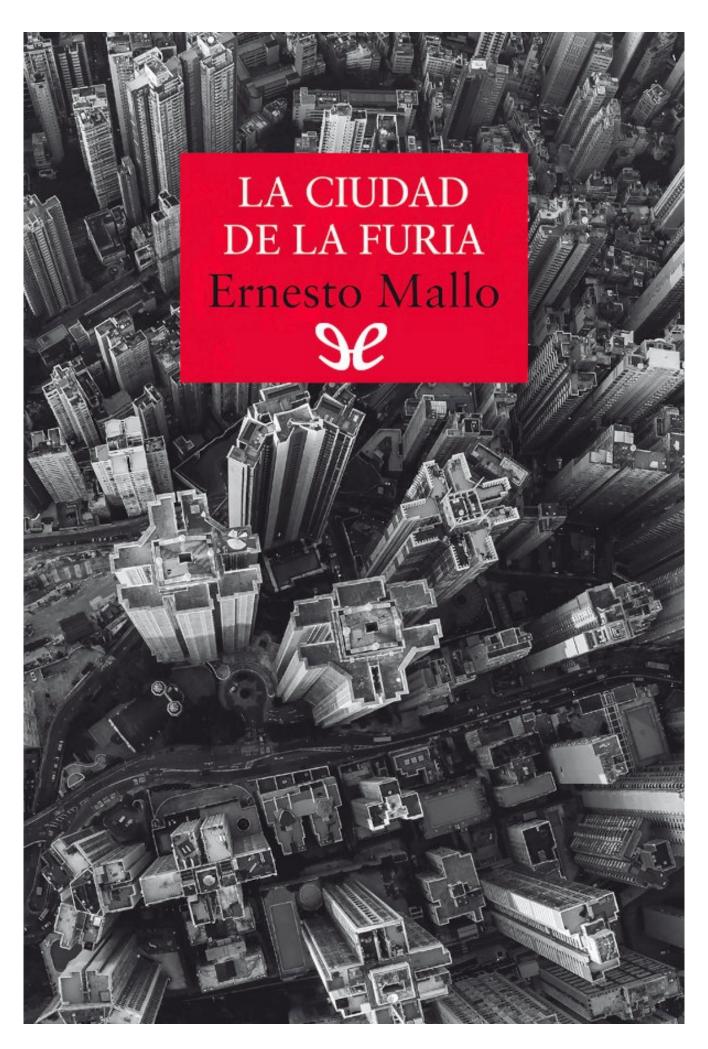
Estoy en el Florida Garden, el café del primer piso.

Desde allí observa a los pasajeros que forman cola frente a los mostradores de las aerolíneas. Entre ellos está el pastor Oliveira, lo tienta la idea de ir a darle un susto, pero lo descarta. Es un hombre sereno, pero los aeropuertos son una de las pocas situaciones que lo ponen ansioso. La señal del televisor se interrumpe y aparece en pantalla el escudo nacional. Un camarero se acerca con el control remoto y sube el volumen. El locutor oficial anuncia que se escuchará la palabra del excelentísimo presidente de la nación y unos segundos después aparece en la pantalla con su pinta de gerente. Bandera, escritorio, fondo protocolario. Comienza a leer su discurso. Entre furcios y vacilaciones, anuncia que ha decidido poner en marcha el sueño de aquel gran demócrata que fue Raúl Alfonsín de trasladar a Viedma, en el lejano sur, la capital administrativa y el Gobierno de la nación, para lo cual ya ha firmado el decreto correspondiente que será pasado al Parlamento para que se convierta en ley. Dedica unos instantes más a enumerar las bondades de la medida y termina con un gran abrazo desde el corazón para todos los argentinos y argentinas. La pantalla parpadea un instante y vuelve a mostrar el escudo nacional. El camarero baja el volumen. Capitán mira hacia el hall. No llega todavía. Le sirven un café. Pasa media hora. Ya se anuncia el embarque de su vuelo cuando por fin aparece. Viste un traje cruzado, gris con tenues rayas blancas, una camisa celeste y corbata color borravino. Muy elegante y sorprendente.

Qué muchacho tan elegante. ¿Le gusta esta versión? Mucho, ¿a qué se debe? No paso por los aeropuertos como chica, nunca falta el funcionario imbécil que cuestione mi identidad. Entiendo, ¿cómo debo llamarla ahora? Puede seguir llamándome Julia.



ERNESTO MALLO (La Plata, 1948), guionista, dramaturgo y periodista independiente argentino, ganó el Premio Memorial Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón (2007) con *La aguja en el pajar*. Ha publicado también *El relicario*, *Delincuente argentino* o la obra de teatro *La vacuna*. Sus novelas han sido traducidas al francés, inglés y alemán. Vive y trabaja en Buenos Aires.



Página 142